





F. Humberto Sotelo M.

El Grupo Cauce:  
sembrador de futuro

GOBIERNO DEL ESTADO DE PUEBLA  
BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA  
ARCHIVO HISTÓRICO UNIVERSITARIO

•••Esta publicación es posible gracias al apoyo del

*Gobernador Constitucional del Estado de Puebla,*  
Lic. Mario Marín Torres

*Rector de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla,*  
M.C. Enrique Agüera Ibáñez

*Director del Archivo Histórico Universitario,*  
C.P. Alfonso Yáñez Delgado

*Ilustración de portada,*

*Diseño editorial,*  
L.D.G. Ileana Gómez Torres

ISBN 000000000-0  
Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*

Para el maestro Antonio Esparza Soriano

• paradigma de fe inquebrantable  
en el papel redentor de la cultura



“Todo porvenir es obra de los que no tienen complicidad con el pasado (...) Es ventura sin par la de ser jóvenes en momentos que serán memorables para la historia. Las grandes crisis ofrecen oportunidades múltiples, pues inician en la humanidad una fervorosa ética, ideológica e institucional. Una nueva conciencia histórica deviene en el mundo y trasmuta los valores tradicionales de la Justicia, el Derecho y la Cultura. Intérpretes de ella, los que entran a la vida siembran fuerzas morales generadoras del porvenir, desafiando el recrudescer de las resistencias que apuntalan el pasado”

José Ingenieros • *El hombre mediocre*





## Introducción

En 1943 un núcleo de jóvenes soñadores —pero audaces— decide desafiar el *establishment* cultural de Puebla, persuadidos de que el mismo se había convertido en un obstáculo para superación de las letras y de las otras expresiones artísticas de la entidad. Este desafío partió de la intuición de que —parafraseando a Hamlet— “algo podrido” flotaba en la vida cultural y social de Puebla, percatándose de que la causa de ese fenómeno se encontraba en la “enfermedad moral” que asolaba al estado en ese tiempo, expresión inequívoca de la devastación social provocada por el cacicazgo avilacamachista, quien con su despotismo e intolerancia había convertido a la entidad en algo semejante a una “Tierra Baldía” en la que brillaban por su ausencia no sólo las libertades políticas y sociales, sino incluso esas libertades que en apariencia son “inofensivas” para los sistemas dictatoriales (razón por la cual éstos suelen, si es que no tolerarlas abiertamente, sí pasarlas por alto): esto es, las libertades de pensamiento y de creación.

Tales jóvenes, convencidos (al igual que Dostoievski, quien expresó que sólo el arte y la cultura podían salvar al mundo) de que el mejor antídoto contra la “enfermedad moral” que emponzoñaba a la sociedad se encontraba en la cultura, decidieron emprender un ambicioso proyecto de “regeneración” encaminado a renovar las letras y en general la cultura de Puebla, pensando que la mejor forma de cristalizar este proyecto

atravesaba por la creación de una revista que les permitiese no sólo difundir sus opiniones y sus posturas, sino también involucrar a otros segmentos sociales —sobre todo a los universitarios— en su proyecto. Fue así como surgió —en agosto de 1945— la revista *Cauce*, la cual contó con el apoyo decidido de la Federación Estudiantil Poblana (FEP), que por ese entonces era la organización que representaba los intereses de la comunidad universitaria de la Universidad de Puebla.

¿Es de extrañar que la primera iniciativa importante que lanzó el grupo citado haya sido la creación de una revista? No... Tal como escribió Octavio Paz, “en México, la publicación de una revista ha sido el modo predilecto de aparición de las nuevas generaciones, de la *Revista Azul* a la *Revista Mexicana de Literatura*”.

No deja de ser significativo que *Cauce* haya surgido seis meses después de la muerte de Maximino Ávila Camacho (febrero de 1945).

Sus fundadores fueron Juan Manuel Brito Velázquez, Antonio Esparza Soriano, Salvador Medina, Augusto Martínez Gil y Juan Porras Sánchez. Más adelante se integrarían a la revista Gastón García Cantú, Ignacio Ibarra Mazari, y Francisco Ciófaló Zúñiga.

Desde el primer número de *Cauce*, quedó claro que ese grupo de jóvenes se proponía el objetivo de sacudir el letargo —si es que no la decadencia— en que se encontraba la cultura poblana. El impacto fue notable: Esparza Soriano y Porras Sánchez estremecieron la poesía. El primero obtuvo dos premios nacionales, uno en Guanajuato (1941) y otro en Aguascalientes (1945). Ibarra Mazari renovó el arte teatral en Puebla. Sin temor a exagerar, podríamos decir que gracias a él el teatro universal llegó a la entidad. Juan Manuel Brito Velázquez, al frente de la FEP y con su columna de *Cauce*, contribuyó a establecer los cimientos para la autonomía de la

Universidad de Puebla, conquista que se logró en 1956. Gastón García Cantú hizo aportaciones fundamentales al difícil arte del cuento, y se desempeñó como brillante catedrático y funcionario en la Universidad de Puebla, impulsando, entre otras iniciativas importantes, la fundación de la cátedra de sociología mexicana en la Preparatoria de la Universidad. También contribuyó de manera notable a la renovación del periodismo poblano, desde su papel como subdirector de *El Sol de Puebla*, en 1957. Juan Porras Sánchez, aparte de escribir algunos de los poemas más deslumbrantes de su época, definió en términos sumamente lúcidos el proyecto de su generación. Incursionó además en el campo de la historia y de la sociología, escribiendo el libro *Orígenes y evolución de la reforma en México*, una de las contribuciones más valiosas que se han hecho al estudio del liberalismo mexicano.

Gracias al Grupo Cauce la ciudad de Puebla pudo relacionarse con no pocos de los principales escritores, artistas y científicos de su tiempo, entre ellos Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Enrique González Martínez, Agustín Yáñez, Luis G. Basurto, Rodolfo Usigli, Gabriel y Alfonso Plancarte, Julián Carrillo, Pablo Sandoval Vallarta, Carlos Graeff Fernández, etcétera.

Si alguna institución resultó beneficiada por las actividades del Grupo Cauce fue la Universidad de Puebla, en cuyo Paraninfo y Salón Barroco se celebraban no pocas de las conferencias y actividades que organizó aquél. Otros espacios fueron el Teatro Principal y el Cine-Teatro Guerrero.

El Grupo Cauce destacó también por su defensa del patrimonio histórico-cultural de Puebla, contribuyendo —de consuno con otros defensores del mismo (en particular Ramón Pablo Loreto)— a rescatar de la barbarie joyas arquitectónicas como la Casa del Deán.

En nuestros días, lamentablemente, muy pocos recuerdan la labor de dicho Grupo. Esto se debe, sin duda, a la flaqueza de nuestra memoria histórica.

Cierto: poco a poco se ha ido derribando el muro de silencio que parece haberse cernido sobre él, tal como lo ponen de relieve los reconocimientos póstumos que se han hecho a algunos de sus miembros, en particular a Gastón García Cantú e Ignacio Ibarra Mazari. En 2004 el Congreso del Estado develó una placa en homenaje al primero, y en 1990 declaró “ciudadano distinguido” de Puebla a Ignacio Ibarra Mazari.

Empero falta aún mucho camino por recorrer en lo que concierne a la revaloración de las aportaciones del Grupo Cauce a la cultura de Puebla.

En cierta ocasión Jorge Cuesta —refiriéndose a Contemporáneos— expresó: “Una generación no se mide por su resonancia... se mide por su moral”.

Estas palabras podríamos aplicarlas a los miembros del Grupo Cauce. Su resonancia se ha apagado, pero nos han heredado su moral, y su convicción (algunos dirían que “ingenua”) en el papel redentor de la cultura.

Este trabajo constituye un esfuerzo encaminado a reivindicar su memoria.

# 1

## Contexto social y político en el que surge el Grupo Cauce

La revista *Cauce*, como indicamos en líneas anteriores surge en 1945 a seis meses del fallecimiento de Maximino Ávila Camacho, creador del cacicazgo que lleva su apellido, el cual ejerció un poder casi absoluto desde 1937, cuando ascendió al poder. Le siguieron en el gobierno, durante los siguiente treinta y cinco años, Gonzalo Bautista (1941-1945); Carlos I. Betancourt (1945-1951); Rafael Ávila Camacho (1951-1957); Fausto M. Ortega (1957-1963); Antonio Nava Castillo (1963-1964) y Aarón Merino Fernández (1965-1969). El hermano más joven de Maximino, Manuel fue presidente de México (1940-1946).

El avilacamachismo —retomando el término de Kart Popper— constituyó una “sociedad cerrada”, en la que estaban excluidas las libertades políticas. No había el menor lugar para la oposición ni para la crítica al gobierno. Refiriéndose a los rasgos principales de dicho enclave gubernamental, escribe Will Pansters:

No se toleraba la oposición dentro o fuera de las instituciones que se encontraban bajo el control avilacamachista. Los intelectuales y periódicos críticos habían salido del estado o habían sido expulsados. Además, las facciones políticas ya habían sido perseguidas o cooptadas durante la gubernatura de Maximino. La cerrada naturaleza de poder regional y la carencia

de espacio para la formación de bandos políticos alternativos fueron ciertamente condiciones importantes para el régimen de los avilacamachistas, pero al mismo tiempo contribuyeron a la petrificación de la estructura de poder regional.<sup>1</sup>

Agrega Pansters que el avilacamachismo, “además de un circuito articulado de posiciones de poder institucional”, estaba imbuido de un discurso plagado de símbolos destinados a enaltecer la figura del “jefe máximo” en Puebla: éste era el “hombre excepcional”, el torero, el macho despiadado, el general que había sobrevivido a la Revolución.<sup>2</sup>

Como sucede en los regímenes dictatoriales, el avilacamachismo creó su propia “corte”, con todo y su parafernalia de besamanos, aplausos, vítores y loas hacia el “jefe máximo” y sus colaboradores más cercanos.

En su libro de cuentos *Los falsos rumores*, publicado en 1955, Gastón García Cantú habría de retratar de manera soberbia la vida en Puebla durante el predominio de dicho cacicazgo. Recurriendo en todo momento a una ironía corrosiva, aquél desenmascara la fatuidad y la frivolidad de “la corte” avilacamachista, cuyos miembros eran capaces de llegar al envilecimiento más extremo con tal halagar a sus superiores. Tal fenómeno, sin embargo, no sólo afectó a la clase política, sino a la sociedad en general. Esto fue, sin lugar a dudas, un resultado inequívoco de la falta de oxigenación de la vida política y social y, sobre todo, de la ausencia quasi total de crítica al régimen.

En ese contexto, no es de extrañar que la cultura y las artes estuviesen sometidas, si es que no a los cánones de la camarilla dominante —ya que ésta no tenía un nivel cultural tal que le permitiera dictar sus normas en ese terreno— sí a sus gustos y preferencias, las cuales giraban en torno a la

exaltación de las costumbres, el paisaje y el folklore local. De ahí que en la poesía de esa etapa —como lo veremos más adelante— abundasen los cantos a las chinas poblanas, a los charros y sus hazañas, a los atardeceres y a los antiguos portones coloniales.

En ese ambiente, pues, no hay lugar para la crítica. Ésta era un lujo que los individuos debían guardar en su conciencia, o en la muralla de su intimidad. Conciente de esto, uno de los personajes de *Los falsos rumores*, atribulado por el servilismo de sus compatriotas hacia las autoridades, evoca la célebre frase de Kant sobre el imperativo categórico: “Obra de modo que la máxima de tu voluntad pueda valer siempre al mismo tiempo como principio de una legislación universal”. “Atroz ironía”, piensa dicho personaje: ¿cómo puede alguien obrar así cuando “la voluntad del gobernador viene a ser la ejecutora de los designios de muchos otros?”

Nos encontramos, en síntesis, ante un panorama impregnado de decadencia política, cultural y moral, generado por el ambiente opresivo que vive Puebla bajo el cacicazgo avilacamachista.

Habría que subrayar, sin embargo, que no sólo Puebla sino todo el país —en mayor o menor medida— vivió dicho ambiente, unas décadas después del triunfo de la Revolución.

En su ensayo “la crisis de México” —escrito en 1946— Daniel Cosío Villegas escribía:

México viene padeciendo hace ya algunos años una crisis que agrava día con día; pero como en los casos de enfermedad mortal en una familiar nadie habla del asunto, o lo hace con un optimismo trágicamente irreal. La crisis proviene de que las metas de la Revolución se han agotado, al grado de que el término mismo de revolución carece ya de sentido. Y, como de

costumbre, todos los grupos políticos continúan obrando guiados por los fines más inmediatos, sin que a ninguno parezca importarle el destino final del país.

Y añadía: “Cuáles eran las metas de la Revolución, cuándo se agotaron y por qué, son las primeras cuestiones que debieran abordarse para entender la crisis y sobre todo, medirla”. Y al término del ensayo se preguntaba:

¿Qué remedio puede tener, entonces, la crisis de México? Se dijo desde un principio que la crisis era grave. Por una parte, la causa de la Revolución ha dejado ya de inspirar la fe que toda carta de navegación da para mantener en su puesto al piloto; a eso debe añadirse que los hombres de la Revolución han agotado su autoridad moral y política. Por otra parte, no es claro el fundamento en que podría fincarse la esperanza de que la redención venga de las derechas, por el espíritu mezquino y la impreparación de ellas. El único rayo de esperanza bien pálido y distante, por cierto, es que de la propia Revolución salga una reafirmación de principios y una depuración de hombres. Quizás no valga la pena especular sobre milagros; pero al menos me gustaría ser bien entendido: reafirmar quiere decir afirmar de nuevo, y depurar, en este caso, querría decir usar sólo de los hombres puros o limpios.<sup>3</sup>

Este escrito provocó un gran escozor entre la clase política a nivel nacional, debido a que ponía el dedo en la llaga: ciertamente la Revolución ya “se había bajado del caballo” (como dijo más adelante Jesús Silva Herzog). Sin embargo—como suele suceder, una vez que el rito se separa del mito—todo mundo continuó celebrando la epopeya revolucionaria de 1910, en particular la llamada “familia revolucionaria”.



La “enfermedad mortal” a que aludía Cosío Villegas se manifestó en Puebla en todos los poros de la sociedad, corroyendo como un cáncer la vida pública.

Uno de los espacios que ofreció resistencias al ambiente de degradación política y social que vivió la entidad durante el cacicazgo avilacamachista fue la Universidad de Puebla que, a pesar del férreo control que ejercían sobre ella las autoridades estatales, gozaba de una cierta independencia respecto a las mismas, gracias en no poca medida a las grandes tradiciones de lucha de los Estudiantes del Colegio del Estado, institución que, fundada en 1825, se transformó en universidad en 1937, a iniciativa del entonces gobernador Maximino Ávila Camacho. El citado Colegio tuvo el lujo de contar entre sus profesores a personajes como Ignacio Ramírez, “El Nigromante”, Miguel Ramos Arizpe, Manuel Payno e Ignacio Manuel Altamirano, quienes, aparte de convertir a esa casa de estudios en un baluarte de las ideas liberales, impulsaron varios proyectos académicos avanzados, acordes con las ideas positivistas propagadas por Gabino Barreda.

En la década de los ochenta del siglo pasado tuvo una planta excelente de profesores en la que se encontraban personalidades como Félix Béiztegui (jurista notable, autor del Código de Procedimientos Civiles de 1874, y maestro de varias generaciones de abogados), Manuel Azpíroz (destacado especialista en derecho internacional, quien fue fiscal en el tribunal que condenó a Maximiliano de Habsburgo), Miguel Palma (brillante latinista), Fernando Ferrari y Pérez (quien fue jefe de la Comisión Geográfica Exploradora, que llevó a cabo la formación del mapa general de la República y los particulares de cada estado), y humanistas destacados como Rafael

Aguilar, Ángel W. Cabrera, Emilio Álvarez, José Miguel Sarmiento, entre otros.<sup>4</sup>

En 1896, siendo director del Colegio el licenciado Rafael Isunza, se impulsó un proyecto académico sumamente avanzado, al que se incorporaron los procedimientos pedagógicos más modernos de la época. Aquél se distinguió, asimismo, por la dignidad con que defendió la integridad de la institución frente a las acometidas del gobernador Mucio P. Martínez, quien, al igual que la mayoría de los esbirros de Porfirio Díaz, quería controlar férreamente todos los espacios que estaban bajo su jurisdicción.

En su ensayo “Una remembranza del Colegio del Estado”, Francisco L. Casián (director de esta casa de estudios en 1919-1920) narra una anécdota que nos ilustra claramente el carácter idealista y combativo de los estudiantes de dicha institución. Cuenta que, en los días en que Cuba se agitaba convulsa y sangrienta por obtener su independencia de España (1898), un nutrido grupo de estudiantes del Colegio se congregó de manera espontánea con el objeto de solidarizarse con los independistas, gritando a viva voz: “¡Viva Cuba libre!, ¡viva Maceo!, ¡mueran los españoles!”. De ahí, agrega Casián, no tardaron en surgir voces que exigían “la supresión pronta de todos los tronos del mundo por conceptuarlos tiranos, esclavizadores de la libertad de los pueblos y asesinos de la conciencia humana”. En apariencia se trataba de un inofensivo acto estudiantil, pero tomando en cuenta la intolerancia de la dictadura porfirista había el peligro de que el mismo fuese juzgado por las autoridades como un desafío al régimen.

Eran aquellos años —subraya el autor de dicho trabajo— en que, bajo el régimen de Díaz, el elemento ibérico en México tenía grandes influencias ante el Presidente. En aquellos días

nadie se hubiera atrevido formalmente a pronunciar una palabra en pro de la libertad política de los habitantes de México, sin sufrir inmediatamente la mordaza por un grito subversivo. Pero la juventud estudiantil, necesitaba una válvula de escape. Siempre vidente, siempre anhelosa, pugnaba por la libertad, aunque fuera la ajena, y por eso se lanzaba a pronunciar catilinarias frente al Círculo Español o a entonar elegías en cada calle en que hubiera un grupo de simpatizadores que la escuchara, en cada plaza en que pudiera lanzar denuestos contra ‘España, la opresora’.<sup>5</sup>

De ahí, pues, que no fuese casual que el Colegio —como señala el mismo Casián— tuviese fama de “iconoclasta” en la sociedad poblana.

Esa gran tradición progresista del Colegio fue, sin duda, el factor que impulsó a la mayoría de sus estudiantes a participar en el movimiento antirreeleccionista encabezado por Francisco I. Madero, integrándose a los clubes que surgieron en la entidad, sobre todo al creado por Aquiles Serdán, Luz y Progreso. Esta gesta constituye una de las páginas más gloriosas en la vida de dicha institución.

Los estudiantes del Colegio del Estado —escribió Luis G. Quintana, uno de los estudiantes que más sobresalieron, junto con Alfonso G. Alarcón y Luis Sánchez Pontón, en la causa maderista— cambiaron los libros por la conspiración y la agitación, ambas reprimidas brutalmente por el gobernante del Estado de Puebla General Mucio P. Martínez. Se dictaron expulsiones, se abrieron las puertas de la cárcel para numerosos estudiantes, obteniéndose con ello más descontento y más rebeldía.<sup>6</sup>

Frente a tales atentados, el director del Colegio del Estado, Rafael Isunza —figura de gran prestigio en la entidad— decidió presentar su renuncia, con gran aplauso y cariño de parte de los alumnos, conquistando mayormente su respecto.

En ese clima de tensiones y de inestabilidad política y social, tuvo lugar el Primer Congreso Nacional de Estudiantes (ciudad de México, septiembre de 1910), al que acudieron como representantes del Colegio del Estado los alumnos Alfonso G. Alarcón, Luis Sánchez Pontón, Rafael Ibáñez y el citado Luis G. Quintana.<sup>7</sup>

Dicho evento fue visto en un principio con gran suspicacia por diversos sectores universitarios del país, quienes pensaban que había sido impulsado por el gobierno de Díaz con el propósito de incorporar a la grey estudiantil en los festejos del Centenario de la Independencia Nacional. Por esa razón decidieron no asistir diversos sectores de universitarios, entre ellos los de Guadalajara y de San Luis Potosí. Los estudiantes poblanos hicieron caso omiso de tal advertencia, decididos a utilizar el Congreso como foro nacional para pugnar por las demandas más importantes de las instituciones educativas de nivel superior del país, en particular las de provincia.

En los años que siguieron al triunfo de la Revolución, si bien sostuvieron relaciones cordiales con los gobernantes en turno, no por ello los alumnos del Colegio del Estado dejaron de defender celosamente la integridad de su centro de estudios o de criticar los excesos y/o arbitrariedades de las autoridades. Esto ocasionó que en más de una ocasión éstas tomaran medidas de represalia, como sucedió en julio de 1919, cuando el entonces gobernador Alfonso Cabrera Lobato tomó la decisión de clausurar unas semanas el Colegio a raíz de las protestas que generó entre los estudiantes su intento de reorganizar la plana docente sin consultar a la comunidad de dicho centro de estudios.

Frente al intento del gobierno federal de imponer por decreto la educación socialista, en 1934, los estudiantes de la multicitada institución se opusieron enérgicamente, arguyendo que el mismo implicaba un peligro para la libertad de pensamiento, hecho que también les atrajo la hostilidad del gobierno.<sup>8</sup> Las jornadas que protagonizaron contra el proyecto mencionado dejó también una huella imborrable en la memoria histórica de la institución, hecho que contribuyó en no poca medida a la lucha por la autonomía que libraron los universitarios de Puebla a mediados de la década de los cincuenta del siglo pasado.

Esa gran historia —permeada de gestas heroicas— del Colegio del Estado, contribuyó a evitar que la institución heredera de éste, la Universidad de Puebla, se convirtiese en un establecimiento plenamente sujeto a los designios del cacicazgo avilacamachista. Por más intentos que los esbirros de éste desplegaron con el propósito de amoldar la institución a sus proyectos, nunca vieron satisfechas sus ansias: cuando menos esperaban surgían brotes de inconformidad estudiantil. Así sucedió, por ejemplo, con el movimiento que estalló en 1943, en ocasión del intento del gobernador Gonzalo Bautista Castillo de impulsar una nueva ley orgánica de la universidad encaminada a reducir las facultades del H. Consejo Universitario, y a ampliar las del rector (quien sería nombrado directamente por el gobernador en turno). Otro movimiento estudiantil importante surgió en 1952, a raíz del intento del gobernador Rafael Ávila Camacho de imponer a varios militares en algunos de los principales puestos de mando de la administración universitaria.<sup>9</sup>

La resistencia de los universitarios frente a los planes gubernamentales no logró, sin embargo, impedir que la institución se viese inmersa durante varias décadas en una crisis prolongada, debido a la intervención excesiva del gobierno en

su vida interna: tan sólo entre 1947 y 1957 ésta tuvo diez rectores, todos ellos impuestos por los gobernadores en turno.

Sin embargo, lejos de apagar la llama de la gran tradición progresista de la universidad, el peso opresivo de la intervención gubernamental en la misma provocó, por el contrario, el surgimiento de vientos de renovación al seno de la comunidad universitaria, sobre todo a mediados de la década de los cuarenta del siglo pasado. Un factor que contribuyó de manera decisiva a esta situación fue la influencia que ejerció sobre los universitarios de esa época la llamada “Generación del 98” (integrada, entre otros, por personalidades como Miguel de Unamuno, Antonio Machado, Azorín, Ramiro de Maetzu, Pío Baroja, etcétera), que surgió en España a raíz de la crisis política y moral que provocó la pérdida de los últimos bastiones del dominio colonial de ese país (Puerto Rico, Cuba, Filipinas). Los miembros de dicha generación proclamaron la necesidad de una “regeneración intelectual y moral”, no sólo de su país sino de todas las naciones de habla hispana, llamado que encontró un gran eco en las élites culturales de Latinoamérica.

Los estudiantes poblanos abrazan con entusiasmo tal exhorto, estimulando en ellos un ferviente anhelo de regeneración moral y cultural de su casa de estudios y de la entidad entera, que habrá poco después de incidir en la transformación académica y cultural de la universidad.

<sup>1</sup> Will Pansters, *Política y poder en México, formación y ocaso del cacicazgo avilacamachista en Puebla*, Centro de Estudios Universitarios de la Universidad Autónoma de Puebla, México, 1992, p. 148.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 104.

<sup>3</sup> Daniel Cosío Villegas, *Ensayos y notas*, t. I, Editorial Hermes, México-Buenos Aires, 1966, p. 13.

<sup>4</sup> Miguel Marín H., “La academia de profesores del Colegio del Estado por los años de 1883-1886”, en *Revista de la Asociación de Ex Alumnos del Colegio del Estado y de la Universidad de Puebla*, año I, núm. 1, noviembre de 1951, pp. 27-28.

<sup>5</sup> Francisco L. Casián, “Una remembranza del Colegio del Estado”, en Alberto Pérez Peña *et. al.*, *El Colegio del Estado de Puebla en el primer centenario de su vida civil (1925)*, edición facsimilar, BUAP, 1998, p. 114.

<sup>6</sup> Luis G. Quintana, “Primer Congreso Nacional de Estudiantes” (septiembre de 1910), en *Revista de la Asociación de Ex Alumnos del Colegio del Estado y de la Universidad de Puebla*, año II, mayo de 1953, núm. 5, p. 10. Nota: el autor de este ensayo fue también uno de los principales promotores del Primer Congreso Nacional de Estudiantes que se realizó en septiembre de 1910. Y fue director del Colegio del Estado.

<sup>7</sup> *Ibid.*

<sup>8</sup> Esta situación la comentamos ampliamente en nuestro libro *Crónica de una autonomía anhelada*, Cuadernos del Archivo Histórico, núm. 29, BUAP, Gobierno del Estado de Puebla, 2004.

<sup>9</sup> Héctor Silva Andraca, *Puebla y su Universidad*, UAP, 1980, p. 42.





## 2

### El Grupo Cauce, precursor de la autonomía universitaria

Si bien la Universidad de Puebla, desde su génesis en 1937, estuvo sujeta a los designios del cacicazgo avilacamachista, no menos verdad es que ello no se tradujo en una postración cultural de la institución y en un sometimiento político de la mayoría de los universitarios. Ciertamente surgieron en la universidad diversos núcleos y corrientes —unos convencidos y otros guiados sólo por el oportunismo— dispuestos a respaldar las iniciativas gubernamentales (tal como sucedió, por ejemplo, con el intento del gobernador Mijares Palencia de imponer en la entidad el proyecto de educación socialista que impulsaba el gobierno federal), pero en los hechos no lograron convertir a la institución en un baluarte avilacamachista, ni siquiera una vez que el gobierno logró en 1939 unificar a la población estudiantil en la Confederación de Estudiantes Revolucionarios de Puebla, organismo que no pasó de ser un simple membrete.

Desde luego, ante el avasallador engranaje del sistema político, los estudiantes inconformes no estuvieron en condiciones de oponer resistencia a los designios gubernamentales encaminados al control de la institución, pero se pertrecharon en un territorio en el que suelen refugiarse los disidentes y los rebeldes una vez que constatan que las condiciones objetivas no permiten la expresión abierta de sus ideas y sus posturas: esto es, el ámbito de la cultura.

En el capítulo anterior hicimos referencia al gran impacto que ejerció sobre amplias capas de universitarios poblanos el exhorto de la Generación del 98 (Unamuno, Azorín, Maetzu, etcétera) a la “regeneración intelectual y moral”, poniendo énfasis acerca del papel que debía desempeñar la juventud en los procesos de transformación social. Estas tesis y planteamientos se fueron incubando silenciosamente en la conciencia de los universitarios, asiéndose a ellos como tabla de salvación contra el ambiente de asfixia política que vivía la entidad, generando poco después un ambiente de renacimiento cultural en la universidad que, si bien no se expresó de manera espectacular —como generalmente sucede en esos procesos— sí se tradujo en un estado de ánimo favorable al cambio que habría de cristalizar pocos años después en proyectos de renovación como el impulso a la autonomía universitaria en 1956. Sobre esto volveremos después. Mientras deseamos subrayar lo siguiente: ese estado de ánimo fue precisamente el factor que permitió que en 1945 arribase a la dirección de la Federación Estudiantil Poblana (FEP) un núcleo de universitarios dispuestos a sacudir el ambiente de letargo académico y cultural que padecía la Universidad de Puebla, causado por la sujeción de la misma al cacicazgo avilacamachista. Entre los miembros de dicho núcleo se encontraban Juan Manuel Brito Velázquez y Juan Porras Sánchez, miembros del Grupo Cauce, una agrupación que se propuso el objetivo de luchar a fondo contra el mencionado letargo que sufría la universidad y la misma entidad. Brito Velázquez fue electo como presidente de la FEP.

Este encuentro entre la organización estudiantil y el grupo citado resultó decisivo para la vida cultural de la institución. Sin el apoyo de la FEP difícilmente el Grupo Cauce hubiese podido consumir su proyecto de atraer hacia Puebla los vientos renovadores que circulaban en el país y en el orbe en el campo del arte y de la literatura y, a la vez, tal organización, sin el

apoyo del Grupo Cauce, no habría estado en posibilidades de responder a los anhelos de reforma que le planteó la comunidad universitaria, que poco después habrían de cristalizar en la tan anhelada autonomía de su centro de estudios.

Juan Manuel Brito Velázquez captó perfectamente el ansia de transformación que bullía al interior de los universitarios, tal como lo puso de relieve en el discurso que pronunció en su toma de posesión como presidente de la FEP, el 6 de agosto de 1945.

Todo anuncia —expresó— que nos hallamos en vísperas de una revolución social más trascendental que las anteriores; salta a la vista la responsabilidad de la juventud de hoy, que se encuentra en la necesidad de colaborar en la reconstrucción de un mundo nuevo, sobre las ruinas del mundo que es de ayer y ya nos parece viejo [...] La juventud de hoy por todo se interesa: por sus estudios primordiales; por cultivar su propio espíritu; por expulsar del corazón todos los materialismos. Y esta juventud limpia y heroica, ya incorruptible por la contrición, desea intervenir en todos los problemas que nos preocupan, y tiene capacidad para ello, porque tiene sed de cultura, y la abreva en las limpias fuentes de la Universidad [...] Queremos restaurar este sentido de unidad orgánica de nuestra Casa con todas las otras manifestaciones de la vida social. La concepción egoísta que mantuvo a la Universidad alejada de las inquietudes sociales, que la convirtieron en un islote incomunicado, en una tierra incógnita, ha sido definitivamente superada por los deseos de nuestras juventudes, que quieren enlazar su vida con la de sus conciudadanos; sentir sus problemas; vivirlos y resolverlos con la luz del saber y el calor del sentimiento.

Más adelante, refiriéndose al papel de la cultura, señalaba:

Esperamos respirar un ambiente de comprensión; que la sociedad nos abra sus puertas y simpatice con nosotros; que el Poder Público se interese cada día más por nuestros anhelos espirituales lo mismo se orienten hacia los veneros de la ciencia, que hacia los campos de la más pura espiritualidad, puesto que la cultura es un fenómeno de integración. La Universidad debe ser verdaderamente el *alma mater*, la dispensadora de la cultura, y no sólo un Centro de Estudios Especializados.

Y culminaba su discurso exhortando a la renovación intelectual, moral y social:

Luchamos —subrayó— por un renacimiento intelectual, moral y social para afrontar con éxito los grandes problemas de la post-guerra, que necesitan de nuestra capacitación técnica, de nuestro contingente cultural, que es ciencia y arte y espiritualidad, que es hondo sentido humano, que es amor y sacrificio y fortaleza, que es certidumbre en el porvenir, y esencia y vértice del alma patria... Amor a nuestra Universidad sobre todas las cosas, porque ella nació para gloria nuestra, con un símbolo por escudo: el Ave Fénix que renace de sus propias cenizas para lo inmortal; porque atestigua nuestra inquietud y la acendra y vivifica, desde los piadosos rincones de este recinto, la gran sombra, la inmensa sombra de su insigne Fundador (se refiere a Melchor de Covarrubias. H.S.)<sup>1</sup>

Brito Velázquez, en cuanto tomó posesión como presidente de la FEP, delineó los postulados de esta organización, en contrapunto a sus tareas inmediatas.

Lucharemos —señaló— por realizar el concepto de Universidad como el de una asociación de maestros y alumnos en la investigación de la verdad [...] Estimularemos las actividades

artísticas para neutralizar con manifestaciones del espíritu los asaltos del materialismo que nos rodea.

Y pasó enseguida a mencionar las actividades que se impulsarían en concordancia con dichos postulados, destacando las siguientes: reforma a los planes de estudio, campaña pro Biblioteca Universitaria, campaña alfabetizadora, instalación de servicios sociales como consultorios médicos, bufetes jurídicos, dirigidos por maestros universitarios; y actividades enderezadas a la obtención de “un más amplio subsidio para nuestra Universidad”.<sup>2</sup>

La FEP y Cauce promovieron de consuno, en efecto, un cúmulo de actividades culturales, sobresaliendo la puesta en marcha de una campaña encaminada a recaudar fondos para la Biblioteca Lafragua, la organización de ciclos de conferencias y de ciclos de conciertos de música clásica, y el impulso a celebraciones como el día del maestro.

Por iniciativa propia —y con recursos propios— mandaron troquelar valiosas medallas (una de ellas con el escudo de armas de Melchor de Covarrubias, el ilustre mecenas del Colegio del Espíritu Santo) con el propósito de rendir homenaje a los profesores con mayor antigüedad. A quienes llevaban 20 años se les otorgó una medalla de plata, y a quienes habían alcanzado los diez años una de bronce. De esta forma, en el primer caso, se condecoró a 22 profesores, entre ellos Andrés Anaya, Juan Quintana, Gil Jiménez, Miguel Sarmiento, y Salvador Fidel Ibarra. En el segundo, se condecoró a 26 maestros, entre ellos Emilio Guevara, José Asomoza, Carlos Ibarra, Manuel Cano, y Roberto Larragoiti.

Impulsaron, asimismo, la realización de homenajes a distinguidas personalidades. Así, por ejemplo, con motivo del XC aniversario del natalicio del doctor don Alberto C. Moreno, decano de los médicos de la República, la FEP, de consuno con

la sociedad médica “Doctor Francisco Marín”, le rindió un homenaje “de gratitud, simpatía y admiración”, a través de una velada literario-musical, el 4 de noviembre de 1946.

Como puede verse, pues, la FEP se convirtió en un organismo que coadyuvó de manera fundamental a la vida cultural de la institución, labor en la que contó con el respaldo, reitero, del Grupo Cauce.

Otra contribución —sin duda, la más relevante— fundamental de ambas instancias a la vida de la Universidad de Puebla fue el haberle abierto camino a la cuestión de la autonomía universitaria. Si bien este asunto ya había sido abordado en 1935 por la Agrupación Estudiantil del Colegio del Estado, no menos verdad es que la FEP y Cauce tienen el mérito indiscutible de haberlo planteado en términos más complejos

En el número 2 de la revista, aparece un escrito firmado por Juan Manuel Brito Velázquez, que llevaba como título “Por la autonomía universitaria”, que a nuestro parecer estableció las bases fundamentales de este anhelo.

Dada la relevancia histórica de dicho trabajo, lo reproduciremos aquí casi en su totalidad (le pido disculpas al lector por hacer esto, pero pienso que vale la pena).

La Universidad de Puebla —anotaba Brito Velázquez— sufre actualmente una etapa crucial. Después de más de tres siglos y medio de vida, no podía escaparse a la epidemia mundial que nos agobia. Bello escenario en el que se desarrolla nuestra tragedia. Enorme mole centenaria, realización incomparable del sueño de Juan Gómez, el jesuita visionario [...] Esta Casa que es asiento de la Universidad —ya que la Universidad no es una casa— presencia actualmente el desquiciamiento y el caos... Problema de existencia. Problema de autonomía. Universidad desheredada; urgencia angustiosa de un patrimonio. Oídos

sordos; sacrificios inútiles que se quedan clamando a lo largo de la pista de una carretera gris, como Juan en el desierto. Promesa que parece olvidarse. Pobreza que estrangula los sueldos de los maestros. Que dice del aprecio que se tiene de la noble misión de enseñar. Que desalienta al que hace en su vida amistad hasta la muerte con la Ciencia. Triste parangón el de nuestras posibilidades económicas, miseria —nuestras arcas vacías— con las de una universidad norteamericana, la de Harvard, cuyas arcas guardan ciento cincuenta y cuatro millones. ¡Qué no podría alcanzarse, a que altura llegaría México, si las instituciones universitarias de nuestra patria contaran con esa suma! [...] Manumisión por el Estado. Las universidades más adelantadas, las que mejor cumplen su misión cultural, son las que han nacido en un clima de libertad académica: autonomía en su cuna; autonomía por conquista [...] No obstante que la Universidad, como institución, como organismo, está enclavada o forma parte de la sociedad, para cumplir con su misión precisa de independencia tal, que ninguna autoridad le dé consigna ni trayectoria. Esto no quiere decir que pugnemos por el divorcio de la Universidad y el Poder Público. Deben existir, por el contrario, relaciones mutuas. Siendo la universidad una institución que presta un servicio público necesario, al Estado le toca colaborar sosteniéndola y libertándola. Sobre todo en México, donde las universidades no cuentan con patrimonio propio como en otros países [...] A su vez la Universidad debe colaborar con el Estado. Y lo hace al cumplir con su misión que es la investigación de la Verdad, la conservación y el acrecentamiento de la Cultura; la conservación de las tradiciones que son constitutivas de la nacionalidad —las universidades son arcas en donde se guardan las tradiciones gloriosas de los pueblos—; el estudio y desentrañamiento de los problemas nacionales para darles la solución adecuada; la gestación de los cerebros que señalen el rumbo a seguir de la humanidad: en las universidades se modelan

los dirigentes de las naciones [...] La misión de la Universidad es, no sólo producir científicos especializados desconectados de las demás ramas del saber humano, sino formar hombres —de ciencia, sí—cuyos cerebros levanten la cortina del misterio de la naturaleza, de las matemáticas, de la filosofía, etcétera, pero también cuyos corazones sepan amar a sus seme-jantes [...] En fin, la misión de la Universidad es realizar, como dice don Fernando de los Ríos, ‘la idea del hombre pleno, haciéndole ver al estudiantado que no es puramente un problema de saber, sino un problema más interior, un problema de querer saber y de querer lo que se debe’; su misión es formar ciudadanos útiles a la Patria y a la Humanidad, amantes de la Justicia y de la Paz.<sup>3</sup>

No se requiere de un gran esfuerzo de imaginación para palpar en dichas líneas la influencia de Ortega y Gasset en lo que se refiere al papel que deberían desempeñar las universidades para contrarrestar la avasalladora tendencia hacia la especialización que ya se bifurcaba en el campo de la educación superior, tarea que amenazaba, como expresó el filósofo español, con convertir a los profesionistas en algo semejante a “máquinas” que sólo eran capaces de dominar un área del conocimiento, pero sin la menor posibilidad de examinar los problemas de la humanidad bajo una perspectiva totalizadora.<sup>4</sup>

Del mismo modo, no deja de impresionar el dramatismo con que Brito Velázquez describía el estado de abandono en que se encontraba la universidad, resultado de la “manumisión” hacia el Estado, y de la falta de respaldo de éste hacia las tareas sustanciales de la institución.

En ningún momento, sin embargo, advertimos un tono beligerante: por el contrario impera siempre una actitud propositiva, aunque no por ello exenta de fervor crítico.



En el número 9 de la revista, en la sección “la inquietud del momento”, la redacción publicaba un texto complementario al trabajo mencionado de Brito Velázquez. Ahí se indicaba que

Nuestra Universidad ya va encontrando su propio derrotero; la inquietud se siente, se palpa: se revisan minuciosamente los planes de estudio; se depura en parte el profesorado; el Gobierno del Estado muestra su buena voluntad para con nuestra Casa de Estudios y ha accedido a que una comisión, compuesta de maestros, estudiantes y representantes del Gobierno, formulen una nueva Ley Orgánica de nuestra Universidad sin descuidar las respectivas reglamentaciones, existiendo además la solemne promesa (hecha tanto al anterior presidente de la FEP como a todos los presidentes de las facultades), de que si la comisión lo estima conveniente, llegaremos incluso a la autonomía.<sup>5</sup>

Las circunstancias prevaecientes en esa época, comenzando por la excesiva intervención del gobierno en la vida de la universidad, no permitieron la cristalización del anhelo de referencia. Sin embargo, las ideas de Brito Velázquez —y de sus amigos de la FEP y del grupo Cauce— sembraron en la comunidad universitaria la semilla del clamor por la autonomía universitaria, que alrededor de diez años después habría de convertirse en una realidad... La Universidad de Puebla conquistó su autonomía en noviembre de 1956. Ciertamente se trató de una autonomía restringida, acotada, debido a los candados que impuso el gobierno de Rafael Ávila Camacho, pero en 1963 finalmente los universitarios lograron impulsar un proyecto más avanzado, en el que confluyeron los núcleos más inteligentes de las fuerzas liberales, de la izquierda y de la derecha, que actuaban en ese entonces en el seno de la institución.

El encuentro, pues, entre la FEP y el Grupo Cauce produjo una especie de simbiosis entre cultura y política, que le permitió

a los universitarios no dejarse avasallar por el ambiente de decadencia político-social que imperaba en la entidad, ante el peso avasallador del cacicazgo avilacamachista.

Dicha experiencia nos muestra que no necesariamente las organizaciones estudiantiles pasan a convertirse —como suele suceder, por lo demás— en instancias sobrepolitizadas, que por lo general se limitan a servir como palancas o “catapultas” de los intereses de los grupos dirigentes, ora para conseguir determinadas canonjías al interior de las universidades, ora para ascender en la pirámide del poder político de sus entidades.

La FEP fue un organismo muy noble y desinteresado, que sólo se preocupó —reitero— por impulsar el desarrollo cultural de la institución. Aquí retomo el planteamiento que formulé en un trabajo anterior:

En no pocos aspectos han sido los grupos político-culturales los que han coadyuvado a transformar (de manera más efectiva) a la universidad. Primero fue el núcleo que se aglutinó en torno a la revista *Don Quijote* —en las décadas de los veinte y los treinta del siglo pasado—; después, el núcleo que creó la revista *Cauce*, a mediados de la década de los cuarenta de dicha centuria. Luego, en las décadas de los sesenta el Círculo de Estudios José María Morelos y Pavón, impulsado por el ingeniero Luis Rivera Terrazas, el cual tuvo una participación fundamental en el estallido del movimiento de Reforma Universitaria de 1961.<sup>6</sup>

<sup>1</sup> *Cauce*, revista mensual de la Federación Estudiantil Poblana y del Grupo Cauce, Universidad de Puebla, núm. 1, 30 de agosto de 1945 (de aquí en adelante sólo le llamaremos *Cauce* a dicho órgano).

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> *Cauce*, núm. 2, noviembre de 1945.

<sup>4</sup> Tales planteamientos fueron expuesto en el libro *La misión de la universidad*, escrito en 1930. Ese texto reviste un gran interés porque ahí plasma sus tesis acerca del significado y función de la cultura, el compromiso público de la inteligencia, la implantación vital de la razón, y la relación entre ciencia e ilustración cultural y moral. Ahí sostiene que la universidad no debe ser una institución meramente expendedora de títulos que se limite a formar buenos profesionistas y especialistas.

<sup>5</sup> *Cauce*, núm. 9, agosto de 1946.

<sup>6</sup> Nos referimos al libro *Crónica de una autonomía anhelada*, Cuadernos del Archivo Histórico Universitario, núm. 29, BUAP, Gobierno del Estado de Puebla, 2004.



## Juan Porras Sánchez y el desafío del Grupo Cauce

Pocos días después de la toma de posesión de Juan Manuel Brito Velázquez como presidente de la FEP (6 de agosto de 1945) surge la revista *Cauce* que, reiteramos, se convirtió en la publicación del grupo del mismo nombre y de la FEP.

En la ilustración de la portada de la revista —un grabado elaborado por Guillermo Rueda— aparece un hombre deslizándose contra la corriente de un riachuelo que proviene desde una montaña en cuya cima aparece el sol en todo su esplendor. No era necesario desplegar una gran dosis de imaginación para comprender el mensaje del dibujo: “He aquí —pareciera decir— a la humanidad empeñada en vencer los obstáculos que se presentan en su afán de consumir su realización”. Para que no quedaran dudas, la presentación lleva el título de “Parábola de Cauce”, en donde se señala, en sus párrafos finales:

¡Aún no es tiempo de remansos extáticos pescadores de estrellas [...] que es tiempo de lucha, de heroísmo, de rebeldía, de superación, de alzar limpias espumas, de hacer huella honda, de prodigarse generosamente hacia las márgenes a despertar la somnolencia de las simientes en ascua, sobre los capullos que se arden en los pecíolos sedientos! [...] ¡‘Cauce’ es angustia y es esperanza mientras recobra lo que perdió en renunciaciones, mientras aflora sus primicias fragantes, mientras acendra su

rumor de agua poderosa! [...] ¡'Cauce' es juventud, y juventud es rebeldía!... ¡La rebeldía abre su brecha como un río de montaña!

Ahí están las claves del proyecto de dicho Grupo: tiempo de superación, de rebeldía, de superación. Hora de la Juventud.

Aparte de la "Generación del 98", se escuchan ecos de autores como José Enrique Rodó y de José Ingenieros (no es casual que en la revista aparezcan algunos ensayos de estos autores). El segundo, en su libro *Las fuerzas morales*, había escrito que

jóvenes son los que no tienen complicidad con el pasado. Atenea inspira su imaginación, da pujanza a sus brazos, pone fuego en sus corazones [...] Savia renovadora de los pueblos, ignoran la esclavitud de la rutina y no soportan la coyunda de la tradición. Sólo sus ojos pueden mirar el amanecer sin remordimiento [...] La juventud es prometeana.<sup>1</sup>

En Cauce resalta, asimismo, lo que Arturo Roig A. denomina "ideología juvenilista", la cual resalta el compromiso de transformación que tienen ante sí los jóvenes frente a su tiempo. Esta ideología ejerció una gran influencia en la Reforma Universitaria de Córdoba de 1918, y en otros movimientos estudiantiles latinoamericanos de principios del siglo pasado. Roig caracteriza a la "ideología juvenilista" del siguiente modo:

Se trata de un mensaje con fuerte sentido de futuro, que se da acompañado de expresiones de carácter profético, en algunos casos claramente mesiánico y redentorista... Es visible un eticismo, manifestado casi siempre como anti-dogmatismo y elaborado, en algunos casos, como un 'idealismo ético', en el que priva un altruismo y desinterés declarado, respecto de lo

que se considera ‘bajo’, ‘material’ o ‘egoísta’; junto con lo indicado, un deseo de cambio social, enfrentado a estructuras que se consideran opresivas y regido por un cierto sentido de elite; se suma un sentido heroico de la vida, que pone límites imprecisos a los objetivos perseguidos, que se mueven entre una reforma social y una ‘revolución’... Debemos agregar, una profunda confianza en la personalidad juvenil, un meliorismo y una fe, como actitudes opuestas a todo escepticismo atribuido a la ‘vejez’ o a la rutina.<sup>2</sup>

Empero destaca, sobre todo, la influencia de la teoría de las generaciones de José Ortega y Gasset, para quien “la generación es el concepto más importante de la historia”, “el gozne sobre el que ésta ejecuta sus movimientos”.<sup>3</sup> Cada generación representa entonces “una cierta altitud vital”, desde la cual se siente la existencia de una manera determinada, y sus miembros poseen una sensibilidad vital común, y detentan una fisonomía propia más allá de las diferencias y las rivalidades de todo tipo existentes entre ellos. Este espíritu específico de cada generación sería el fruto de una ecuación formada por las ideas, los valores y las instituciones heredados de la generación anterior, y por su creación propia. De este modo, cuando las generaciones se identifican con el bagaje recibido, Ortega nos dice que se desarrollan “épocas acumulativas”; cuando no se da esta identificación se producen “épocas polémicas”: las primeras “son tiempos de viejos”, las segundas “son tiempos de jóvenes”. Ahora bien, de la idea de que cada generación posee una sensibilidad vital peculiar, Ortega concluye que cada generación posee asimismo una vocación propia y una determinada misión histórica acorde a la misma. Con todo, existe el peligro de la frustración histórica de una generación, que puede ser infiel a sí misma, a su vocación y a su misión específica. Se da la amenaza de la falta de autenticidad y la deserción; y es por ello que Ortega siente una urgencia

por definir el tema de su tiempo y fijar la misión de su propia generación, “obstinada radicalmente en desoír las sugerencias de nuestro común destino”.<sup>4</sup>

Esa tesis orteguiana ejerció un gran impacto entre las elites intelectuales de nuestro hemisferio. En México marcó el pensamiento de hombres como Daniel Cosío Villegas y Manuel Gómez Morín, que habrían de tener un peso fundamental en la vida intelectual y política de México. El primero, convencido de que la Revolución de 1910 había fracasado —debido a la ausencia de ideales—escribió en 1925:

Para que un movimiento social pueda triunfar se necesita el nacimiento de una nueva ideología, de un nuevo punto de vista, de una nueva sensibilidad vital [...] de una nueva generación, y esa generación somos nosotros, y por eso afirmamos que nosotros somos la Revolución.<sup>5</sup>

El segundo, quien habría de ser uno de los “padres fundadores” del Partido Acción Nacional (PAN), escribió en 1926 un libro titulado *1915*, en el que se refería al proyecto de su propia generación, a la que denominó “la generación de 1915”. Abrevando en las ideas de Ortega y Gasset, afirmó que “la generación implica un momento de lucha entre lo creado y el espíritu creador, entre lo que quiere ser y permanecer y lo que varía”.<sup>6</sup>

La tesis de las generaciones fue retomada también, reitero, por el Grupo Cauce, quien se asume como parte de una generación dispuesta a asumir su compromiso con el cambio, con la superación de la rutina y la cobardía. Una de las secciones de la revista lleva el nombre de “La inquietud del momento”: ¿no suena a algo así como el orteguiano título “El tema de nuestro tiempo”?



Persuadidos, pues, de que había llegado la hora de sacudir el letargo que imperaba en el mundo intelectual poblano y en la máxima casa de estudios del estado, los miembros del Grupo Cauce deciden asumir la “ruptura” de la que nos habla el historiador Luis González al analizar el sempiterno devenir de las generaciones, con sus ciclos de negación y afirmación, planteamiento que abreva, desde luego, en la tesis de Ortega y Gasset.<sup>7</sup> Sin embargo, estrictamente hablando, Cauce se acerca más bien a lo que Henríquez Ureña denomina “generación intermedia”: aquélla que no se propone acceder al poder político, sino más bien “cuestionarlo filosófica, éticamente, desde fuera”.<sup>8</sup>

En el primer número de la revista aparece un ensayo de Juan Porras Sánchez que, sin temor a equivocarnos podríamos calificar como un “manifiesto político-cultural”, en el que aparte de lanzar una dura crítica a las generaciones anteriores por “el estado de postración” en que se encontraban la vida política y cultural del estado y de la universidad, anunciaba el proyecto que se habían propuesto los miembros del Grupo Cauce. El trabajo llevaba el título desafiante de “La herencia que renunciamos”.

“Puebla —escribió— perdido el lugar que correspondiéndole no supo defender, se va desplazando día a día hacia la puerta de ‘servicio’ ”. Y agregaba, no sin cierto tono desafiante:

Que conste. No se diga después, cuando sea tarde, que nuestra voz de alarma no alcanzó a transponer los muros de esta máxima Casa de Estudios, ni que sumamos nuestras obcecaciones a esta crucial etapa de valores que por desgracia se está haciendo, desde hace varios años, endémica, en nuestro medio [...] No somos derrotistas. Es más: precisamente porque deseamos que nuestro Estado vuelva por sus fueros, hemos juzgado de necesidad, decir

unas cuantas verdades como puños [...] Una sociedad que sólo sabe vanagloriarse de lo que le testaron otras generaciones, sin poner algo de sí misma en el concierto de la cultura nacional, siempre encarnará una forma de retroceso [...] O no se ha podido o no se ha querido; el caso es que la generación que nos precede sólo ha tenido una gloria: la de no haber hecho nada. Y es que a nosotros (que mañana, no por ahora, también estaremos en tela de juicio) a quienes nos toca juzgarlos, preguntamos: ¿qué se ha aportado a la Patria desde esta gran ciudad que no haya sonado en el tiempo a moneda falsa? [...] Nuestra responsabilidad (hablemos en plural, por la parte que acaso pudiera tocarnos) es tanto más inexcusable, cuanto más cerca estamos de la capital de la República, de la que hemos sabido copiar todo menos la cultura [...] Sin el valor de enfrentarnos a la cruda realidad, corremos a escudarnos como los avestruces, en el agujero sin salida de los pretextos. Ya lo decía Rodó: ‘No tratéis de justificar por la absorción del trabajo o el combate, la esclavitud de vuestro espíritu’.

Y, no sin una corrosiva ironía, agregaba:

Pero eso sí. Somos devotos fervientes de nuestra tradición cultural, que de existir, ya va siendo debidamente substituida por la respetable polilla. Padecemos tan descomunal miopía, que no nos hemos dado cuenta que otros estados tienen hoy un lugar preponderante, al grado que se reconozca que la intelectualidad de México vale por sus valores de provincia. ¡Ah!... Pero a nosotros se nos ha ido el tiempo derrochando superlativos, ignorando deliberadamente con criminal egoísmo, toda legítima osadía: piedra angular del proceso [...] Es triste notar que los que se ‘sienten’ protagonistas, obstaculicen sistemáticamente todo lo que es brote esencial, so pretexto de

una 'sana crítica' que en el fondo no es más que una previsoramente defensiva, contra una posible derrota [...].

Y pasaba enseguida a hacer referencia a los desafíos de su generación:

La juventud de ahora, si no he hecho aún nada digno de su nombre, es porque ha tenido que ir abriéndose paso a viva fuerza; y aunque cada vez son más poderosos los obstáculos, un día, un día obscuro, sin magnavoces ni padrinos dará su fruto, legítimo y esencial (pues viene pulsando obscuramente su inquietud para darnos un nuevo acento y un nuevo mensaje) y hará volver los ojos de la Patria hacia esta hermosa ciudad que hoy sólo progresa materialmente. Que se nos perdone el resentimiento. Nosotros no estamos derrotados. Todavía por fortuna, sin el propósito de acumular caudales, esgrimimos la espiritualidad para redimirnos por el arte. En buena hora tídesenos de soñadores. Luchamos por un renacimiento auténtico. Abrimos los brazos a todos los que tengan algo, pero algo que decirnos, a todos los que lleven en el corazón un germen de rebeldía, como un impulso de salirse del coro. Bienvenidos, porque en ellos gravita el futuro de América que ha de enseñorear un día ya no lejano, en el campo del pensamiento y de la acción, por la dignidad del hombre, los planos universales. Cargue la generación que nos precede la responsabilidad de su momento, y guárdese en buena hora la herencia que renunciamos.<sup>9</sup>

En ese texto encontramos no pocas de las claves del discurso de la “ideología juvenilista” a que hicimos alusión en líneas anteriores. No es difícil, asimismo, detectar huellas del “profetismo”, “mesianismo” y “redentorismo” que era nota común en los escritos de autores como Rodó e Ingenieros. El

primero, en *Ariel*, escribió: “Cuando un grito de angustia ha ascendido del fondo de vuestro corazón, lo habéis terminado en una invocación al ideal que vendrá, con una nota de esperanza mesiánica”.<sup>10</sup>

Del mismo modo, al hablar de los retos de su generación, Porras Sánchez tenía presente al pensamiento de Ortega y Gasset.

Las aristas más agudas del texto que comentamos iban dirigidas, sin duda, a los intelectuales y grupos culturales más importantes de la época, que, de acuerdo con Porras Sánchez, no habían sido capaces de “poner algo de sí mismos en el concierto de la cultura nacional”, limitándose a cultivar las tradiciones existentes. El mismo título del ensayo (“La herencia que renunciamos”) implicaba un planteamiento audaz porque enjuiciaba severamente el legado intelectual creado por personalidades como Delfino C. Moreno, César Garibay, y Gregorio de Gante, a quienes sin temor a exagerar podríamos denominar los representantes “canónicos” de la literatura poblana de las cuatro primeras décadas de la centuria pasada. Implicaba, además, el lanzamiento de un desafío para el grupo de la “Bohemia Poblana”, que hacia la década de los cuarenta y cincuenta parecía haberse apoderado completamente de los espacios culturales de la entidad. Entre sus miembros más conspicuos se encontraban personalidades como el historiador Enrique Cordero y Torres, Enrique Gómez Haro, José Basilio de Unanue, y Miguel Marín Hirschmann. Si bien habían contribuido en su momento a la grandeza de las letras y en general de la cultura de Puebla, hacia mediados de ese siglo sus propuestas, sus convenciones y sus cánones se convierten en un verdadero óbice para que la entidad se abra a los nuevos vientos literarios y culturales que circulan por el país y el orbe entero.

José Pablo Acuahuitl Asomoza, refiriéndose al ensayo de Porras Sánchez, señala que dicho trabajo “representaba la

postura de un sector estudiantil frente al problema de la cultura nacional y local, señalando cuál era su papel dentro de la misma y delineaban su tarea”. Y agrega:

En ese texto —el cual podía considerarse un manifiesto del grupo— los integrantes de Cauce renegaban de la literatura escrita en Puebla debido a que, consideraban seguir esa ruta sólo conducía a un ‘estancamiento’.<sup>11</sup>

Estoy de acuerdo con ese señalamiento, menos en lo de la aseveración de que los integrantes de Cauce “renegaron” de la literatura escrita en Puebla por ese tiempo. Ciertamente osaron desafiar el *establishment* cultural de la entidad, empero estrictamente hablando no “renegaron” de la producción literaria de sus miembros más representativos: más bien se percataron de que la cultura poblana manifestaba señales inequívocas de decadencia, por lo cual pensaron que había llegado la hora de atraerle los vientos frescos que soplaban por el orbe. En la revista colaboraron algunas de las figuras más venerables de la época, comenzando por Delfino C. Moreno, quien se encargó de escribir la columna “Nuestros tesoros bibliográficos”, en la que se dio principalmente a la tarea de difundir el acervo de la Biblioteca José María Lafragua, de la Universidad de Puebla, de la que fue director durante varios años.

Pero bien, volviendo al discurso de Juan Porras Sánchez, no cabe duda, pues, que fue él quien definió en términos precisos el proyecto del Grupo Cauce. Era, sin duda, el alma del grupo, quien convenció a sus amigos acerca de la necesidad de emprender el proyecto de regeneración a que hicimos referencia, y quien los acicateó a fundar la revista del mismo nombre, en aras de cristalizar dicho proyecto.

Era un hombre que rezumaba energía y entusiasmo por todos los poros, que tenía una fe quasi religiosa en el poder transformador de la lectura y de la escritura.

“Sólo un espíritu diáfano como Juan Porras Sánchez logró compenetrarnos con la letra impresa”, escribió Gastón García Cantú, en un acto de homenaje a Antonio Esparza Soriano.<sup>12</sup>

Veracruzano de origen —nació en Orizaba, en 1919— se trasladó a Puebla para cursar la carrera de abogado en nuestra máxima casa de estudios. Destacó de manera notable en los campos de la poesía, abogacía, de la docencia, y de la sociología. Fue autor del libro *Orígenes y evolución de la reforma en México*, un texto juzgado como “canónico” por no pocos estudiosos del liberalismo mexicano.<sup>13</sup>

Hombre de pensamiento progresista, saludó con entusiasmo el estallido del movimiento de reforma universitaria que surge en 1961, el cual habría de sacudir las estructuras académicas de la institución.

Fue secretario general de la Universidad en dos ocasiones, primero durante la breve gestión rectoral de Gonzalo Bautista O’Farril (1953-1954) y después en el también efímero rectorado transitorio de Julio Glockner (1961).

<sup>1</sup> José Ingenieros, *Las fuerzas morales*, citado por Oscar Terán, en *Antiimperialismo y nación*, Siglo XXI, México, 1979, p. 59.

<sup>2</sup> Arturo A. Roig, *Filosofía, Universidad y filósofos en América Latina*, UNAM, 1981, México, pp. 122-123.

<sup>3</sup> José Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, Escasa-Calpe, España, 1980, p. 14.

<sup>4</sup> Tzvi Medin, *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, FCE, México, 1994, pp. 39-42.

<sup>5</sup> Daniel Cosío Villegas, “La riqueza de México”, en *La Antorcha*, 30 de mayo de 1925.

<sup>6</sup> Manuel Gómez Morín, *1915 y otros ensayos*, Jus, México, 1973. La edición original se publicó en 1926.

<sup>7</sup> Luis González, *La ronda de las generaciones*, SEP-Cultura, México, 1984, pp. 5-6. En el prólogo, González advertía al lector “que si no aceptaba las premisas históricas del maestro español no tenía sentido que continuara leyendo el libro”.

<sup>8</sup> Citado por Guillermo Sheridan, en *Los contemporáneos, ayer*, FCE, México, 1985, p. 52.

<sup>9</sup> *Cauce*, núm. 1, 30 de agosto de 1945.

<sup>10</sup> José Enrique Rodó, Ariel, Espasa Calpe, Argentina, 1975, p. 39.

<sup>11</sup> José Pablo Acuahuitl Asomoza, *La conformación de la cultura regional mexicana: el caso del Grupo Bohemia Poblana, 1942-1962*, p. 65. Tesis profesional para obtener la maestría.

<sup>12</sup> Gastón García Cantú, “Antonio Esparza Soriano, el hombre, el poeta, el historiador”, s/e, 1994. Este texto fue escrito por García Cantú como comentario al libro de poemas *Aún es mía la estrella de la tarde* de Antonio Esparza Soriano, que se presentó en Puebla en 1994. Aquél no pudo asistir al evento, por lo cual envió el trabajo que citamos.

<sup>13</sup> Alfonso Yáñez Delgado, prólogo al libro *Orígenes y evolución de la Reforma en México*, Cuadernos del Archivo Histórico de la BUAP, núm. 19, Gobierno del Estado de Puebla, BUAP, 2000.





## En la Universidad y en la Corresponsalía del Seminario Mexicano de Cultura

Aparte de contribuir a crear los cimientos teóricos de la autonomía universitaria, y de estimular entre la comunidad universitaria —de consuno con la FEP— un ambiente proclive a la “regeneración intelectual, política y cultural” de la Universidad de Puebla, el Grupo Cauce coadyuvó a definir las metas y los horizontes del quehacer institucional, sin abandonar en ningún momento sus posturas críticas.

Podríamos, a grandes rasgos, ubicar dos etapas en la vida de dicho núcleo: en una primera —que abarcaría desde su fundación en 1943 hasta 1947, cuando cristalizan algunos de sus postulados más importantes—, Cauce se da a la tarea, como señalamos, de cuestionar el legado de las generaciones precedentes, recusando su falta de audacia y/o de voluntad para emprender proyectos enderezados a combatir la mediocridad y decadencia que invaden la vida cultural de la entidad y de la universidad.

En una segunda etapa, que podríamos ubicar de 1947 a 1954, los miembros de Cauce pasan a desempeñar un papel muy importante en la vida de la universidad, ora como profesores, ora como funcionarios o como parte del aparato institucional de la misma, impulsando diversos proyectos que habrán de repercutir de manera decisiva en el desarrollo académico y cultural de la institución.

Al afirmar lo anterior no pretendo, desde luego, establecer una línea de demarcación tajante entre su actitud crítica y su actuación en el ámbito institucional: esto sería incurrir en una gran arbitrariedad, ya que Cauce nunca dejó —aún en su etapa más beligerante— de esforzarse porque sus propuestas y planteamientos tuviesen una expresión institucional, y, la vez, nunca abandonó sus posturas críticas aún cuando sus miembros ya se encontraban actuando en el seno de las estructuras académicas y administrativas de la Universidad de Puebla.

Más bien intento mostrar cómo los miembros de Cauce, retomando la tesis de Luis González acerca de la “ronda de las generaciones”, consideran que ha llegado la hora de pasar de la negación a la afirmación: esto es, el momento de cristalizar o de plasmar sus propuestas o planteamientos en las estructuras y en general en la vida de la institución.

La ocasión se presenta en 1947, cuando arriba a la rectoría de la universidad el licenciado Horacio Labastida Muñoz, quien comparte con Cauce la inquietud por impulsar el resurgimiento académico-cultural de la institución. Su rectorado constituye un hito fundamental para la historia moderna de la actual Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, ya que en ese periodo ésta deja de ser un centro de estudios quasi medieval para pasar a convertirse en una universidad más acorde con los signos de los tiempos. Entre sus iniciativas más importantes destaca la creación de la Escuela de Físico Matemáticas, hecho que permitió, sin duda, el ingreso de la universidad a los umbrales de la ciencia moderna.<sup>1</sup> Otro logro fundamental es el fortalecimiento de la Preparatoria de la universidad, a la que introdujo un magnífico plan de estudios que abarcaba un tronco común, con el propósito de que sus educandos tuviesen una sólida formación humanística. Una de sus primeras decisiones al arribar a la rectoría fue la de nombrar como director de la preparatoria a Gastón García Cantú, quien instituye la cátedra de sociología

mexicana, la cual impartió durante varios años. Funda, además, los seminarios sabatinos opcionales, orientados a compenetrar a los estudiantes con los problemas del estado y del país.<sup>2</sup>

Asimismo, Horacio Labastida impulsa un cúmulo de iniciativas encaminadas al desarrollo cultural de la universidad. Entre ellas destaca el respaldo que brindó al proyecto teatral de Ignacio Ibarra Mazari. Esto lo veremos más adelante.

Generalmente se piensa que es a partir del estallido del movimiento de reforma de 1961 cuando se inicia la era moderna de la Universidad de Puebla, empero, en honor a la verdad, se inicia con el rectorado de Horacio Labastida Muñoz. Sus proyectos transformadores fueron sin duda una expresión del febril anhelo de cambios que experimentaban los estudiantes y profesores de la época.<sup>3</sup>

El Grupo Cauce jugó un papel muy importante en dicho periodo, ora asesorando al rector Labastida en sus proyectos más relevantes, ora encargándose algunos de sus miembros —como en el caso de Gastón García Cantú— de sacarlos adelante.

En agosto de 1946 se editó el último número de la revista. Juan Porras Sánchez tuvo que abandonar la dirección de la misma para dedicarse a finalizar sus estudios de derecho. Por otra parte, Juan Manuel Brito Velázquez concluía su periodo al frente de la FEP. Esto, sin embargo, no le impidió al grupo continuar impulsando sus labores culturales al seno de la institución.<sup>4</sup>

En contrapunto a sus actividades al interior de la universidad, los integrantes de Cauce dedicaron buena parte de sus energías a participar en las actividades de la Corresponsalía del Seminario Mexicano de Cultura en Puebla. Esa institución surgió en 1942, a instancias del presidente Manuel Ávila Camacho, con la finalidad de que difundiese a nivel nacional las diversas expresiones artísticas y culturales. En una primera etapa se invitó

a veinticinco personajes destacados de los diversos campos del saber (literatura, música, ciencias naturales, etcétera), figurando entre ellos Julián Carrillo (música), Agustín Yáñez (literatura), Fanny Anitúa (canto), Fernando Soler (teatro), Ángel Zárraga (pintura), Pablo Sandoval Vallarta y Carlos Graef Fernández (física). Con el objeto de que estuviesen en condiciones de realizar sus actividades, el gobierno les otorgó una dieta equivalente a la que devengaban los diputados federales en esa época.<sup>5</sup> Fue obvio, sin embargo, que dichas personalidades —por más entusiasmo que tuviesen— no estaban en posibilidades por sí solas de realizar la misión que se les había encomendado, por lo cual decidieron recurrir al apoyo de “corresponsales” en las diversas entidades del país, quienes se darían a tarea de organizar actividades artístico-culturales de consuno con los representantes nacionales de la instancia multicitada. Las personas elegidas, desde luego, debían cumplir algunos requisitos, comenzando por haberse distinguido en algunos de los campos de las ciencias, las artes y las humanidades.

En Puebla fueron designados —en noviembre de 1945— como corresponsales Carlos M. Ibarra, Manuel L. Márquez, José Luis Bello y Antonio Esparza Soriano, todos ellos intelectuales de renombre en la entidad. El último había ganado unos meses antes el Premio Nacional de Poesía de Aguascalientes, hecho que le permitió un gran reconocimiento por parte de los núcleos más renombrados de las letras mexicanas, algunos de los cuales, sin duda, lo recomendaron al Seminario de Cultura Mexicana. No era, por cierto, la primera vez que Esparza Soriano obtenía un premio a nivel nacional: en 1941 ganó el primer lugar del Certamen Poético convocado por la ciudad de Guanajuato, en ocasión del cuarto centenario de su fundación. Esa “doble” hazaña lo convertía, sin discusión alguna, en el poeta más representativo de Puebla (más adelante, en el capítulo siguiente, hablaremos más extensamente acerca de sus aportaciones a las letras poblanas).

El licenciado Manuel L. Márquez fue nombrado presidente de la Corresponsalía —por el hecho de ser el mayor de edad de los integrantes de la misma—, y Antonio Esparza soriano fue designado como secretario.

Tal vez el lector se pregunte por qué aseveramos que el Grupo Cauce se entregó de lleno a las actividades de la Corresponsalía del Seminario Mexicano de Cultura siendo que sólo uno de sus miembros —es decir, Antonio Esparza Soriano— había sido designado formalmente para ese cargo. Afirmamos eso porque los otros miembros del grupo —es decir, García Cantú, Ibarra Mazari, Brito Velázquez— asumieron la tarea de su compañero de manera colectiva, concientes de la importancia que revestía para su proyecto generacional su participación en la instancia mencionada.

Fue así como Cauce —a través de la Corresponsalía— se dio a la tarea de promover en Puebla un cúmulo de actividades artístico-culturales: desde la organización de conferencias, exposiciones, pasando por la puesta en escena de obras teatrales, recitales poéticos, hasta la presentación en Puebla de la obra de algunos de los más notables exponentes de las letras, las humanidades y las ciencias. Entre las personalidades que visitaron nuestra ciudad entidad en esa etapa —y en más de ocasión— tenemos, nada más y nada menos, a Alfonso Reyes, Rodolfo Usigli, José Vasconcelos, Carlos Pellicer, Agustín Yáñez, Julián Carrillo, Esperanza Cruz, Fanny Anitúa, entre otros.

De ese modo los miembros de Cauce contribuyeron de manera fundamental a que Puebla rompiera con su aislamiento y provincianismo intelectual, convirtiéndola —en esos años— en una de los sitios más dinámicos de la nación en lo referente a la vida cultural.

Esa labor se desarrolló principalmente de 1946 a 1951.<sup>6</sup>

Es de subrayar que si una institución fue beneficiada por las actividades de la Corresponsalía en Puebla del Seminario

Mexicano de Cultura fue la Universidad de Puebla, en cuyo Paraninfo y salón Barroco se celebraban la mayoría de las conferencias y actividades a que hicimos alusión.

Otros espacios importantes de la Corresponsalía eran el Teatro Principal y el Cine-Teatro Guerrero.

El entonces rector Horacio Labastida Muñoz (1947-1951) respaldó de manera entusiasta las actividades de la Corresponsalía, conciente de que ello encajaba a la perfección con el proyecto de reforma académico-cultural que se propuso impulsar durante su gestión.

Se trató, en síntesis —y decimos esto sin temor a exagerar— de una etapa de oro en la vida cultural de Puebla y de su principal centro de estudios, esto es, la Universidad de Puebla, razón que nos lleva a formular la siguiente interrogante: ¿por qué siguen sin reconocerse en la entidad las grandes aportaciones del Grupo Cauce, quien, insisto, desempeñó un papel fundamental en lo que se refiere a vincular a Puebla con las principales expresiones de la cultura nacional y universal?

En 1952, durante el rectorado de Armando Vergara Soto, se crea la Preparatoria Nocturna, cristalizando así un viejo anhelo de aquellos sectores de las secundarias nocturnas que no estaban en condiciones de realizar sus estudios en la única preparatoria que existía en esa época, esto es, la Preparatoria Diurna de la Universidad.

El primer director de dicho centro fue José Basilio de Unanue, quien aparte de impulsar un excelente programa de estudios diseñó un horario adecuado que le permitiera a los educandos asistir a clases sin presión alguna.

Un año después —debido a la renuncia de aquél— fue nombrado director Antonio Esparza Soriano, quien, retomando el camino de su predecesor, impulsó varias iniciativas encami-

nadas a fortalecer el nivel académico de la preparatoria, sin que esto afectase en absoluto las limitaciones de tiempo de sus estudiantes. Entre dichas iniciativas destacó la puesta en marcha del sistema de semestres, convirtiendo las materias de tres horas a la semana en diarias, y la organización de éstas en ciclos I y II. Introdujo, asimismo, un método novedoso orientado a resolver la escasez de profesores —problema muy difícil en ese tiempo—: invitó a que participaran como maestros a estudiantes destacados de las diversas licenciaturas de la institución, medida que aprobó el Consejo Universitario, y que resultó un verdadero éxito.

Su paso por la Preparatoria Nocturna le permitió a Esparza Soriano compenetrarse ampliamente con la problemática de la educación media superior, convirtiéndose en uno de los principales —si es que no en el principal— experto de la institución en ese campo, lo cual propició que el entonces rector, Gonzalo Bautista O’Farril, lo invitase a formar parte de la delegación que enviaría la universidad al Segundo Congreso General de la Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Educación Superior (ANUIES), el cual se realizó en la Universidad de Guanajuato, en febrero de 1954.

Ese evento representa un hito fundamental en la historia moderna de la educación media superior, ya que definió con precisión los objetivos y metas de la misma, poniendo fin a la dispersión que imperaba en sus planes y programas de estudio.

La delegación de Puebla, aparte de Antonio Esparza Soriano, estuvo integrada por Gastón García Cantú, Agustín Cruz y Celis, Juan Manuel Brito Velázquez y el rector Gonzalo Bautista O’Farril.<sup>7</sup> Como puede verse, estuvo constituida principalmente por miembros del Grupo Cauce.

La representación poblana presentó una ponencia muy brillante en la que se planteaba que el bachillerato no debía ser sólo una fase preparatoria para acceder al nivel profesional,

sino, ante todo, debía ser un nivel esencial para la formación moral y humanística de los educandos. En otros términos, debía ser un nivel que le permitiese a los educandos prepararse para la vida y para adquirir las herramientas necesarias para sus estudios profesionales.

En consecuencia, se tornaba necesaria la existencia de un perfecto equilibrio entre las ciencias y las humanidades, y la introducción de algunas asignaturas que les permitiesen a los estudiantes compenetrarse con la problemática específica —social, económica, cultural—de su entorno.

Aparte de convertirse en hilo conductor de los debates, la ponencia presentada por la delegación poblana delineó los aspectos más importantes de la reforma a las preparatorias a nivel nacional, por lo cual fue aprobada por unanimidad. De esta forma la Universidad de Puebla contribuyó de manera decisiva a la reforma del bachillerato que se impulsó en el año de referencia.

Gran parte de ese mérito le corresponde, reitero, al Grupo Cauce, en particular a Esparza Soriano, Brito Velázquez y García Cantú.

Tan sólo por esa contribución dicho núcleo de universitarios debería ocupar un sitio importante en la memoria histórica de la máxima casa de estudios de Puebla.

Durante el breve rectorado de Gonzalo Bautista O’Farril (1953-1954) la Universidad de Puebla siguió gozando de una gran vitalidad académica y cultural. Conciente aquél de la valía del Grupo Cauce, lo involucró en sus principales proyectos e iniciativas.

El rector se reunía casi diariamente con Esparza Soriano, Ibarra Mazari, Porras Sánchez y García Cantú en el restaurant “La Princesa”, a mediodía, para revisar la agenda de sus actividades. No había asunto que no les sometiera a su consulta. El



maestro Esparza Soriano nos cuenta la siguiente anécdota. Bautista O’Farril era muy aficionado al deporte de la esgrima, y en cierta ocasión fue invitado a inaugurar una competencia del mismo que se llevaría a cabo en la institución. Pensando que tal vez valía la pena presentarse al evento con su traje de esgrimista les preguntó a aquéllos su opinión al respecto, a lo cual García Cantú respondió, no sin esforzarse por contener la hilaridad: “creo que sería mejor que se presentara ‘disfrazado’ de rector”. Una carcajada estridente sacudió el recinto de “La Princesa”.<sup>8</sup>

Bautista O’Farril, pese al breve tiempo en que estuvo al frente de la rectoría (renunció un año después, con el objeto de contender como candidato del PRI a la presidencia municipal de Puebla) impulsó varias iniciativas muy valiosas para la vida académica y cultural de la institución. Entre ellas destacan la creación de la Orquesta Sinfónica de la Universidad, el fortalecimiento del Teatro Universitario (con Ignacio Ibarra Mazari al frente), y el desplazamiento del laboratorio de Física (que se localizaba en la antigua capilla de San José, del edificio Carolino), para construir en su lugar el salón Barroco, al que convirtió primero en una sala de exposiciones y, posteriormente, en salón para actos solemnes.

Dicho salón, como es del conocimiento público, es uno de los sitios más bellos de la universidad. Su sillería formaba parte del antiguo Colegio de San Pantaleón, la cual fue desmantelada una vez que se ubicó en este lugar el Tribunal Superior de Justicia del Estado. Bautista O’Farril le solicitó al gobierno del Estado la donación de dicha sillería, y de su propio peculio la mandó restaurar, haciendo lo mismo con el retablo que está al fondo del salón.<sup>9</sup>

Lamentablemente la brillante estrella que dejó Bautista O’Farril en el firmamento de la historia de la Universidad se apagó, siendo devorada por el “hoyo negro” de su funesta participación en los trágicos sucesos que tuvieron lugar en su periodo como gobernador del Estado (1972-1973), cuando

encabezó la “cruzada” derechista contra la institución, la cual condujo al asesinato de los líderes universitarios Joel Arriaga y Enrique Cabrera en 1972, y de los estudiantes Ignacio Enrique González Romano, Víctor Manuel Medina Cuevas, Alfonso Calderón Moreno y Norberto Sánchez Lara, en la siniestra jornada del 1° de mayo de 1973. Aquí no hablaremos de estos dramáticos sucesos: esto ya lo hicimos en un trabajo publicado en el año 2000.<sup>10</sup>

Otra notable contribución del Grupo Cauce a la vida de la Universidad de Puebla —que lamentablemente es muy poco conocida, sobre todo entre las actuales generaciones de universitarios— fue la defensa que realizó de la preparatoria —diurna y nocturna— de la institución, la cual intentó ser desmembrada de la misma en 1956 por el gobernador Rafael Ávila Camacho.

A través de dicha iniciativa, el mandatario de referencia pretendía independizar el sistema de preparatorias de los centros escolares creados por él, con el objeto de que no estuviesen sujetos a los planes de estudio de la Universidad. De esta forma envió al Congreso del Estado un proyecto de ley en el que se separaba la enseñanza preparatoria de la universidad, pasando a formar parte de la entonces Dirección General de Educación Pública.<sup>11</sup>

Los diputados, como acostumbraban en ese tiempo, aprobaron sin rubor alguno el proyecto del gobernador, en una sesión *fast track* —como se dice en la actualidad— que no se difundió a la opinión pública, obviamente con el propósito de no alertar a los universitarios. Sin embargo el asunto de marras llegó a oídos del entonces presidente de la FEP, Francisco Arellano Ocampo, quien de inmediato lo transmitió a la comunidad universitaria. Como era de esperar, la noticia provocó una gran

indignación entre estudiantes y maestros, lo cual obligó al Consejo Universitario a tomar cartas en el asunto sin dilación, decidiendo integrar una comisión que se diese a la tarea de examinar la problemática de referencia. La Comisión quedó integrada por el químico Wulfrano Labastida, director de la Preparatoria Diurna; el licenciado Ernesto Castro Rayón, director de la Escuela de Derecho; Antonio Esparza Soriano, director de la Preparatoria Nocturna, el consejero estudiante Mario Zamora Aurioles, y el presidente de la FEP, Francisco Arellano Ocampo.<sup>12</sup>

La comisión tenía frente a sí una enorme responsabilidad, pero experimentaba serias dudas acerca de cómo demostrar la ilegalidad de la iniciativa del gobernador. El mismo Castro Rayón —quien también era magistrado del Tribunal Superior de Justicia de la entidad— argüía que no había ley ni ordenamiento alguno que le impidiese al representante del poder ejecutivo tomar la decisión aludida... entonces, ¿qué hacer?

Esparza Soriano, asesorado por sus compañeros del Grupo Cauce —en particular por Juan Porras Sánchez— se dio a la tarea de revisar minuciosamente los principales ordenamientos jurídicos de la entidad, encontrando un artículo en la Constitución de Puebla que decía, palabras más, palabras menos, que cuando el Colegio del Estado se convirtiese en Universidad ésta tendría a su cargo la enseñanza superior y la media superior, o sea, las escuelas profesionales que habían pertenecido al colegio y la preparatoria. Aquí no abordaremos la compleja argumentación jurídica que siguió a continuación: esto nos obligaría a alejarnos del tema. Baste señalar que dicho artículo le permitió a la Comisión encontrar el argumento que se requería para documentar la ilegalidad del decreto de Rafael Ávila Camacho. Éste, no sin externar su malestar, no tuvo más remedio que dar marcha atrás en su intento de desmembrar la preparatoria de la Universidad.

Se trató, pues, de un gran triunfo de los universitarios poblanos, al que contribuyeron de manera decisiva la FEP y el Grupo Cauce. Esta experiencia alentó a la comunidad universitaria, poco tiempo después, a emprender la conquista de la autonomía de la Universidad de Puebla, la cual se obtuvo en noviembre de 1956.

<sup>1</sup> “Ingreso de la UAP a la ciencia moderna”, *Tiempo Universitario*, año 2, núm. 4, 25 de febrero de 1999.

<sup>2</sup> Antonio Esparza Soriano, “Origen y Evolución de las Escuelas Preparatorias”, en *Preparatorias de la BUAP*, Varios autores, Cuadernos del Archivo Histórico Universitario, Gobierno del Estado de Puebla, BUAP, 2004, pp. 14-15.

<sup>3</sup> F. Humberto Sotelo M., “La Universidad de Puebla en 1948”, en *Tiempo Universitario*, año 1, núm. 3, 13 de febrero de 1998.

<sup>4</sup> José Pablo Acuahuitl Asomoza, *La conformación de la cultura regional mexicana*, op. cit., p. 67.

<sup>5</sup> Conversaciones de Humberto Sotelo con Antonio Esparza Soriano. Del 25 al 28 de junio de 2004.

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> Antonio Esparza Soriano, “Origen y evolución de las escuelas preparatorias”, en *Preparatorias de la BUAP*, op. cit., p. 16.

<sup>8</sup> Conversaciones de Humberto Sotelo con Antonio Esparza Soriano.

<sup>9</sup> Antonio Esparza Soriano, *Origen, evolución y futuro de la UAP*, Cuadernos del Archivo Histórico, núm. 8, Gobierno del Estado de Puebla, BUAP, 2000, p. 117.

<sup>10</sup> Me refiero al libro *Puebla de los demonios*, Cuadernos del Archivo Histórico Universitario, núm. 21, Gobierno del Estado de Puebla, BUAP, 2000.

<sup>11</sup> Antonio Esparza Soriano, “Origen y evolución de las escuelas preparatorias”, op. cit., p. 119.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 120.

## La irrupción del Grupo Cauce en la poesía poblana

Al momento de surgir el Grupo Cauce la poesía en Puebla se encontraba en su clímax impregnada de paisajismo de nostalgia por las casonas solariegas, las rejas herrumbrosas, los portones coloniales de la vieja ciudad, de chinas poblanas, de cantos a los héroes y de éxtasis ante los atardeceres y sus ángeles.

Pondremos algunos ejemplos, que continúan figurando en no pocas de las principales antologías de la poesía poblana. Ernesto Moreno Machuca (1919), en su “Declaración de amor a mi ciudad” —la ciudad de Puebla—,<sup>1</sup> escribía:

Canto tus rosicleres diáfanos y sanguíneos,  
la flor de tus crepúsculos, canastillas de flores  
que coronan la frente de tu rubia cabeza;  
tu juventud que nutre mis líricos acordes

Canto la primavera de tu clima encendido,  
la suave transparencia del cristal de tus aires;  
tu cielo que me inunda con azul de infinito  
donde viajan las nubes, los sueños y los ángeles

El poeta, sin duda, estaba muy lejos de imaginar que algún día la ciudad homenajeadada habría de perder “la suave transparencia del cristal de sus aires” debido a la contaminación

que trajo consigo el acelerado proceso de industrialización que se desarrolla a partir de finales de los años sesenta del siglo pasado.

En el poema “Azulejos y campanas”, de Luis Sánchez Pontón (1889-1969), encontramos la añoranza por la ciudad tradicional.<sup>2</sup>

¡Oh, las tapias florecidas!  
¡Oh, las rejas herrumbrosas!  
¡Oh, los gestos familiares de las cosas  
que nos vieron tantos años transitar!

¡Oh, los muros desconchados de las casas señoriales,  
y los lúgubres portones coloniales,  
y las arcaicas baldosas  
por las centurias bruñidas  
que sintieron nuestras sombras confundidas  
y aun conservan nuestras huellas que dejamos al pasar!

El mismo autor, celebraba el “Angelus”<sup>3</sup> en los siguientes términos:

¡Es la hora del Angelus!  
¡Campanas —bronce y plata— de las torres poblanas!  
y, dominando el coro vespéral,  
dobla, con vibraciones sobrehumanas  
la campana mayor de Catedral.

No era sólo el paisaje o la imagen de las viejas casonas lo que atraía la atención del poeta, sino también los murmullos del pasado, los ecos del ayer atrapados en la herrumbre de los balcones o en la heráldica de las puertas antiguas. Esto lo vemos

claramente en el poema “Patio Colonial”<sup>4</sup> de León Sánchez Arévalo

Admiro el patio colonial... Perplejos  
quedan mis ojos ante aquellas losas  
que parecen hablar de tantas cosas  
de tiempos idos y de infolios viejos...

Hay pompa de color en los reflejos  
que cubren las paredes y baldosas,  
y una orgía de luces y de rosas  
sobre los policromos azulejos...

En su poema “añorando”<sup>5</sup> Manuel Rivadeneyra y Palacio  
(1859-1930), escribía:

Hay en aquel jardín que está a la orilla  
de la ciudad angelical española,  
una casa que está ya casi sola,  
en un triste silencio de capilla;

El astro blanco de la noche brilla  
sobre la flor que oculta su corola,  
en tanto suena con huir de ola,  
una canción melódica y sencilla

Es un misterio delicado y puro,  
algo como una especie de conjuro,  
lleno de una letal melancolía;

Es que, con dejes de canción de ave,  
hay en aquel jardín vetusto y grave  
una flauta que suena todavía...!

Como puede constatar el lector, nos encontramos ante un panorama ahíto de melancolía y de nostalgia por el pasado, en el que el “misterio delicado y puro” de los jardines y de los patios coloniales se convierte en un perfume embriagador que inmoviliza al poeta.

Sin temor a equivocarnos, pues, podríamos aseverar que la poesía poblana, en la década de los cuarenta de la centuria pasada, se encontraba en una situación de decadencia, marcada por la “crepuscularidad”. “La crepuscularidad” —observa José Joaquín Blanco— consiste en un absoluto deseo de no actuar, de mirar la desgracia o el dolor como un paisaje inevitable y melancólico, lleno de panoramas estetizables”.<sup>6</sup>

La “tristeza reaccionaria” —a la que solía referirse Ramón López Velarde— campeaba en la sensibilidad de los poetas de esa etapa. Véase el poema “Todo está igual”<sup>7</sup> de César Garibay (1891-1962):

Cansado de vagar, como perdido,  
crucé al azar, la calle penumbrosa,  
por donde fuiste en nuestro ayer florido  
mi gentil compañera jubilosa.

Me vieron caminar muy solo y triste  
los rapaces del barrio y los vecinos  
que a mi vera pasando, conociste;

y la calle es igual; porque es la misma,  
ya no sentí flotar la vagorosa  
visión de luz del inefable prisma  
que eras tú, mi ilusión color de rosa...

Las brisas no eran ya sutil beleño  
sobre mi frente pensativa y mustia



y faltándome tú, mi pobre ensueño  
es martirio, es tormento y angustia...

La “tristeza reaccionaria” va casi siempre acompañada de la sensación de derrota anticipada, de la idea de que no tiene caso el esfuerzo, si siempre habrá el hombre de terminar postrado ante el destino.

Véase el poema “Haber sentido”<sup>8</sup> de Salvador Fidel Ibarra (1903-1958)

Haber sentido el soplo de lo inmenso  
en la frente serena y orgullosa  
y haber vibrado como un arco tenso  
a cada vibración de cada cosa.

Haber tenido la ilusión un día  
como una esclava infiel: encadenada;  
haber buscado en todo la alegría,  
haber vivido sin temor a nada  
[...]

Sentirnos vencedores de la muerte  
prolongando la vida en los retoños  
como el árbol del monte, sano y fuerte,  
que ha resistido a todos los otoños.

Sentirse fatigado de la senda  
sin ganas ya de continuar el viaje,  
y para descansar, plantar la tienda  
en la quietud sedante del paisaje...

Y cuando al fin creímos que la vida  
estaba para siempre dominada,

tenemos la cabeza encanecida,  
el alma triste, la ilusión herida  
¡Y solo es la mitad de la jornada!

En el poema “página íntima”<sup>9</sup> Delfino C. Moreno (1888-1973), encontramos el típico tono delicuescente que destilaba la poesía poblana de esa época:

¿Por qué estás tan triste?  
la tristeza enturbia  
la diáfana corriente de la vida  
y enferma el corazón. Y, sin embargo  
cual me enamoran tus miradas tristes,  
porque fulguran en tus ojos negros  
toques de luz desconocida, como  
fulgor de estrellas en obscura noche...

¿Que está sin flores el rosal? ¡No importa!  
Si es fugaz el placer, la vida es breve;  
y hay que guardar, para el postrer instante,  
dentro del alma, la canción más bella.

Este poema nos hace recordar la poesía de Enrique González Martínez, en particular al poema “Tuércele el cuello al cisne”, que invita a la “vida profunda”, a reparar en el “misterioso libro del silencio nocturno”, en lugar de dejarse arrebatar por la belleza del cisne, o sea, por “el mundanal ruido”.

Esto no sería nada casual: tanto González Martínez como Delfino C. Moreno fueron “ascetas frustrados”. El segundo siempre aspiró —relatan sus conocidos— a ser obispo u otra autoridad sacerdotal, pero el “yerro” de haber contraído matrimonio se lo impidió. En lo que se refiere al primero, dice José Joaquín Blanco, “si quiso ser un santo le faltó lo impres-

cindible: la dificultad de serlo, las verdaderas tentaciones que vencer, la brutal inspiración moral ".<sup>10</sup>

Delfino C. Moreno tal vez habría sido un poeta de alcances mayores, pero se le impidió su cristianismo excesivamente provinciano, asaz pueblerino, que lo llevó a lanzar la tesis temeraria de que el romanticismo era un producto del cristianismo! Al respecto, escribió que:

Muchos no quieren convencerse de que el Cristianismo surgió de las candentes arenas del circo romano; casi nadie se atreve a confirmar que la redención del mundo nació de las sonrisas de Nerón (*sic*). Todavía nos están quemando el rostro las llamaradas fatídicas del incendio de Roma. Pues allí nació el romanticismo, cuya esencia es netamente cristiana. Y romanticismo, es amor abrazado a la Cruz (*sic*) del más grande taumaturgo que han contemplado los siglos: Jesucristo, Redentor nuestro, hacedor de la grandeza humana, deshacedor (*sic*) de nulidades y encendedor de vidas nuevas, que prende brillos de santidad hasta en los viejos muros y hace vivir los corroídos musgos.<sup>11</sup>

Es obvio que por "romanticismo" Delfino C. Moreno no aludía a la corriente literaria del mismo nombre —que por cierto, en Puebla, tuvo exponentes magníficos como Manuel M. Flores— sino, más bien al "estado de ánimo" que se asocia con dicho vocablo, esto es, una cierta delicuescencia sentimental en contrapunto a una marcada inclinación a la tristeza y la melancolía. En esta visión del "romanticismo" caben desde los enamorados exaltados, pasando por los caracteres proclives a la contemplación de la noche, de la luna y de las estrellas, hasta cantantes populares inclinados al sentimentalismo (de Pedro Infante a Luis Miguel, pasando por José José).

No deja de sorprender que este aserto haya sido pronunciado en 1948, es decir, en una etapa en que ya habían surgido

movimientos tales como el Imaginismo (Ezra Pound) el Surrealismo (André Breton), el Dadaísmo (Tristan Tzara), y, más cerca de nosotros, en Argentina, el Ultraísmo (Jorge Luis Borges), los cuales trajeron consigo una renovación de la poesía a nivel mundial. En 1925 había surgido, en México, el Grupo Contemporáneos, y, pocos años atrás, el Estridentismo, con la aparición del primero número de *Actual*, hoja volante de Manuel Maples Arce.<sup>12</sup>

¿Qué factores habían llevado a la decadencia de la poesía poblana en esa etapa? Antes de intentar responder a esa interrogante, habría que subrayar que Puebla experimentó una vida cultural muy intensa e interesante en las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX. Sobre todo, en vísperas de la Revolución de 1910, fulguraban en el firmamento literario de la entidad toda una pléyade de escritores y poetas que, sin temor a exagerar, opacaban a no pocas de las constelaciones literarias que había en el país, destacando en particular la autodenominada “Generación de 1910”, del Colegio del Estado, en la que se encontraban excelentes poetas como Rafael Cabrera, Luis Sánchez Pontón, y Alfonso G. Alarcón, entre los más destacados, quienes fundaron y dirigieron la revista *Don Quijote*, sin duda uno de los más importantes órganos literarios que tuvo la entidad en el siglo pasado.

Tal vez algunos lectores se sorprendan de que en el citado Colegio hubiese tal florecimiento cultural, tomando en cuenta que dicha institución estaba bajo la tutela del gobierno estatal —representado en ese entonces por Mucio P. Martínez—, quien no se caracterizaba precisamente por alentar las diversas expresiones artístico-culturales. Lo que sucede es que dicho centro educativo había tenido el privilegio —como señalamos en páginas anteriores— en las últimas décadas del siglo XIX, de

contar con hombres como Ignacio Manuel Altamirano e Ignacio Ramírez, quien dejaron una huella indeleble en la vida del Colegio, dándole un ímpetu cultural que sobrevivió hasta inicios del siglo xx.<sup>13</sup>

Entre los poetas más destacados del Colegio del Estado tenemos a Rafael Cabrera (1884-1943), y al ya mencionado Luis Sánchez Pontón. Según éste, su generación

era en parte, hija del siglo anterior, pero empezaba a abrir los ojos a la vida ante un paisaje diverso. Las grandes construcciones de la centuria que la había bañado con sus últimos fulgores, parecían desmoronarse en el ambiente precozmente iconoclasta de la época nueva.<sup>14</sup>

Creo que en esas palabras se encuentra la “clave” para comprender la producción cultural de la Generación de 1910. La mayoría de sus miembros, si bien se formaron en las ideas del liberalismo decimonónico, no se estancaron en sus aguas, sino lograron vislumbrar los signos de los nuevos tiempos. Esto explica su decisión de participar en el movimiento encabezado por Francisco I. Madero, concientes de que éste constituía una esperanza de redención para la vida política y social del país. Asimismo, aunque se distinguen por una sensibilidad que hunde sus raíces en el siglo XIX, logran sin embargo escribir una poesía que si bien no se caracteriza por estar a tono con las innovaciones literarias más avanzadas del orbe y del país, supera con mucho los cánones que imperaban en esa época. No es extrañar, en consecuencia, que al escanciar su poesía uno tenga la impresión de encontrarse con un vino inefable, resultado de una vid fresca y fina, pero almacenada en odres viejos. Desde luego esta afirmación no es válida para la poesía de Rafael Cabrera, cuya originalidad desborda cualesquier intento de analizarla a luz de las corrientes predominantes.

¿Cómo no estremecerse, por ejemplo, ante las poderosas estrofas de su poema “Por los Héroes?”<sup>15</sup> (a la memoria de los héroes del 5 de mayo de 1862). Veamos algunos fragmentos del mismo:

Que los odios escondan sus puñales:  
ya no turban las águilas triunfales  
el cielo azul con su valor sonoro;  
no es hora de la injuria para Francia,  
que en su divina copa nos escancia  
con risa fraternal su vino de oro.

Calle el rencor amargo y palpitante...  
pero que surja el himno desbordante  
hecho de gloria y luz y sangre fiera,  
el himno por los héroes ignorados,  
que cayeron convulsos y apretados,  
saludando, al morir, a la bandera;  
[...]

Guerreros del ayer, sednos propicios;  
y que fulminen vuestras puras manos  
al que en vez de luchar module un lloro...  
y arrojad en los surcos las simientes  
que tornarán los campos florecientes  
y mañana serán espigas de oro.

¿Acaso no tenemos la impresión de encontrarnos con una poesía quasi homérica (perdón por la hipérbole), en la que la fuerza y el poder de las imágenes propicia que se desvanezca la compleja arquitectura de la versificación (no menos poderosa) ¿

Su poema épico “Sursum Corda”<sup>16</sup> dedicado a la memoria de los cadetes del Colegio Militar, obtuvo el premio nacional de poesía en las fiestas del Centenario de la Independencia. El mismo autor lo declamó en el acto solemne del 8 de septiembre de 1910, en el Hemiciclo del bosque de Chapultepec. Fue tan grande la emoción que provocó entre la concurrencia que el mismo presidente Porfirio Díaz —quien asistió al evento acompañado de su gabinete y del cuerpo diplomático— se levantó de su asiento para estrechar con efusión las manos del poeta.<sup>17</sup>

Véanse algunas estrofas de dicho poema:

Aquí, donde la vida  
al rumor de los siglos adormida  
es una eterna y loca primavera;  
y pródiga la sabia enardecida  
arropa en verde manto la pradera,  
y hasta el tiempo suspende su carrera  
por recobrar la juventud perdida;  
aquí, bajo estas frondas rumorosas,  
donde lloran las brisas fugitivas,  
el esplendor de otras edades bellas  
y hay más oro en las albas luminosas  
más ensueño en las tardes pensativas;  
y en las diáfanas noches más estrellas,  
aquí, donde los reyes triunfadores  
arrastraron su lujo y su grandeza,  
y aún vibra de la noche en los rumores  
una vieja canción que habla de amores  
con incurable y lánguida tristeza;  
en este peñascal hosco y erguido,  
donde clavó nuestra águila su nido,  
por hartarse de campos y de cielos,

y guardar las brumosas lejanías,  
y contemplar el sol todos los días  
mientras crecen y empluman sus polluelos  
[...]

Aquí fue donde el soplo de la guerra,  
por anhelos impuros ultrajada,  
la justicia otra vez cayó por tierra;  
aquí, donde la Patria desolada,  
si no halló la victoria  
en la lucha titánica y sangrienta,  
pudo vengarse de la innoble afrenta  
guardando para sí toda la gloria,  
aquí, donde el rugido  
de las rudas y bárbaras legiones  
se alzó temblando hasta el peñón erguido,  
despertó a los polluelos de su nido  
y sublevó de horror sus corazones;  
y aquí... donde a la voz de los cañones  
de otras tierras hostiles y remotas,  
como laúdes impetuosos descendieron...!  
y aquí... donde cayeron  
Los aguiluchos con las alas rotas!  
[...]

Y cayeron... ¡Oh Dios!... ¡y eran la vida!  
Pero si aún mana sangre de zaherida,  
no manchará la injuria nuestros labios  
que nos vengó de todos los agravios  
el altísimo honor de esa caída!



Si acaso hubo rencores, ya se han ido...  
nuestro perdón borró, no nuestro olvido,  
la afrenta que los ánimos encona;  
que encima de la gloria de los fuertes  
está la inmensa gloria de esas muertes  
y el triunfo del vencido que perdona!

¡Cadetes de la patria poderosa!  
¡Símbolos de una estirpe victoriosa  
que lleva confundida en sus entrañas,  
con la sangre de un águila orgullosa  
la sangre del león de las Españas!  
¡Mártires de honor y de hidalguía,  
en cuyos pechos jóvenes había  
sólo amor, y esperanza, y luz, y trinos,  
y que muertos al pie de una bandera  
comprasteis con la vida pasajera  
el derecho inmortal de ser divinos!  
¡En pie, sombras augustas que el Pasado  
alza la frente pálida y ceñuda,  
y de insignes laureles abrumado  
desfila ante vosotros y os saluda!  
[...]

Rafael Cabrera, sin embargo, no se distinguió sólo por su poesía épica, sino también por su fina sensibilidad, tal como lo puso de relieve en su poemario *Presagios* (1921), cuya publicación fue un acontecimiento de suma importancia para las letras poblanas de la época.

Algunos críticos, como Pedro Henriquez Ureña, señalaron que Cabrera es un descendiente de Campoamor y de Bécquer,

pero su originalidad es tal que desborda cualesquier influencia. En ese sentido, no deja de tener razón Juan Palacios al decir que el poeta (o sea Cabrera) es “muy él y sólo él”.<sup>18</sup> Lamentablemente, tal como sucedió con la mayoría de los grandes poetas poblanos de su época, más adelante Cabrera descendió también por la pendiente de la crepuscularidad, tal como lo podemos ver en su poema “En la noche”.<sup>19</sup>

En la noche profunda  
me llega como un hálito de rosas  
vago y sutil... Mi espíritu se inunda  
de una tristeza esquiva  
y pienso en tus ojeras pesumbrosas  
y en tus grandes pupilas misteriosas  
que no me verán nunca mientras viva...

Y pienso en este amor infortunado  
que se nutre de ausencia y amargura  
y que así ha de vivir inútilmente  
a un estéril afán crucificado  
presintiendo tu luz en su negrura  
y soñando contigo eternamente

Y como ciego que perdió el camino  
grito en las sombras densas y calladas  
tu dulce nombre que parece un trino,  
tiendo al aire las manos desoladas  
y te llamo... te llamo  
sólo para decirte que te amo  
que será siempre tuyo el amor mío...  
cerca, lejos, mirándote, sin verte,  
en la pena, en el gozo, en el hastío,  
más allá de la vida y de la muerte...

Y mientras en mi alma se condensa  
toda sombra de la noche inmensa  
el horizonte vago palidece...

Cabrera sobresalió también en el campo de la diplomacia. Fue Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en Argentina; enviado plenipotenciario y ministro plenipotenciario en Bélgica, y enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en El Salvador, entre otros cargos.<sup>20</sup>

Otro poeta notable de dicha generación —menos intenso que Cabrera, pero no menos interesante— fue Alfonso G. Alarcón, oriundo de Chilpancingo, pero intelectualmente formado en Puebla, donde cursó la Preparatoria y la carrera de Medicina. Alarcón escribía con un estilo neoclásico, distinguiéndose por su versificación depurada, fácil y rebotante de ternura. Se distinguió también en el género epigramático. La mayoría de sus poemas satíricos fue recogida en el libro *Burla, Burlando*.<sup>21</sup>

Aparte de la “Generación de 1910”, tenemos a la generación del Seminario Palafoxiano, cuyos miembros se esforzaron por continuar cultivando la tradición clásica. De acuerdo con Alfonso Esparza Soriano, se torna necesario dividir en dos grupos a dicha generación: maestros y discípulos. Entre los primeros se encuentran el Padre Federico Escobedo, Enrique Gómez Haro, Eduardo Gómez Haro, Manuel Rivadeneyra y Palacio, Felipe Neri Castillo, Rafael Serrano y Francisco Neve. Entre los segundos, Delfino C. Moreno, León Sánchez Guerrero, César Garibay, Julio Delgado y Felipe Calderón. Sigue Soriano:

es muy revelador el adjetivo de ‘española’ que se le dio a la Academia Palafoxiana. Coincide la época en que fue restablecida

con la madurez del movimiento modernista iniciado, en nuestro país, por Manuel Gutiérrez Nájera. Una regresión al Siglo de Oro español en el México de Nervo, Mirón y Urbina.<sup>22</sup>

Entre los poetas más sobresalientes del Seminario Palafoxiano tenemos al Padre Federico Escobedo y Tinoco. Nació en Salvatierra, Guanajuato, el 7 de febrero de 1874. En 1886 ingresó al Seminario Palafoxiano de la ciudad de Puebla, en donde estudió tres años de humanidades. El 2 de mayo de 1907 fue admitido en la Arcadia de la ciudad de Roma, Italia, con el seudónimo de “Tamiro Miceneo”. En 1905 ingresó a la Academia Mexicana. Murió el año de 1949 en la ciudad de Puebla. Debido a su dominio de la lengua latina, no son pocos los críticos que lo comparan con los más excelsos humanistas del siglo XVIII.<sup>23</sup> El Padre Escobedo realizó una traducción del latín al español de la *Rusticatio Mexicana* del padre Rafael Landívar, la cual es hasta el presente, la primera y única versión completa al español, hecha en verso.

Véanse los siguientes poemas<sup>24</sup>

“Sic itur ad astra” (dedicado a Eduardo Gómez Haro)

Así, joven poeta,  
la escoria desdeñando de este suelo,  
a la gloriosa meta  
podrá llegar tu anhelo;  
¡sigue, águila caudal, sigue tu vuelo!

Hoy, cuando al mundo espanta  
de tanto noble genio la caída,  
Dios pone en tu garganta  
la estrofa enardecida  
que al arte nacional vuelve la vida,

su púgil, entre tanto  
que el cierzo decadente el campo asuela,  
viril suene tu canto;  
¡sigue la antigua escuela  
que, en alas de la fe, potente vuela!

Y, en la sublime cumbre  
de divino ideal, tu amor coloca;  
¡bebe de Dios la lumbre!....

¡Sube a la excelsa roca,  
y con tu frente las estrellas toca!

“Eccde quem amas, infirmatur” (dedicado al señor  
licenciado José Joaquín Casasús)

Señor, la criatura,  
Objeto de tu eterna complacencia,  
tu más perfecta hechura,  
destello de tu esencia  
¡tiempo ha que gime de mortal dolencia!  
de su divino origen  
por completo olvidada, al mal se adhiere;

Las pasiones la rigen;  
lo que es bueno no quiere;  
y, la infeliz adoleciendo... ¡muere!  
Muere, porque la falta  
de tu fe divina el sacro fuego;  
negra duda la asalta;  
ha perdido el sosiego;  
¡es moribunda flor que pide riego!  
La dicha en vano busca;

de la pasión la llama crepitante  
con su fulgor la ofusca;  
quiere ir más adelante;  
más la pobre se siente vacilante,  
y, en medio del camino,  
cansada ya, recuéstase indolente,  
y, al despertar, sin tino,  
se lanza cual torrente;

Poderoso Jesús dile ¡detente!  
deténgala tu mano,  
antes que baje a la mansión profunda;  
Señor, aún es temprano;  
de gracia su alma inunda;  
¡apiádate de tu hija moribunda!

Como puede constatar el lector nos encontramos ante una poesía de singular belleza, al mejor estilo clásico. Sin embargo, tomando en cuenta que desde 1857 Baudelaire publicó *Las flores del mal*, era realmente anacrónico el esfuerzo por alejar al hombre de las pasiones, y en general del pecado.

El intento de los poetas del Seminario Palafoxiano por retornar al clasicismo —en una época en que el simbolismo ya había desplazado a esta tendencia— era prácticamente imposible... si es que no inútil. En todo caso debieron haber tensado su lira con acordes más fuertes.

Escribe Esparza Soriano:

Dentro de la diversidad emotiva de los poetas del grupo palafoxiano se nota siempre una uniforme disposición del ánimo pronta a rechazar toda innovación que rompa el molde de la dura disposición clásica a que fueron sometidos en su juventud. ¿Qué pudieron aportar al caudal lírico de la poesía poblana, si

les faltó el atrevimiento necesario para saltar los diques del precepto, y dejar correr a campo abierto los ríos de sus propias emociones?<sup>25</sup>

Coincido completamente con esa observación. Pero agregaría la siguiente —y aquí ya entramos a indagar acerca de las causas que llevaron a la decadencia de la poesía poblana—: todo parece indicar que en Puebla —durante las primeras décadas del siglo pasado— pasó de noche el movimiento conocido como “modernismo”, que aunque en su época fue asumido como una rebelión contra el neoclasicismo o academicismo, posteriormente fue identificado como una continuidad de la gran tradición castellana. Según Max Henríquez Ureña,

el modernismo es la revolución literaria que tuvo su origen en la América española durante las dos últimas décadas del siglo XIX y posteriormente se extendió a España. En su primera etapa, el culto preciosista de la forma favorece el desarrollo de una voluntad de estilo que culmina en refinamiento artificioso y en inevitable amaneramiento [...] En la segunda etapa se realiza un proceso inverso, dentro del cual, a la vez que el lirismo personal alcanza manifestaciones intensas ante el eterno misterio de la vida y la muerte, el ansia de lograr una experiencia cuyo sentido fuera genuinamente americano es lo que prevalece. Captar la vida y el ambiente de los pueblos de América, traducir sus inquietudes, sus ideales y sus esperanzas, a eso tendió el modernismo en su etapa final, sin abdicar por ello de su rasgo característico principal: trabajar el lenguaje como arte.<sup>26</sup>

Dicho movimiento no cimbró —como sucedió en otras esferas literarias, no sólo del país sino de todo el hemisferio latinoamericano (y en general del mundo hispánico)— las letras poblanas. Durante las primeras cuatro décadas del siglo pasado

predominó en éstas un clasicismo atrasado (aunque no sin destellos notables, como en el caso del P. Tamiro Miceneo), y un romanticismo desfasado de los tiempos. En casi ninguno de los poetas de esa época observamos el afán —que menciona Henríquez Ureña— por captar la vida y el ambiente de los pueblos de América, (y por traducir) sus inquietudes, sus ideales y sus esperanzas. Y menos, su deseo de “trabajar el lenguaje como arte”. Como decíamos en líneas anteriores, casi buena parte de la primera mitad del siglo pasado los poetas poblanos se concentraron en cantar la belleza del paisaje y en evocar el pasado colonial, sin desplegar esfuerzo alguno por vincularse a las grandes corrientes literarias de la época, comenzando por el modernismo, corriente que, reitero, buscaba —en contrapunto a su esfuerzo por renovar el lenguaje— incorporar a las naciones iberoamericanas al festín mundial de la cultura. Escribe José Emilio Pacheco:

En realidad el modernismo es una operación de mediación, una tentativa de convertir la cultura planetaria (y no sólo europea) en lenguaje americano. El modernismo significa para la literatura de lengua española la primera etapa del movimiento moderno que, simultáneamente en la poesía y en la novela, comienza en Europa hacia 1860 y a partir de 1880 establece una nueva sensibilidad.<sup>27</sup>

Comentando el enorme impacto que trajo consigo “Azul”, de Rubén Darío, señala Álvaro Salvador que a partir del modernismo

surge... con muchísima fuerza la idea de «universalización» del artista y la exigencia de competición en la conquista de ese mercado (del mercado literario internacional), frente a la consideración nacionalista del romanticismo anterior. Tanto el



culturalismo como el cosmopolitismo serán otros dos signos fuertemente representativos de esta inserción internacional, de esta consideración del artista como «ciudadano del mundo».<sup>28</sup>

A nivel nacional —y aquí no pretendemos hurgar en esta problemática, ya que no es el tema de nuestra investigación—, a la sombra del modernismo surgieron figuras como Salvador Díaz Mirón, Ramón López Velarde, Manuel J. Othón, José Juan Tablada etcétera, quienes aparte de renovar la poesía mexicana, lograron vincularse a las principales corrientes literarias del mundo. Gracias a esto pudieron surgir, más adelante, proyectos avanzados como el que enarbó el Grupo (“el Grupo sin grupo”, como solía decir Xavier Villaurrutia) Contemporáneos, y las revistas *Taller*, *El hijo pródigo*, etcétera.

En Puebla, por el contrario, las élites culturales se encerraron en sí mismas, dándole la espalda a los nuevos vientos culturales que circulaban en el país y en el orbe entero.

Sin duda el modernismo con todo y su heterogeneidad (“no hay modernismo —observa José Emilio Pacheco—... sino modernismos”) trajo consigo el afán de la innovación, el deseo de romper los moldes establecidos, y el atrevimiento necesario —parafraseando a Esparza Soriano— de saltar los diques del precepto.

Es importante aclarar lo siguiente: al sostener que el modernismo no ejerció una influencia decisiva en la poesía poblana de las primeras décadas del siglo pasado con ello no intento aseverar que los poetas poblanos desconocieran dicho movimiento. No: sí lo conocieron, pero no asumieron sus objetivos.<sup>29</sup> Prefirieron atrincherarse en Bécquer, Campoamor, Herrera y Reissig, y otros poetas que precedieron a dicho movimiento.

Ahora bien, hemos hablado de que la poesía poblana no se renovó, pero, ¿cuáles fueron las causas sociales de dicha situación?

A nuestro parecer la causa principal fue la cerrazón cultural que vive Puebla durante el periodo del cacicazgo avilacamachista, el cual impuso un dominio total, no sólo en el mundo de la política, sino también en el mundo de las artes y de la cultura en general. La intolerancia que campeaba en el mundo de la política, marchaba de la mano con la cerrazón en el campo de la cultura. Se impuso un estilo de vida signado por la desconfianza y/o hostilidad hacia todo aquello que no fuese “poblano”. Sólo eran bien vistas aquellas expresiones artístico-culturales que festinaban los aspectos más representativos del folklore local (las chinias poblanas, los portones coloniales, etcétera), asumiéndose con desconfianza todo aquello que no encajase en dicha tendencia.

Todo debía ser “poblano”... hasta los amores (véase, por ejemplo, el poema “Romance del poblano amor”, de Ernesto Moreno Machuca). Y, para que no hubiese lugar a dudas, no pocos bardos, al lado de sus poemas, colocaban el adjetivo de “poeta poblano”.

Esa obsesión por “la poblanidad” no ha pasado inadvertida para los analistas internacionales de la poesía local. Véase, al respecto el capítulo “Puebla y la literatura poblana” (Siglos XIX-XXI), del Centro Virtual Cervantes, en donde, comentando el libro *Poetas y escritores poblanos* (por origen o adopción) 1900-1943, de Enrique Cordero y Torres,<sup>30</sup> su autor observa lo siguiente:

El 8 de abril Amado Nervo publicaba una reflexión en torno al casticismo mexicano donde aludía con gracia a la catedral de esta Ciudad de los Ángeles. Algo de esta cualidad tan opuesta al cosmopolitismo se advierte en determinados paisajes del repertorio literario que acumula Enrique Cordero y Torres bajo el título *Poetas y escritores poblanos...* Sin duda que las familiaridades de Cordero tuvieron su expresión en este volumen, porque

en él aparecen rapsodas y narradores consagrados junto a otros de muy menor entidad, probablemente afines al recopilador e incluidos a pie forzado. No obstante, aunque la serie debiera graduarse de acuerdo con los méritos de cada artista, viene a ser una visión del mundo literario poblano que avanza desde la *Belle Époque* hasta la Segunda Guerra Mundial. No es común que una antología se guíe por estímulos tan amistosos y quizá por ello conmueve leer textos de autores tan diversos como Humberto Barrios, Patricio Carrasco, Rosa Carreto, Felipe Neri Castillo, Ignacio Pérez Salazar, Felipe T. Contreras, José María Cordero, Carlos de Gante, Alfredo Fenochio, Eduardo Gómez Haro, Manuel Lobato, Pedro J. de la Llave, Vicente Martínez Cantú, Andrés Ortega, Francisco Pérez Salazar y de Haro, Abraham Sosa, Manuel M. Teyssier, Aristeo de la Torre, Manuel Rivadedyra y Palacio, Trinidad Sánchez Santos, Rafael Serrano y Roberto J. Cordero.

Y agrega:

Menudean en la colectánea de Cordero y Torres los versos patrióticos, cuyo contenido adquiere brío cuando el fin que procura el poeta ahonda en el sentimiento popular, más ambicioso que ingenioso... Cual si hubieran organizado su reunión en un imaginario casino, el resto de los convocados se anima con grandes estímulos: la belleza de los poblanos, la gallardía de sus edificaciones o la súbita evocación paisajística del entorno. Aunque el listado es copioso, vale la pena consignar aquí al resto de los escritores reseñados, pues entre ellos se alternan los méritos poéticos más elevados y algunos ripios disonantes pero al fin conmovedores. En realidad, entre todos componen el imaginario libresco de la villa, y eso es lo que relaciona, más allá de vínculos generacionales o estilísticos, a Manuel R. Solís, Luis Sánchez Pontón, José Miguel Sarmiento,

Eduardo Valerdi Malpica, Alfonso G. Alarcón, José Pablo Almendaro, Gonzalo Páez Camargo, Luz del Carmen Gómez Haro, Francisco Neve, Ambrosio Nieto, Enrique Juan Palacios, Alfonso Pliego, Luis G. Rubira, Gabriel Sánchez Guerrero, Gonzalo Bautista y Luis Cabrera.<sup>31</sup>

Creo que no le será difícil al lector captar la ironía con que el autor de esas líneas se refiere a la amalgama de poetas citados por Cordero y Torres, cuyo único punto de contacto es la alabanza al paisaje, los héroes y la belleza de la ciudad.

Enrique y Cordero y Torres encabezó el grupo “Bohemia Poblana”, uno de los principales proyectos culturales de la entidad de mediados del siglo pasado. José Pablo Acuahuitl Asomoza observa lo siguiente: “Tal vez el rasgo más característico de la Bohemia era su actitud de ‘Puebla para los poblanos’, es decir, lo que pasara fuera del estado poco les importaba”.<sup>32</sup>

El autor subraya que dicha actitud tenía que ver con su esfuerzo por reivindicar la cultura local. Si bien esto era loable, no menos verdad es que terminó por alejar a la entidad de los vientos renovadores que circulaban en el país y en mundo en los campos de las artes y de la literatura.

No es sino hasta el surgimiento del Grupo Cauce que la poesía poblana vuelve los ojos hacia la modernidad. La revista del mismo nombre trajo otra propuesta, otra visión y/o concepción del mundo y de la poesía, retomando —como escribió Octavio Paz— “la tradición de la ruptura”.

Lejos de la nostalgia y/o añoranza por la Puebla de los campanarios y de “las chinas”, Cauce se abrió a las corrientes literarias más avanzadas del país y del mundo, sacudiendo el letargo artístico-cultural que imperaba en la entidad.

Es imposible, por ejemplo, no advertir en los poemas de Antonio Esparza Soriano (más adelante abordaremos algunos aspectos biográficos de este personaje) un notable “corte” respecto a sus predecesores: abandona la “crepuscularidad” de la poesía de la época para cantarle a la vida, al sol, a la luz. Véase, por ejemplo, la siguiente tercia de sonetos<sup>33</sup>

#### I.- “Navidad de la luz”

Por la pista del ángel y el lucero  
vino la luz cantando panoramas,  
la aurora desató sus oriflamas  
y el chorro de la fuente su aguacero.

Fértil pradera y hábil jardinero,  
nació la vida de sus propias llamas  
—¡los pájaros rumores de las ramas!—  
y me ofreció su fruto traicionero.

Cautiva forma modelé a mis ojos,  
y tuve al mundo que en sus cauces rojos  
Salobre río musical acendra.  
Mordí el secreto de su piel prohibida,  
y la madura sangre de la herida  
puso en mis labios su sabor de almendra

#### II.- “Enemigo amor”

Ansías fuego limpio del ocaso  
para ceñir de claridad tu veste,  
y dejabas caer el sol agreste  
en un estuche de marfil y raso.

Sur de amapolas floreció a tu paso  
vuelto al herido temporal del Este,  
y por borrar el número celeste  
hacías fuego limpio del ocaso.

Triunfó la luz sobre la tierra dura,  
dejando, toda universal ternura,  
ciego al amor de lágrimas felices.

Y sin mirar el pálido enemigo,  
bajo la sombra del maíz y el trigo  
nuestras vidas enlazan sus raíces

### III.- “Muerte sin fecha”

Alguna vez la Muerte, con su prisa  
segadora, me habrá de herir; en vano  
rehuirá el dolido gesto de mi mano  
caer al golpe de la hoz precisa.  
será como si el cáliz de la brisa  
pusiera su frescura en el verano,  
porque la miel recóndita del grano  
caído a flor de lágrimas, se irisa.

Y cuando llegue la terrible fecha,  
recogerá la mies de mi cosecha:  
desnudo amor en el caudal del gozo.

Y el alma, desgajándose en la rosa,  
se asomará al misterio, silenciosa,  
como una niña ante el brocal de un pozo.

Como puede verse, con Esparza Soriano quedan atrás los tiempos en que el poeta se extasiaba ante los atardeceres y sus angelus: ahora éste se atreve a “modelar ante sus ojos” las formas cautivas, y a “morder el secreto de la piel prohibida”.

Queda atrás la añoranza por la “flauta que suena todavía en el jardín vetusto y grave”, decidiendo el poeta tener al mundo, “que en sus cauces rojos salobre río musical acendra”.

En lugar de extasiarse ante la belleza de los atardeceres, el poeta ansía “fuego limpio” para “ceñir de claridad la veste del ocaso”.

Nos encontramos, pues, ante una poesía llena de fuerza, de audacia, que no se arredra ante la forma simple, ordinaria. En lugar del verso preciosista y cincelado, encontramos metáforas pletóricas de invención: “Vino la luz cantando panoramas”, “los pájaros rumores de las ramas”, “sur de amapolas floreció a tu paso”, etcétera, que nos muestran un deseo inequívoco por cultivar una poesía que no se circunscribiese a la limitada música del verso, sino que busca también re-inventar el mundo, re-crear la vida.

Comenzando por el título, advertimos en no pocos de los poemas de los miembros del Grupo Cauce un cambio de “paradigma” (digámoslo así provisionalmente). Véase, por ejemplo, el poema “Endemoniados”, de Juan Porras Sánchez.<sup>34</sup>

#### “Endemoniados” (dedicado a José Clemente Orozco)

iEl que nació del polvo de una deidad suicida  
y hormigó con sus fiebres los circuitos polares  
de la humana violencia;  
el que ignora el pasado inspirado... y que viene  
del primer alarido;

el que mira en su imagen de minutereros rojos  
—estropajos de arañas— sus predestinaciones;

El que empuña el prodigio de una enseña mordida  
de aceros insepultos y bajo el tenebrario  
de las fatales cóleras se revienta en el foso,  
el que espía entre las nubes y anda pidiendo al sino  
tripular el espanto de las hélices rotas;  
el que ya no se inquieta, soñando atardeceres  
de manos desclavadas... por la filial ternura;  
el que lleva en la testa gusanos pavorosos  
que han de invadir sus sienes por sus dos hemisferios  
cuando mire en el agua podredumbre de estrellas  
y exagere su oficio de alquimista del Caos;  
el que a las noches cambia su equinoccio de hastío  
por un antro de angustia,  
y en los alvéolos rojos de la carne manchada  
va a tirar su fermento de erosiones latidas  
para mistificarse;  
el que anda emponzoñado de motivos eternos  
y azufra de conjuros su hidrofobia y no sabe  
que con ojos satánicos se revuelca en el polvo;  
el que por escupirse con su propio sarcasmo  
se burla de su especie;  
el que vomita enclaves de espinas estalladas  
y comulga con ruedas de molino, y es júbilo  
de seguir con las cruces y atar cabos de auroras  
y vencer los insomnios y olvidar su silueta  
desasida al espectro de las lámparas fúnebres;  
el que va en los deslaves conturbados del tiempo  
y gravita en la pulpa de su propia substancia  
primordial: que no es carne ni es hostia ni santuario;  
el que tuerce sus voces como en un laberinto



y amordaza el silencio de sus resignaciones;  
el que tiene en los ojos abordajes de estrellas;  
el que busca en los cactus de las alas demolidas  
o reconstruye pájaros con las huellas del viento;  
el que sostiene el muro y en su inquietud espacia  
la presencia inminente de unas manos torcaces;  
el que —más distanciado de la muerte— no escucha  
sus pisadas inválidas que hacen saltar las losas  
... como en los barretazos de un ladrón, en la puerta;  
el que pulsa el ramaje de sus nervios lanzados  
a los Cinco Poderes de la tierra que gira  
sobre el sexto sentido de sus revelaciones;  
el que atornilla su éxtasis porque sus tierras se arden  
implorando al desierto las lloviznas quemadas;  
el que empuña en la sombra su guijarro de niebla  
y protege la fuga del último crepúsculo  
por maldecir sus brazos sus brazos y apuntalar los odios  
sobre su tembladera sin agujas ni nortes;  
... los que en todas las zonas, bajo todos los climas:  
en la tierra, en el cielo y en el mar, sólo escupen  
parábolas de incendio... son los endemoniados.

Son los endemoniados que andan “tosiendo” vísceras  
removidas de lumbré... son los vahos infernales  
que devastan las rutas y remueven el mundo!

¡La Humanidad es una! ¡La Humanidad se yergue  
como un ángel caído, como una estatua rota  
para sacramentarse sobre el dolor del hombre!

¡Y porque el hombre ciñe su envoltura divina  
siendo apenas un mísero infusorio del polvo  
sobre el rastro sangriento;

... porque está poseído,  
porque está poseído en su hora de epilepsia  
que es pábulo de perros fantasmales que aúllan  
y es estregar de latas en las piedras, y es miedo de confesar  
a Dios,  
... Porque hay eternidades que enraizan su espíritu  
de inmarcesibles glorias,  
porque hoy baja su lápida... para que lo infinito  
le sacuda las fiebres y alce sus fuegos fatuos  
en estridencia loca de huecos y campanas,  
...él será quien agite el Día de las Resurrecciones  
sus puños lapidarios —como verdad eterna—  
... cuando entreabran su Libro de Castigos, los Índices,  
cuando crujan los polos de la Tierra, y estallen  
sus manos tenebrosas... en ramazón de llamas !

¿Se observa el “corte”, o mejor dicho, la ruptura, ante la poesía del pasado reciente... llena de nostalgia, de paisajismo, y de “crepuscularidad”¿ Encontramos, reitero, una gran fuerza, una gran intensidad, metáforas deslumbrantes. “Endemoniados” es un poema avanzadísimo para su época, en primer término porque resalta el deseo de hablar de los problemas descarnados del hombre, de la humanidad sufriente, de la angustia de nuestro tiempo. En él no es difícil percibir la influencia de Miguel Hernández tal como lo ponen de relieve metáforas tales como “aceros insepultos”, “espinas estalladas”, etcétera, que parecieran provenir de “El hombre acecha”, o de “El rayo que no cesa”.

Véase este otro soberbio poema de Juan Porras Sánchez, “Cielo abajo”<sup>35</sup>

¿Quiénes somos nosotros... cielo abajo  
en la anchura del viento inacabable

con esta sed de cactus  
perseguidos, con este dulce y hondo  
delirio de esperarnos  
a través de la muerte  
para el retoño póstumo y aciago?

¿Quiénes somos nosotros  
de nuestra propia cruz desheredados,  
tu orfandad en la espina de mi frente  
y la sal de tus lágrimas —nafragio  
de pañuelo en derrota— ...

Nosotros: dos veces insensatos,  
llaves de cisco para abrir el polvo  
—tierra del mismo cáliz, cauce amargo  
de devanar zozobras  
por tu obsesión y por mi llanto ?

¿Quiénes seremos ya, bajo esta noche,  
nosotros que acusamos  
la inamovible prisa de los musgos  
sobre el plumón del trino desramado;  
que somos fugitivos  
de los voraces muros del espanto,  
y hacia el pavor del último refugio;  
que estamos acodados  
en las violetas limpias del tramonto  
y en el reloj de los adioses diarios?

¿Nosotros que dormimos los insomnios  
en el umbral del sueño distanciado  
interminablemente,

para sacar a tientas nuestros pasos  
de la nocturna ronda  
de los gritos lunáticos  
porque quedaron en tu espejo roto  
la angustia, inútil, y tu rostro intacto,  
que fuimos del suburbio  
de nuestra vasta muerte, cabalgando  
hacia el Tercero Día  
—futuro en la migaja de los astros—¿

... ¡Nosotros! ¡Amada mía... nosotros:  
mi canción en el clima de tus manos,  
sobreamor, sobremar, salobre esclusa  
de las llovidas siegas de los párpados;  
nacer... nacer de nuestra propia angustia,  
subir tras el derrumbe de los salmos:  
Amor de la Hora Tercia... la agonía  
que nos va consumando...!

... ¿Quiénes somos nosotros,  
pobres desconsolados¿

Como puede observarse, en Antonio Esparza Soriano y Juan Porras Sánchez resalta el afán de romper con el verso circular, unidimensional, simplón. Su poesía rezuma fuerza, virilidad, ansias de celebrar el mundo y la vida, pero a la vez una gran indignación frente a las barreras que le impiden al hombre desplegar sus energías creadoras.

En su ensayo sobre Xavier Villaurrutia,<sup>36</sup> dice Octavio Paz que el Grupo Contemporáneos “fue una generación que no practicó la crítica en los dos campos que más la necesitamos: el de la moral y el de la política”. El Grupo Cauce sí practicó la crítica en ambos campos, sobre todo en el primero. En el

segundo, en esa etapa, era muy difícil, si es que no imposible, practicarla... se corría el riesgo no sólo de sufrir la represión: también se corría el riesgo de perder la vida. De ahí que se hiciera una crítica con sordina, en la que se privilegiaba el énfasis en los aspectos anímicos, la soledad, la muerte del alma.

En la poesía de Esparza Soriano advertimos claramente esa situación, sobre todo en su poemario “La muerte de los ángeles” (escrito en 1945). Se trata de un soberbio poema elegíaco, en el que no es difícil percibir el sombrío panorama que imperaba en los tiempos del cacicazgo avilacamachista. Desde luego su grandeza desborda este aspecto, convirtiéndose —y digo esto sin el menor afán de exagerar— en un poema capaz de compararse a obras tales como “Tierra Baldía” de T.S. Eliot, o “La edad de la ansiedad”, de W.H. Auden.

Todos los ángeles han muerto...  
vámonos a enterrar sus esqueletos  
en la selva de lágrimas del viento.

La noche es el gran cadáver único  
sin órbitas y sin calcio en los huesos,  
esperando a los hombres fabulosos  
que lo lleven al cementerio.

No bastan los jardines de la primavera,  
ni de todas las primaveras del universo,  
para cubrir de rosas los sepulcros  
porque todos los ángeles han muerto.

Entre los labios de los niños  
se retuerce la voz estrangulada de silencio,  
y los ojos de la humanidad entera  
son gérmenes de océanos negros.

Un gran dolor entinta de sombríos fantasmas  
las circunvoluciones del cerebro,  
y envenena de imágenes podridas  
la atmósfera del pensamiento.

Vámonos a vestirnos con el luto  
carbonizado en llamas de recuerdos,  
y a esculpir, en un desfile doliente,  
sobre las tumbas, lápidas de besos.

Todos los ángeles han muerto.  
Gloria a sus alas que se elevan,  
y paz a la fatiga de sus cuerpos.

Pese a la gran contribución de Cauce a la poesía poblana, aún en nuestros días no son pocos los críticos e investigadores que desconocen su obra, o que la pasan olímpicamente por alto. Es el caso, por ejemplo, de Pedro Ángel Palou, quien en su libro *Puebla, una literatura del dolor (1610-1994)*, no le dedica una sólo línea a los poetas de dicho grupo.<sup>37</sup>

<sup>1</sup> *Antología poética de Puebla*, Junta de Mejoramiento Moral, Cívico y Material del Estado de Puebla, 1981, pp. 138-143.

<sup>2</sup> *Revista de la Asociación de Ex alumnos del Colegio del Estado y de la Universidad de Puebla*, año IV, enero de 1956, núm. 8, pp. 24-25.

<sup>3</sup> *Antología poética de Puebla, op. cit.*, pp. 35-36.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 77.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 38.

<sup>6</sup> José Joaquín Blanco, *Crónica de la poesía mexicana*, Editorial Katún, México, 1981, p. 91.

- <sup>7</sup> César Garibay, *Cerámicas, cantares de provincia*, prólogo de Ovidio Moreno, Tipografía Estrada, Puebla, 1947.
- <sup>8</sup> *Revista de la Asociación de Ex alumnos del Colegio del Estado y de la Universidad de Puebla*, año II, mayo de 1953, núm. 5, p. 33.
- <sup>9</sup> Delfino C. Moreno, *Románticos poblanos*, Impresos S.A., Puebla, 1949, p. 35.
- <sup>10</sup> José Joaquín Blanco, *op. cit.*, p. 98.
- <sup>11</sup> Delfino C. Moreno, *op. cit.*, pp. 9-10.
- <sup>12</sup> Guillermo Sheridan, *Los contemporáneos, ayer*, FCE, México, p. 126.
- <sup>13</sup> Miguel Marín H. y Efraín Castro Morales, *Puebla y su universidad*, Patronato de la Universidad Autónoma de Puebla, 1959, p. 188.
- <sup>14</sup> Luis Sánchez Pontón, en “La Generación de 1910, romanticismo y revolución”, en *Don Quijote*, núm. 41, mayo de 1936, t. III, p. 36.
- <sup>15</sup> *Antología poética de Puebla, op. cit.*, p. 72.
- <sup>16</sup> Miguel Marín H. y Efraín Castro Morales, *Puebla y su universidad, op. cit.*, pp. 249-250.
- <sup>17</sup> Mario Amezcua, “Biografía del eximio poeta Rafael Cabrera”, en *Revista de la Asociación de Ex alumnos del Colegio del Estado y de la Universidad de Puebla*, año I, núm. 1, noviembre de 1951.
- <sup>18</sup> Citado por Delfino C. Moreno, en “Rafael Cabrera”, *Revista de la Asociación de Ex alumnos del Colegio del Estado y de la Universidad de Puebla*, año 1, núm. 3, septiembre de 1952, p. 10.
- <sup>19</sup> *Revista de la Asociación de Ex alumnos del Colegio del Estado y la Universidad de Puebla*, año VIII, núm. 10, septiembre de 1959, p. 2.
- <sup>20</sup> Miguel Ángel Peral, *Diccionario de Historia del Estado de Puebla*, Ed. PAC, México, DF, 1971, p. 92.
- <sup>21</sup> Alfonso G. Alarcón, *Burla, burlando...*, prólogo de Francisco Castillo Nájera, caricaturas de Rafael Freyre, Ed. Stylo, México, 1952.
- <sup>22</sup> Antonio Esparza Soriano, “Breve historia de las letras poblanas en el siglo xx”, *Arte y Cultura*, Suplemento Cultural de *Síntesis*, núm. 389, 18 de marzo de 2001.
- <sup>23</sup> Octaviano Valdés, *Semblanzas de Académicos. Ediciones del Centenario de la Academia Mexicana*, 313 pp., México, 1975. Según este autor, “de Escobedo se puede afirmar lo que Menéndez y Pelayo dijo acerca de nuestros humanistas del

siglo XVIII: “el latín ‘no era para ellos lengua muerta sino viva y actual’.” Y agrega: “poseyó absoluto dominio del vocabulario y de todos los secretos sintácticos y prosódicos del latín”.

<sup>24</sup> *Poesías*, Talleres de la Imprenta Artística Miradones, núm. 1, Puebla, 1903.

<sup>25</sup> Antonio Esparza Soriano, “Breve historia de las letras poblanas...”, *op. cit.*

<sup>26</sup> Citado por José Emilio Pacheco en su introducción a *Antología del Modernismo (1884-1921)*, UNAM, México, 1970, p. XIII.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. XIX.

<sup>28</sup> Álvaro Salvador, *Introducción a Rubén Darío, Azul... cantos de vida y esperanza*, Espasa-Calpe, Colección Austral, México, 1992, p. 20.

<sup>29</sup> Así en el ensayo “Rafael Cabrera” que citamos en páginas anteriores Delfino C. Moreno hace alusión a Rubén Darío y a otros destacados impulsores del modernismo.

<sup>30</sup> Enrique Cordero y Torres, *Poetas y escritores poblanos (por origen o adopción) 1900-1943*, prólogo de Francisco Monterde, Nieto Impresor, 1953.

<sup>31</sup> [Http://cvc.Cervantes.es/act\\_cult/ciudades/puebla/indice/puebla\\_y\\_la\\_literatura.htm](http://cvc.Cervantes.es/act_cult/ciudades/puebla/indice/puebla_y_la_literatura.htm). Consulta efectuada el 20 de agosto de 2005.

<sup>32</sup> José Pablo Acuahuitl Asomoza, *La conformación de la cultura regional mexicana...*, *op. cit.*, p. 125.

<sup>33</sup> *Cauce*, núm. 1, agosto de 1945, pp. 10-11.

<sup>34</sup> *Cauce*, núm. 5, 15 de marzo de 1946.

<sup>35</sup> *Cauce*, núm. 8, 30 de julio de 1946.

<sup>36</sup> Octavio Paz, Xavier Villaurrutia, *Antología*, FCE, México, 1980, p. 20.

<sup>37</sup> Pedro Ángel Palou, *Puebla una literatura del dolor, antología histórica de la literatura en Puebla* (dos tomos), Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Puebla, 1994.



## Ignacio Ibarra Mazari y el teatro universal en Puebla

A mediados de la década de los cuarenta del siglo pasado la actividad teatral en Puebla era prácticamente inexistente. Fuera de los vodeviles y astracancitos españoles —obras muy sencillas, en su mayor parte de enredos, creadas para hacer reír al público— no se presentaban obras de envergadura nacional e internacional, situación que era de comprenderse tomando en cuenta que no había ni grupos profesionales ni espacios destinados a dicha actividad. Ciertamente había varias agrupaciones independientes, gracias a las cuales se mantuvo viva la llama del teatro en la entidad, pero las mismas enfrentaban todo un cúmulo de limitaciones, comenzando por la ausencia de espacios adecuados. Fuera del Teatro Principal —reconstruido hacia 1942— la ciudad no contaba con otro lugar apropiado para tal objeto, pero incluso dicho edificio adolecía de muchos defectos, comenzando por su pésima iluminación y por la excesiva inclinación del piso del escenario hacia el público.<sup>1</sup>

No es sino hasta la puesta en marcha del proyecto teatral de Ignacio Ibarra Mazari que Puebla se vincula con las expresiones más avanzadas de dicha expresión artística.

Al igual que no pocos de los grandes artistas, aquél no tuvo una formación académica, sino autodidacta. Su encuentro con Miguel Flürscheim Tromer —al inicio de la década de los cuarenta del siglo pasado— resultó un hecho decisivo para su dominio del arte teatral, dado que lo puso en contacto con la

técnica de Stanislavski y, en general, con los métodos más avanzados de la dirección escénica.<sup>2</sup>

Flürsheim Tromer era un individuo de origen norteamericano que tenía sólidos conocimientos de teatro, obtenidos en Zúrich, Suiza, en donde fundó —junto con otros estudiantes— un grupo de teatro estudiantil revolucionario. Se trasladó a España en 1936, decidiendo participar en la defensa de la República, resultando herido en una acción militar. En 1942, gracias a la mediación del Cónsul General de México en Francia, Gilberto Bosques, arribó a México, decidiendo radicar en Puebla, instalándose en la misma vecindad en la que vivía Ibarra Mazari, entablando con éste una profunda amistad.<sup>3</sup> En 1942 ambos deciden crear el Teatro de la Ciudad, proyecto que si bien obtuvo éxitos notorios, desapareció un año después debido a la falta de recursos económicos.

Flürsheim se retira de Puebla en 1945, no sin antes haber dejado una impronta imborrable en el mundo teatral de la ciudad. Sin sus enseñanzas es imposible —como sostiene María Eugenia Ibarra Pedraza— comprender el proyecto teatral que emprende poco después Ignacio Mazari Mazari.

En 1947, al surgir en la ciudad de México el departamento de Teatro de la Dirección de Bellas Artes, Ibarra Mazari fue invitado a participar en el mismo por su jefe, el actor Alfredo Gómez de la Vega, quien le propuso encargarse de la sub-jefatura. Su paso por dicha dependencia fue muy efímera. La puesta en escena de *El Gesticulador* de Rodolfo Usigli, irritó a las autoridades del país, viéndose ante la necesidad —al igual que su amigo de la Vega— de renunciar a su cargo.<sup>4</sup>

A instancias del entonces rector de la Universidad de Puebla, Horacio Labastida Muñoz (1947-1951), Ibarra Mazari —de consuno con Arturo Alonso— funda el Teatro Universitario en 1948, el cual inicia sus actividades el 13 de noviembre

de ese año con la presentación de *Topacio*, comedia de Marcel Pagnol en la que se lanzaba una fuerte crítica a la corrupción de las autoridades de la ciudad de París, Francia, aunque no se requería de mucha perspicacia para percatarse de los paralelismos y/o semejanzas entre lo que sucedía en aquella urbe y lo que pasaba en la llamada Angelópolis en lo que concierne al mal manejo del erario público, cuestión que desde luego no estaba incluida en el libreto, sino era producto del talento de Ibarra Mazari. Esto —como era de esperar— no fue del agrado de las autoridades municipales y de otras esferas del poder estatal, quienes, como se dice vulgarmente, “se pusieron el chaleco”, incoando un rencor hacia nuestro dramaturgo —y en general hacia sus amigos del Grupo Cauce— que poco después habría de contribuir a las expresiones de rechazo hacia su labor teatral.

La producción de *Topacio* marcó una nueva etapa en la vida teatral de Puebla. Por vez primera se presentaba una obra sin apuntador y en la que los personajes hablaban y se movían como en la vida real. El trabajo se comentó ampliamente en la ciudad durante algunas semanas, propiciando que retornara al teatro un público que se había alejado del mismo o que nunca había mostrado interés por él.

En poco tiempo el Teatro Universitario logra tener proyección nacional. En enero de 1950 visita la capital del país, exhibiendo durante una semana la comedia *Cándida* de George Bernard Shaw, en el Teatro Latino, con gran éxito de público.<sup>5</sup> A partir de esta obra se constituye el núcleo de una compañía teatral que hizo historia en Puebla, destacando en particular actores —todos ellos universitarios— como Ingrid Cederwal, Enrique Aguirre Carrasco, Alejandro Ajuria, Estela Archundia, Ramón Bojalil, María Luisa Cuesta, Raúl Carrillo, Rafaela Casco, Jorge Fernández de Castro y decenas más.<sup>6</sup>

La intensa actividad del Teatro Universitario propicia que comiencen a surgir autores poblanos. Ibarra Mazari —con su proverbial modestia— escribió al respecto:

La causa, desde luego, no fue nuestro trabajo solamente, sino la situación del teatro en general. Quizás algunas personas habían escrito comedias anteriormente, pero no se habían atrevido a enseñarlas porque no había quien se las representara. Pero el auge que el teatro fue adquiriendo en la ciudad, los animó sin duda a irlas sacando del cajón.<sup>7</sup>

Difícilmente, sin embargo, habría surgido el fenómeno de referencia de no ser por el gran entusiasmo de Ibarra Mazari. Entre los autores a que este se refiere se encuentran Diódoro Romero, Salvador Fidel Ibarra, José Recek Saade y Eduardo San Martín.

Habría que subrayar que la labor de aquél al frente del Teatro Universitario se desarrolló en medio de todo tipo de penurias, dado que en esa época la Universidad de Puebla —institución de la que dependía— era una casa de estudios con muy pocos recursos. Si bien el entonces rector Horacio Labastida desplegó todos los esfuerzos a su alcance para respaldar las actividades de Ibarra Mazari, no estuvo en condiciones de otorgarle los recursos que necesitaba. Ello llevó a éste —quien se ganaba la vida como modesto empleado de la Comisión Federal de Electricidad (CFE)— a erogar en no pocas ocasiones los gastos del Teatro con dinero de su propio bolsillo, y a veces recurriendo al auxilio de su esposa, María de los Ángeles Pedroza, quien también laboraba en la CFE. Él solía pagarle a los albañiles y ella cubría los gastos de los reflectores.<sup>8</sup>

Al arribar a la rectoría de la universidad Armando Soto Vergara (1951-1952) —un individuo estrechamente vinculado al cacicazgo avilacamachista, que no ocultaba su hostilidad hacia

Ibarra Mazari y en general hacia el Grupo Cauce— tomó la decisión de cortar la ya de por sí raquítica partida presupuestal destinada al Teatro Universitario, arguyendo que la institución ya no podía financiar sus actividades debido a la escasez de recursos. Aunque el rector no mentía al sostener que la universidad atravesaba por problemas económicos, exageraba al sostener que la institución ya no podía respaldar al Teatro Universitario: en realidad, reitero, éste nunca había representado una carga económica excesiva para la universidad. Si entre los rectorados de Labastida Muñoz y Soto Vergara la situación financiera de la institución no varió de manera sustancial, ¿cómo podía el segundo argüir que ya era imposible respaldar la labor de Ibarra Mazari? La decisión de Soto Vergara, sin duda, no obedecía a otra cosa que a la hostilidad y suspicacia de las “fuerzas vivas” poblanas respecto a nuestro personaje y a sus amigos del Grupo Cauce.

Ibarra Mazari, sin embargo, decidió sobreponerse a la adversidad, emprendiendo la fundación del Teatro Estudio Odiseo, al que instaló en una casona ubicada en la calle 2 norte, rentándola por cuenta propia, y endeudándose para conseguir 113 butacas, madera, telas para el vestuario y la escenografía.<sup>9</sup> Pese a las carencias y limitaciones económicas, el Teatro Estudio Odiseo se propuso representar lo más selecto del teatro europeo, estadounidense y mexicano, dando a conocer las escuelas de vanguardia más audaces del orbe. Ahí se difundieron algunas de las obras más conocidas de autores como Jean Paul Sartre, William Saroyan, Samuel Beckett, Hans Rothe, Max Frisch y Luigi Pirandello.

No obstante el éxito de ese proyecto, Ibarra Mazari se vio ante la necesidad de cancelarlo, ante la falta de recursos. El respaldo del público no bastó para cubrir los gastos que implicaba.

Por fortuna en 1953 el rector de la Universidad de Puebla, Gonzalo Bautista O’Farril —gran admirador de nuestro

personaje y de sus compañeros del Grupo Cauce— convenció al Consejo Universitario acerca de la necesidad de que la institución contase con su propia compañía teatral —tal como había sucedido en años anteriores—, logrando que el máximo órgano de gobierno de la universidad aprobase su propuesta de creación del Teatro Universitario, quedando Ignacio Ibarra Mazari bajo su dirección.<sup>10</sup>

Gracias a esa iniciativa se abrieron en Puebla las puertas del teatro universal. Y decimos esto porque el teatro universitario —al igual que su predecesor el Teatro Estudio Odiseo— se dio a la tarea de presentar diversas obras que habían tenido un gran impacto a nivel internacional, como es el caso de *A puerta cerrada* de Jean Paul Sartre; *La hermosa gente* de William Saroyan; *Antígona* de Jean Anouilh; *Auto de fe* de Tennessee Williams —entre otras—, sin faltar, desde luego, la presentación de obras de autores nacionales como Juan José Arreola *La hora de todos*; Luisa Josefina Hernández *Pastores de la ciudad* y Rodolfo Usigli *El Encuentro*.

Ibarra Mazari en ningún momento dio concesión alguna en lo concerniente al profesionalismo de la compañía.

Era muy exigente con nosotros —comenta uno de los actores que se formaron bajo su dirección—; nunca alabó a nadie. Decía que la crítica debía servir para salir adelante, no para engrandecer a quien no está maduro... No tenía prisa. Se daba su tiempo para la preparación de una obra; o salía bien, o no se presentaba.<sup>11</sup>

Aunque estaba conciente de que Puebla en esa época era aún una ciudad amurallada de prejuicios —como solía decir Gastón García Cantú, parafraseando a Pío Baroja— Ibarra Mazari tuvo la audacia de presentar obras demasiado atrevidas para las “buenas conciencias”, lo cual le ganó la censura de los sectores más conservadores. En ocasión de la puesta escena de

*A puerta cerrada* de Sartre, el arzobispo Octaviano Márquez y Toriz exhortó a sus feligreses a no asistir al teatro, debido a que —según él— la obra de referencia “era peligrosa” para ellos.<sup>12</sup>

El Teatro Universitario contó con un repertorio de alrededor 50 obras, entre las que figuraron *El Oso* de Antón Chejov; *El gesticulador* de Rodolfo Usigli; *El zoológico de cristal* de Tennessee Williams; *Luz de gas* de Patrick Hamilton; *Antes del desayuno* de Eugene O' Neill; *Santa Eugenia* de Hans Rothe; *Los días felices* de Samuel Beckett; *Un idilio ejemplar* de Ferenc Molnar; *La endemoniada* de Carl Shöenherr y *Los desarraigados* de J. Humberto Robles.<sup>13</sup> Esta última obra llegó a las cien representaciones con teatro lleno.<sup>14</sup>

Pese al filo crítico y profundamente social de la labor teatral de Ibarra Mazari —que le ganó, reitero, la hostilidad de los sectores más reaccionarios de la entidad—, su obra no fue comprendida por las fuerzas de izquierda que arribaron a la dirección de la Universidad Autónoma de Puebla en 1973, quienes —ora por ignorancia, ora por prejuicios supinos— llegaron al extremo de aseverar que los trabajos que ponía en escena “estaban marcados por la ideología burguesa”, obligándolo finalmente a renunciar.

A pesar de ese episodio bochornoso, el nombre de Ignacio Ibarra Mazari estará grabado para siempre en la memoria histórica de la Universidad Autónoma de Puebla, y también, desde luego, en la memoria de la ciudad y del estado de Puebla.

Produce consternación, por ello, el hecho de que algunos escritores e historiadores continúen ignorando las aportaciones de Ibarra Mazari al teatro en Puebla, cuestión que encierra sin duda una falta de seriedad y profesionalismo. Así, por ejemplo, en su ya citado libro *Puebla una literatura del dolor*, Pedro Ángel Palou, al hacer referencia a la historia del teatro en la entidad (el capítulo se intitula, por razones misteriosas e incomprensibles,

“El Teatro: una fuerza política”), se salta olímpicamente a Ibarra Mazari, limitándose a mencionar las aportaciones de individuos como Héctor Azar, Ricardo Pérez Quitt, Alejandro Ferrero y Juan Tovar .

Así las cosas, nos parece comprensible el título del libro de Palou: ciertamente produce “dolor” el constatar los vacíos y ausencias que contiene.

Ignacio Ibarra Mazari falleció en 1976. En 1990 el Congreso del Estado le brindó un homenaje *post mortem*, otorgándole la más alta distinción que concede a sus hombres ilustres: la medalla Ignacio Zaragoza.

<sup>1</sup> Ignacio Ibarra Mazari, “El teatro en Puebla”, en *Puebla en la cultura nacional*, Varios autores, Suplemento Cultural de *Novedades*, 24 de agosto de 1952. En la elaboración de dicho material participaron Gastón García Cantú, Antonio Esparza, Manuel Toussaint, Horacio Labastida Muñoz, Salvador Fidel Ibarra y otros. Dicho suplemento fue editado en forma de libro en 2000 por el Archivo Histórico Universitario de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

<sup>2</sup> María Eugenia Ibarra Pedraza, “Génesis del teatro universitario” en *Tiempo Universitario*, año 2, núm. 9, 13 de mayo de 1999.

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> Antonio Esparza Soriano, “Teatro Universitario” en *Tiempo Universitario*, año 3, núm. 2, 27 de enero de 2000.

<sup>5</sup> *Memorial del Teatro Universitario (1948-1971)*, Secretaría de Cultura del Estado de Puebla, Colección Rescate y Homenaje, dirección de Salvador Cruz, Puebla, p. 9, 2002. Este trabajo es una reedición del recuento de las actividades del Teatro Universitario que editó en febrero de 1972 el H. Ayuntamiento de Puebla.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 26-27.

<sup>7</sup> Ignacio Ibarra Mazari, *op. cit.*, p. 48.



<sup>8</sup> Entrevista a María de los Ángeles Pedroza, en “Ignacio Ibarra Mazari, un hombre de teatro”, aparecida en *Universidad*, órgano de difusión de la Universidad Autónoma de Puebla, año V, núm. 9, 28 de marzo de 1985.

<sup>9</sup> *Ibid.*

<sup>10</sup> Antonio Esparza Soriano, “Teatro Universitario”, *op. cit.*

<sup>11</sup> Entrevista a María de los Ángeles Pedroza, *op. cit.*

<sup>12</sup> *Ibid.*

<sup>13</sup> *Memorial del Teatro Universitario, op. cit.*, pp. 16-17.

<sup>14</sup> Entrevista a María de los Ángeles Pedroza, *op. cit.*

<sup>15</sup> Pedro Ángel Palou, *Puebla, una literatura del dolor, op. cit.*, p. 16.



## En defensa del patrimonio histórico de Puebla

Refiriéndose al Grupo Contemporáneos, del que formó parte, Jorge Cuesta señaló en cierta ocasión que la crítica era su rasgo distintivo. “Casi todos —expresó—, si no puede decirse que son críticos, han adoptado una actitud crítica”. Octavio Paz matiza esas palabras, señalando que, con las excepciones de Jorge Cuesta y de Samuel Ramos, la generación de Contemporáneos “fue una generación que no practicó la crítica en los dos campos en donde más la necesitamos: el de la moral y el de la política”.<sup>1</sup>

Los miembros de Cauce sí practicaron la crítica en esos campos, sobre todo en el de la moral, como lo hicimos ver en los capítulos precedentes. Si algo rezuma la poesía de Juan Porras Sánchez y Antonio Esparza Soriano, la narrativa de Gastón García Cantú (más adelante hablaremos acerca de esto), y la labor teatral de Ibarra Mazari es precisamente crítica moral, crítica a la decadencia, crítica a la corrupción, crítica al servilismo hacia el poder, crítica a los valores y prácticas que sancionan el autoritarismo y la intolerancia del poder.

Sin embargo, no se limitaron a ese aspecto de la crítica: también practicaron la crítica política, no en el sentido que se le confiere en la actualidad a la misma —esto es, la crítica como impugnación al poder o a los poderes establecidos— sino como actividad orientada a proteger a la colectividad de las iniciativas perniciosas de los sectores más poderosos, lo cual les ganó —en

más de una ocasión— la hostilidad de las “fuerzas vivas” de la entidad.

Así, por ejemplo, criticaron enérgicamente las iniciativas depredadoras del patrimonio histórico de la ciudad de Puebla que pusieron en marcha los núcleos más poderosos de la iniciativa privada en la década de los cuarenta del siglo pasado, mismas que estuvieron a punto de deteriorar de manera irreversible la fisonomía arquitectónico-cultural de la llamada Angelópolis, que, como es del conocimiento público, se distingue por la belleza de sus monumentos y edificios coloniales, mismos que llevaron a la UNESCO a otorgarle el reconocimiento de “Patrimonio Histórico de la Humanidad” en 1985.

La burguesía poblana, ávida de imitar el estilo de vida de los Estados Unidos, destruyó en esos años algunos de los edificios más antiguos del primer cuadro del Centro Histórico erigiendo en su lugar verdaderos esperpentos de hierro y de vidrio (como el edificio de Almacenes Rodríguez, que se encuentra frente a Catedral). Entre los principales “depredadores” del patrimonio histórico se encontraban el arquitecto Carlos Mastreta y el empresario Abelardo Sánchez Gutiérrez.

De no ser por la intervención del Grupo Cauce, el daño habría sido infinitamente mayor. Sus miembros, aparte de exhortar a la ciudadanía poblana a evitar la barbarie, se dieron a la tarea de involucrar en esta labor a personajes destacados en el mundo de la cultura, del arte y de las ciencias, entre ellos tenemos a Fernando Benítez, Edmundo O’Gorman, Carlos Fuentes, Elena Poniatowska, etcétera.

Hacia 1946 Gastón García Cantú se encontraba como subdirector de *El Sol de Puebla*, y Antonio Esparza como jefe de redacción. Fue precisamente a través de dicho medio informativo que ambos —con el respaldo de sus compañeros del Grupo Cauce (principalmente de Ignacio Ibarra Mazari)— impulsaron una fuerte campaña encaminada a detener la

destrucción de los monumentos más representativos de Puebla, en la que desempeñaron un papel crucial Ignacio Ibarra Mazari, el historiador Arturo Márquez Rodiles, el pintor Fernando Ramírez Osorio y, sobre todo, Ramón Pablo Loreto. Éste décadas después, habría de protagonizar otro gran movimiento encaminado a frenar un nuevo intento de destrucción de algunos de los monumentos históricos más importantes de Puebla, entre los cuales se encontraba el atrio de la iglesia de Santo Domingo.

Fuentes dignas de crédito<sup>2</sup> nos comentan que, a punto de consumarse la destrucción de la Casa del Deán, una de las joyas histórico-arquitectónicas más importantes de la entidad, Efraín Castro Morales y Manuel Díaz Cid —personajes que después habrían de sobresalir de manera notable en el campo de la historia y de la sociología— descubrieron que en las paredes de dicha mansión existían unos murales que evocaban la pintura del renacimiento, dándose de inmediato a la tarea de difundir la noticia, llegando esta a oídos de Ibarra Mazari, García Cantú y de Esparza Soriano. Una vez que se dirigieron al lugar, el tercero le comentó a sus amigos que acababa de leer un libro acerca de la pintura del Renacimiento, en el cual observó algunas obras muy similares a los murales que la Casa del Deán conservaba en su interior. García Cantú, como impulsado por un resorte, pegó un brinco de júbilo, al tiempo que gritaba: ¡con esto ganamos!, ¡con esto ganamos!<sup>3</sup> Lleno de entusiasmo se puso en contacto con Francisco de la Maza, famoso investigador en historia del arte, comentándole acerca del descubrimiento de Esparza Soriano. Aquél se trasladó de inmediato a Puebla, y en cuanto vio los murales exclamó, maravillado: “¡no hay en otra parte de la República una casa semejante, con obras del Renacimiento!”

Fue así como lograron rescatar el edificio de referencia, único en su género —hasta donde llega nuestra información— en toda Latinoamérica, por contener murales renacentistas.

Tal triunfo de Cauce provocó, lamentablemente, la salida de García Cantú y de Esparza Soriano de *El Sol de Puebla*, cerrándose así la posibilidad de que este medio informativo le abriese paso a un periodismo comprometido con la verdad, propósito que ambos se habían forjado al decidir trabajar en el mismo.

Por lo demás no nos extraña que el coronel García Valseca, dueño de la cadena de la que formaba parte *El Sol de Puebla*, haya tomado tal determinación: era un hombre estrechamente vinculado al cacicazgo avilacamachista, algunos de cuyos miembros se sintieron, sin duda, profundamente irritados por el periodismo crítico que aquellos estaban realizando.

Es de subrayar que, a diferencia de lo que sucede en nuestro tiempo, en esa etapa de la historia de Puebla constituía un verdadero riesgo la manifestación pública de las protestas e inconformidades, máxime si las aristas de éstas iban dirigidas hacia los principales núcleos del poder económico y político: eran los años del predominio absoluto del cacicazgo avilacamachista, quien se distinguía por su intolerancia y hostilidad hacia todos aquellos que “osaran” cuestionar y/o criticar el poder establecido. En su libro *Historia del periodismo en Puebla*,<sup>4</sup> Enrique Cordero y Torres nos presenta una relación suscita de los periodistas que fueron objeto de agresiones por parte de los esbirros del avilacamachismo, destacando al respecto el caso del director del periódico *Avante*, José Trinidad Mata, quien fue asesinado el 23 de abril de 1939. Aunque nunca —como suele suceder en esos casos— se pudo comprobar la identidad del autor intelectual del crimen (los sicarios sí lo fueron), era un rumor a voces que su asesinato fue ordenado por el gobernador Maximino Ávila Camacho, quien estaba furioso por unas

declaraciones (mejor dicho, supuestas declaraciones, ya que Mata negó terminantemente haberlas pronunciado) externadas por el infortunado periodista en las que hacía referencia a la corrupción que imperaba en su gobierno.

Frente a esas circunstancias, es imposible soslayar el valor civil y la valentía de las personalidades antes mencionadas, quienes concientes de los riesgos a que se exponían, no titubearon en salir en defensa del patrimonio cultural de Puebla, a sabiendas de que ello podía suscitar la indignación de las autoridades, quienes a todas luces apoyaban el intento de los sectores más influyentes del sector privado de demoler el centro histórico.

En 1973 Ignacio Ibarra Mazari participó en la fundación del Comité Defensor del Patrimonio Cultural Poblano, impulsado principalmente por Ramón Pablo Loreto y Fernando Ramírez Osorio. Ese organismo desempeñó un papel crucial en el rescate de sitios tales como el atrio de la Iglesia de Santo Domingo y del edificio que alberga en la actualidad al Instituto Cultural Poblano (que otrora albergaba a la Penitenciaría del Estado y el templo de San Javier), mismos que corrieron el riesgo de ser derribados en aras de la inefable “modernidad” a que tanto gustan invocar los adoradores a ultranza del *american way of life*).

El primer sitio de referencia estuvo a punto de transformarse en un en un gigantesco estacionamiento, iniciativa promovida por el propietario del terreno, el empresario Abelardo Sánchez Gutiérrez, con la complacencia del gobierno del Estado. De no ser por las movilizaciones de protesta que impulsó el Comité Defensor del Patrimonio Cultural Poblano esa iniciativa hubiese cristalizado.

En 1973, siendo gobernador del Estado Gonzalo Bautista O’Farril, éste intentó ceder los terrenos de la antigua Peni-

tenciaría a una conocida empresa nacional (tal vez Gigante, Comercial Mexicana o Aurrerá), arguyendo que se trataba de una construcción sin “importancia histórica alguna”. Ramón Pablo Loreto organizó otro gran movimiento para impedir la consumación de tal hecho, contando con el apoyo decidido de los citados Ignacio Ibarra Mazari y Fernando Ramírez Osorio.

El ingeniero Jenaro Cabrera Oropeza, sin duda uno de los hombres más compenetrados con la historia de la entidad, asesoró a Ramón Pablo Loreto, demostrando que tal edificio sí era importante desde el punto de vista histórico. Se basó, al respecto, en el libro *México, su evolución social*,<sup>5</sup> que en aquella época gozaba de un gran prestigio, no sólo en la mayoría de los ámbitos académicos, sino también políticos y sociales. Ahí se señalaba que la Penitenciaría de Puebla era la mejor de todas las del país, ya que se basaba en el modelo adoptado en Filadelfia, el cual le permitía a los presos y sentenciados tener la oportunidad de reivindicarse ante la sociedad, permitiéndoles, entre otras cosas, “tener trabajo, lectura e instrucción primaria”. Y se subrayaba lo siguiente: “Muchos años hace que tiene Jalisco su Penitenciaría, de Guadalajara (1840), que Guanajuato organizó la de León y Salamanca, y que Puebla (1848) puso en servicio la suya, que es seguramente la mejor de todas las locales”.

De ese modo, pues, se demostró que la Penitenciaría de Puebla sí tenía una gran tradición histórica. El Comité Defensor del Patrimonio Cultural Poblano, aparte de desplegar varias movilizaciones, se encargó de divulgar la información de referencia, lo cual contribuyó de manera decisiva a impedir el intento del gobernador Bautista O’Farril de vender el edificio mencionado.

El 23 de octubre de 1972, el Comité le envió una carta abierta al jefe del ejecutivo estatal, firmada por el presidente del mismo, Ignacio Ibarra Mazari. Por su valor histórico merece



la pena que la reproduzcamos en este lugar. Ahí se indicaba que:

La conservación del edificio y sitio histórico de la Penitenciaría y el Templo de San Javier ha sido solicitada al gobierno del Estado con fecha 21 del actual por el Comité Defensor del Patrimonio Cultural Poblano [...] En el oficio se señala lo siguiente: por informaciones aparecidas en la prensa nos hemos enterado de que el sitio que ocupan actualmente la Penitenciaría: Escuela 2 de abril; cuartel de bomberos y ex templo de San Javier, va a ser vendido por el Gobierno del Estado a un consorcio comercial capitalino, y que en consecuencia serán demolidos sus edificios posteriormente [...] Esta sociedad que tengo el honor de presidir fue constituida precisamente con el objeto de defender nuestro acervo histórico, artístico y cultural, pasado y presente. Por tanto, consideramos: I.- Que el sitio que se pretende enajenar no es propiedad del Gobierno sino de la Nación, en los términos de los artículos 27 y 35 de la Ley de Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticos e Históricos. II.- Que el sitio mencionado es monumento histórico vinculado con la historia nacional por cuanto fue el último y preciso baluarte desde el cual las fuerzas liberales defendieron la ciudad de Puebla en 1863. III.- Que resulta incoherente, pues, que un gobierno revolucionario pretenda enajenar un sitio histórico tan importante, borrando así un vestigio tan valioso de nuestras luchas libertarias. IV.- Que es inadmisibles enajenar una escuela sin antes haber construido por lo menos otra de igual o mayor capacidad en un sitio cercano que supere las necesidades de la que se pretende destruir. V.- Que se ve claramente contradictoria la pretensión del Gobierno del Estado respecto al sitio que mencionamos, con la actitud del mismo hace apenas unos días en presencia de los peritos del ICOMOS, durante una visita esta ciudad, en la cual declararon:

‘La destrucción de ciudades, poblados, (y) sitios históricos, en aras de un mal entendido progreso, no resuelve los problemas de habitación, servicios y vialidad de una ciudad, región o país; por el contrario, agudiza los problemas al multiplicar actividades y esfuerzos de servicios en zonas que no los pueden contener’. La responsabilidad de este acto, de llegar a realizarse, señor gobernador, recaerá indudablemente en los miembros del Gobierno y en usted mismo [...]’. Atte. Comité Defensor del Patrimonio Cultural Poblano. Ignacio Ibarra Mazari, Presidente.<sup>6</sup>

Frente a las presiones desplegadas por el Comité, el gobierno se vio obligado a dar marcha atrás. Fue así como la sociedad civil obtuvo otro triunfo importante en su defensa del patrimonio cultural poblano.

Ramón Pablo Loreto, que en esos años laboraba en el Instituto Nacional de Antropología e Historia, fue objeto de la ira del gobernador, quien intentó trasladarlo a Yucatán. Aquél no aceptó tal medida, decidiendo renunciar a su cargo en esa dependencia.

A la muerte de Ignacio Ibarra Mazari, ocurrida en 1976, lo sustituyó como presidente del Comité, Fernando Ramírez Osorio.

¿Qué hubiese sucedido, nos preguntamos, si en 1946 los grupos de la iniciativa privada poblana admiradores de los Estados Unidos se hubiesen salido con la suya, en su propósito de destruir algunos de los monumentos histórico-culturales más importantes de la entidad con tal edificar una ciudad a imagen y semejanza de las urbes más importantes de Norteamérica?

Simple y sencillamente Puebla no habría sido reconocida con el título de “Patrimonio Histórico de la Humanidad”, que le otorgó la UNESCO en 1987. Hoy los habitantes de la llamada

Angelópolis suelen jactarse de este reconocimiento, empero, lamentablemente son pocos los que saben que ello se logró gracias a la lucha que libraron personalidades como Ramón Pablo Loreto y los miembros del Grupo Cauce.

Para estar en la Lista de Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO, los sitios propuestos deben satisfacer ciertos criterios de selección, entre los que destacan los siguientes criterios culturales:

- 1.- Representan una obra maestra del ingenio creativo humano;
- 2.- Muestran un importante intercambio de valores humanos, durante un lapso de tiempo o dentro de un área cultural del mundo, en el desarrollo de la arquitectura, la tecnología, las artes monumentales, la planeación urbana o el diseño del paisaje;
- 3.- Comporta un único o por lo menos un último y excepcional testimonio de una tradición cultural o una civilización que está viva o ha desaparecido;
- 4.- Son un ejemplo sobresaliente de un tipo de edificación o conjunto arquitectónico o tecnológico o de paisaje que ilustra uno o varios períodos significativos de la historia humana;
- 5.- Constituyen un ejemplo sobresaliente de asentamiento humano tradicional o de uso del suelo que es representativo de una cultura (o culturas), especialmente cuando se ha vuelto vulnerable bajo el impacto de cambios irreversibles;
- y, 6.- Están directa o tangiblemente asociados con sucesos o costumbres, con ideas, con creencias o con trabajos artísticos y literarios de un significado universal sobresaliente.<sup>7</sup>

La labor del Grupo Cauce en defensa del patrimonio histórico de Puebla no ha sido valorada aún en su justa dimensión, al igual que sus contribuciones a la poesía, al teatro y a la cultura. Esperamos que algún día se reconozcan sus aportaciones.

<sup>1</sup> Octavio Paz, Xavier Villaurrutia, *Antología*, FCE, México, 1980, p. 20.

<sup>2</sup> Este dato nos lo proporcionó la maestra Eugenia Ibarra Pedroza.

<sup>3</sup> Esta anécdota nos fue narrada en una entrevista que sostuvimos con el maestro Antonio Esparza Soriano.

<sup>4</sup> Enrique Cordero y Torres, *Historia del periodismo en Puebla*, Ed. Bohemia Poblana, Puebla, 1947, pp. 542-543.

<sup>5</sup> *México, su evolución social*, t. I, vol. 2, Ballescá y Compañía, México, 1902, p. 692.

<sup>6</sup> *La Opinión*, 23 de octubre de 1972.

<sup>7</sup> Página *web* de UNESCO: <http://whc.unesco.org.unesco>. Consulta realizada el 8 de septiembre de 2005.

## 8

### Antonio Esparza Soriano: una vida entregada a los ideales\*

En uno de los poemas que forman parte del libro *Aún es mía la estrella de la tarde* (1994), Antonio Esparza Soriano escribe:

Una sola palabra  
puede explicarlo todo: bastaría  
decir Hombre, y no estrella, ni cieno.

Esas palabras podrían aplicarse perfectamente a su autor, a quien podríamos llamar poeta, hombre de letras, historiador, erudito, y decenas de otros vocablos más referentes a su personalidad: pero ante todo es un sabio, en el sentido más amplio del término, esto es, un hombre para quien el conocimiento no es sólo una suma de saberes, sino un medio para acceder a la comprensión de sí mismo, del prójimo y en general del ser humano.

Nació en Aguascalientes en 1921, pero apenas cumplidos los tres años su familia decidió trasladarse a Puebla. En 1930 ingresó a la Escuela Normal, institución en la que participaban como maestros algunos de los más preclaros profesores del Colegio del Estado, entre ellos Delfino C. Moreno y Gregorio de Gante —dos de los mejores poetas poblanos, si es que no los mejores, de esa época— quienes habrían de ejercer una gran

\* Con algunas modificaciones, este capítulo del libro fue publicado en *Tiempo Universitario*, año 7, núm. 13, 22 de julio de 2004 con el mismo nombre.

influencia sobre su vocación literaria. Una vez que concluye sus estudios normalistas, en 1937 —en ese entonces el plan de estudios de esta instancia educativa se cursaba en siete años— decide ingresar a la naciente Universidad de Puebla (recordamos al respecto que el 4 de abril de ese año el H. Congreso del Estado emite un decreto mediante el cual el Colegio del Estado se transformaba en Universidad de Puebla), inscribiéndose en su escuela secundaria, en donde se le revalidan buena parte de las materias cursadas en la Normal. Ahí entabla amistad con dos jóvenes que al igual que él tenían inclinación por la poesía, Nicolás Reyes Alegre y Salvador Medina Cruz, con quienes pasa todos los fines de semana ejercitándose en dísticos, tercetos, cuartetos, sonetos, etcétera con el propósito de labrar su formación en ese complejo arte. En 1940 cursa la preparatoria de la Universidad, en donde conoce a Juan Porras Sánchez, quien habría de convertirse en su dilecto amigo de toda la vida. Juntos emprenden algunas empresas culturales que dejarán una impronta imborrable en Puebla y en su principal universidad.

Una vez que culminan sus “ritos de iniciación” en la poesía decide participar en el Certamen Poético que convoca la ciudad de Guanajuato en 1941, a nivel nacional, con motivo del cuarto centenario de su fundación. El jurado estaba integrado —nada más y nada menos— por Alfonso Reyes, Julio Jiménez Rueda, Salvador Novo y Xavier Villaurrutia, en ese tiempo los representantes más notables de las letras mexicanas. La convocatoria señalaba que los interesados podían elegir entre dos temas: uno libre, y otro dedicado a la ciudad de Guanajuato. Esparza Soriano elige el primero, y obtiene el primer lugar. De este modo pasa a convertirse en el poeta más destacado de Puebla en esos años.

En 1945, como ya indicamos en el capítulo II, de consuno con sus amigos Juan Manuel Brito Velázquez, y Juan Porras Sánchez —agregándose poco después Gastón García Cantú e Ignacio Ibarra Mazari— funda la revista *Cauce*, con el objeto

de renovar la cultura de Puebla, que por esos años manifiesta señales inequívocas de decadencia y estancamiento.

En ese mismo año obtiene su segunda gran preseña literaria, esto es, el premio Nacional de Poesía de Aguascalientes en el que participan como jueces José Gorostiza, Carlos González Peña y Xavier Villaurrutia, confirmando así su impronta de mejor poeta de Puebla de esa época.

Como era de esperar pasa a convertirse en un personaje sumamente respetado y reconocido por los principales sectores literarios del país, hecho que lo lleva a recibir el nombramiento de miembro de la Corresponsalía del Seminario de Cultura Mexicana. En el capítulo IV ya comentamos esta experiencia.

En contrapunto a su labor literaria Esparza Soriano ejerce la docencia en la Preparatoria Nocturna de la Universidad de 1947 a 1959. Su prestigio como catedrático lo lleva a convertirse en director de ese centro de estudios de 1952 a 1955 .

También incursiona —en el breve lapso de 1946 a 1948— en el periodismo, concretamente en el *El Sol de Puebla*, diario en el que su amigo y colega del Grupo Cauce, Gastón García Cantú, había sido nombrado subdirector —aunque ejerciendo de hecho la dirección—, quien no tarda en convertir a dicho medio informativo en un diario audaz, con posturas críticas, y sin las ataduras tradicionales de la prensa local y nacional. A efecto de cristalizar dicho objetivo invita a Esparza Soriano a participar en el diario como jefe de redacción, actividad que asume con diligencia y entusiasmo. Desde esa trinchera periodística se dan a la tarea de cuestionar acerbamente no sólo el autoritarismo del grupo en el poder sino también la miopía cultural e histórica de ciertos núcleos empresariales de Puebla quienes por esos años se proponen destruir algunos de los principales edificios y joyas arquitectónicas de la ciudad capital, en aras de imitar el modelo urbano de los Estados Unidos. Así, logran —de consuno con el pintor Pablo Loreto y los otros miembros del Grupo Cauce—

evitar la destrucción de la Casa del Deán, en cuyo interior se encontraban diversos murales renacentistas, únicos en su tipo en todo el país. Esto les ganó la animadversión y hostilidad de las “fuerzas vivas” de la entidad —sobre todo con los esbirros del avilacamachismo—, a quienes de por sí ya les parecía una “audacia desmedida” el intento de abrirle paso un medio informativo que se propusiera hablar con la verdad, propiciando que tanto García Cantú como Esparza Soriano renunciasen al periódico. El primero optó por trasladarse a la Ciudad de México, en busca de otros horizontes, y el segundo optó por dedicarse de lleno a sus labores docentes en la Universidad de Puebla.

Una vez que accede a la dirección de la Preparatoria Nocturna —en 1952—, Esparza Soriano despliega múltiples esfuerzos encaminados a elevar el nivel académico de la misma, intentando principalmente establecer un equilibrio adecuado entre las ciencias naturales y las humanidades. Esta situación le permite compenetrarse con la problemática de la educación media superior, convirtiéndolo en uno de los principales —si es que no en el principal— expertos de la universidad en ese campo, lo cual propicia que las autoridades lo nombren como delegado al Segundo Congreso General de la Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Educación Superior de la República Mexicana (ANUIES), que habría de celebrarse en la Universidad de Guanajuato en febrero de 1954, en el que se aborda como punto central la revisión de los planes de estudio de la enseñanza preparatoria, con el objetivo de fijar metas comunes para dicho nivel educativo en todo el país.

En 1956 nuestro personaje protagonizó otro hecho de suma relevancia para la vida académica de nuestra institución: combatió el intento del gobernador Rafael Ávila Camacho de arrebatarse la preparatoria a la Universidad, logrando involucrar al Consejo Universitario en ese objetivo, contando



al respecto con el apoyo de la Federación Estudiantil Poblana (FEP). En páginas anteriores comentamos este hecho.

## El incidente de la *Opera Medicinalia*

En otro de sus poemas de *Aún es mía la estrella de la tarde*, escribe Antonio Esparza Soriano:

El odio, a dentelladas,  
se devora a sí mismo  
emponzoña la raíz de la sangre  
y nos corta las alas.

Podríamos aplicar estas palabras al hostigamiento que comenzó a ser objeto su autor poco después del incidente a que hicimos alusión en líneas anteriores: éste propició que los esbirros del avilacamachismo al interior de la universidad llegaran a la conclusión de que se tornaba preciso “cortarle las alas” a nuestro personaje: éste no sólo había tenido la “insolencia” de oponerse al deseo del gobernador de crear su propio sistema de preparatorias, sino además contaba con el “expediente sospechoso” de haberse involucrado con Gastón García Cantú en su proyecto audaz de crear en Puebla un periodismo crítico, aparte de haber formado parte del Grupo Cauce, que en su momento generó todo una cauda de escándalos entre las “buenas conciencias” —parafraseando el título de la novela de Carlos Fuentes— de Puebla, con sus propuestas audaces y atrevidas en el campo de la cultura.

Las hostilidades contra Esparza Soriano comenzaron de manera grotesca, si es que no ridícula. Inicialmente se le intentó acusar de “plagio”. La historia es la siguiente. Hacia 1957 aquél participó en un concurso de poesía y cuento convocado por la

ciudad de Teziutlán, Puebla, obteniendo el primer lugar (¡como ya era costumbre!) en el certamen de poesía y el segundo en el certamen de cuento. Pocas semanas después, al salir de su casa, se encontró con dos agentes de la policía judicial, quienes lo aprehendieron llevándolo a la cárcel preventiva. Aquí el juez le informó que estaba acusado de “plagio”. Esparza —como era de esperar, totalmente desconcertado, sin comprender nada de lo que pasaba, a semejanza del personaje de *El Proceso*, de Kafka— le preguntó al funcionario a qué se refería. Éste se limitó a mostrarle una revista de Tehuacán en la que aparecía un soneto que llevaba el mismo título que uno de los que formaban la colección que había obtenido el premio antes mencionado. ¡Se le acusaba en concreto de haber plagiado el poema que aparecía en la revista! Esparza Soriano no supo si reír o llorar: “¡Pero, señor! —expresó— se trata de un poema mío!... ¡Cómo puede usted acusarme de autoplagio!” Ciertamente se trataba de un material suyo, que había enviado a la revista mencionada de Tehuacán, a solicitud de su director. Pero no era ni siquiera el soneto que aparecía en el poemario premiado de Teziutlán, sino un avance del mismo, el cual había sido reelaborado al enviarse al concurso; Juan Porras Sánchez —su amigo del alma y colega del Grupo Cauce— salió en su defensa, esgrimiendo la siguiente interrogante: “¿dónde está tipificado el delito que señala que un autor no puede copiarse a sí mismo?” (sin conceder en lo que se refiere al hecho de que el poema citado no era el mismo al que se refería el juez, sólo el título era igual). Frente a tal argumento, la parte acusadora no tuvo más remedio que retirar el cargo.

Empero los “heraldos negros” —como reza el poema de César Vallejo— de la venganza no desistieron en su intento de empañar el prestigio de Esparza Soriano. En 1958, siendo éste director de la Biblioteca José María Lafragua —a la que por cierto contribuyó a reorganizar, continuando así la labor de

Delfino C. Moreno— fue acusado por el entonces rector Manuel Santillana —personaje vinculado al cacicazgo avilacamachista— de sustraer el incunable *Opera Medicinalia* una de las obras canónicas de dicho recinto. Antes de narrarle al lector las vicisitudes de esta inquisición —no encuentro otro vocablo más apropiado— permítaseme narrar la siguiente anécdota, que resulta fundamental para entender la hostilidad del rector Santillana hacia Esparza Soriano. Resulta que en el año arriba citado los empleados y funcionarios de la universidad fundan una asociación mutualista —en la que participan desde directores, conserjes, funcionarios y empleados de la institución— acordando nombrar como su presidente al director de la Biblioteca Lafragua. Este aceptó la designación, y una de sus primeros compromisos consistió en solicitarle al rector Santillana apoyo económico para los funerales de “Goyito”, el conserje más antiguo de la universidad, quien había laborado más de 40 años. Santillana —quien en su calidad de “Caballero de Colón” solía presentarse como un hombre profundamente cristiano— expresó que la institución no estaba obligada a aportar cantidad alguna para el sepelio, a lo cual Esparza respondió que tenía razón —porque ciertamente en esa época la universidad no sufragaba ese tipo de gastos—, pero que se trataba sólo de una ayuda para un hombre que había dedicado buena parte de su vida a la institución. El rector continuó inmutable en su postura de no destinar un solo quinto a los funerales de “Goyito”. Mientras escuchaba las palabras de su interlocutor, Esparza tomó unos papeles que se encontraban en el escritorio de Santillana —como una forma de evitar que le ganara la indignación— y grande fue su sorpresa al ver que se trataba de una factura de 200 pesos de aquellos tiempos por concepto de sellado e impermeabilización del techo del Paraninfo. “ ¡Pero cómo puede ser esto!”—expresó el director de la Biblioteca Lafragua—, “¡hace apenas unos días que yo mismo puse de mi bolsa 20 pesos para

resolver ese problema!” El rector, al ser atrapado *in fraganti*, se apresuró a decir que siempre sí estaba dispuesto a cubrir los gastos funerarios.

Aparentemente el asunto de referencia no pasó a mayores. Pero unas semanas después el rector mandó llamar a Esparza Soriano para pedirle ver la *Opera Medicinalia*. Aquél se dirigió a la biblioteca y grande fue su desconcierto al percatarse que no se hallaba en su lugar. Aquí no disponemos de espacio suficiente para narrar todas las vicisitudes que enfrentó Esparza Soriano a continuación; baste señalar que fue acusado de “peculado” y enviado a prisión. Se trató de una burda maniobra encaminada a empañar su prestigio. Y decimos que burda porque el libro se encontraba en una vitrina de metal sin vidrio, de la que podía ser extraído fácilmente, ya que no contaba con ningún dispositivo de seguridad. Además Esparza Soriano no era la única persona que tenía llave de la biblioteca, sino también el conserje, los encargados de la limpieza, y otras personas más. Por esa razón el acusado solicitó que se procediera a una investigación, decidiendo mientras tanto presentar su renuncia, hasta en tanto no se aclararan los hechos. Empero un día, sin más, al salir de casa fue aprehendido por dos agentes de la policía quienes lo trasladaron a la cárcel de San Juan de Dios. Fue acusado del delito de “peculado”. Juan Porras Sánchez de nuevo pasó a defender a Esparza Soriano, echando abajo de inmediato tal acusación: “¿cómo se podía —sostuvo— tipificar el delito de peculado?” el juez al no poder enfrentar ese argumento se vio obligado a dejar en libertad al ex director de la Preparatoria Nocturna Benito Juárez, pero no tardó en encontrar otro pretexto para encarcelarlo nuevamente: ahora lo acusó de “malversación de fondos”. La parte acusadora presentó las “pruebas” más inverosímiles que pudiera concebirse: así, armó un escrito en el que se indicaba que la *Opera Medicinalia* había sido descubierta casualmente en una tienda de libros antiguos de Nueva York

por un anticuario quien, al ver el sello de la Universidad de Puebla, se puso en contacto con las autoridades de la institución para informarles de su hallazgo. Según esto, el cónsul de México en dicha metrópolis fue llamado a atestiguar el hecho descrito. Porras Sánchez solicitó un amparo a la Suprema Corte, al tiempo que se dio a la tarea de ponerse en contacto con el cónsul mencionado, quien negó de manera tajante haber participado en el hecho de referencia, llegando incluso a sostener por escrito que no conocía a las personas que le mencionaban. Así las cosas, la justicia federal no encontró elementos, y decidió absolver a Esparza Soriano.

Habría que subrayar que el *affaire* mulcitado fue seguido con mucho interés por los medios informativos de la época, no pocos de los cuales no ocultaron su simpatía hacia el ex director de la Biblioteca Lafragua.

Así, pues, Antonio Esparza Soriano fue absuelto por la justicia.

Sin embargo, sus adversarios no cesaron en su propósito de empañar su imagen. Después de haber fracasado en su intento de utilizar a las instituciones judiciales para descargar su ira contra él, recurrieron a esa otra arma —más ponzoñosa, más lacerante— a la cual suelen recurrir los cobardes al verse derrotados: el arma del rumor, de la insidia, del ultraje silencioso, difundiendo la especie de que Esparza Soriano sí era responsable del delito de haber sustraído la *Opera Medicinalia* de la Biblioteca Lafragua. Desgraciadamente aún no son pocos los ingenuos —o más bien los indocumentados— que siguen creyendo esa versión. “Puebla —escribió en cierta ocasión Gastón García Cantú, parafraseando a Pío Baroja— es una ciudad amurallada de prejuicios”.

Conciente de ello, Esparza Soriano decidió irse a Monclova, a trabajar como maestro en una escuela fundada por Altos Hornos de México. Retornó a Puebla en 1975.

No obstante sus 85 años de vida, es un hombre vigoroso, lleno de vida, que no ha perdido un ápice su amor por la poesía y por la cátedra. En la actualidad es catedrático de la Universidad Realística de México. Y —esto habría que subrayarlo— pese a la terrible experiencia que vivió, no ha dejado de amar intensamente a nuestra máxima casa de estudios, conciente de que una cosa son las instituciones y otra los individuos que las dirigen. Pocos años después de su retorno a Puebla se dio a la tarea de investigar en los principales archivos de nuestra ciudad capital la fecha de la fundación del Colegio del Espíritu Santo —el antecedente más remoto de la actual Benemérita Universidad Autónoma de Puebla— descubriendo en el Archivo de Notarías un documento en el que demostraba que tal hecho había ocurrido en 1587 y no en 1578, como se creyó durante mucho tiempo. Tal hallazgo conmovió el mundo cultural de Puebla. En otra parte nos extenderemos acerca de este asunto. En el 2000, el Archivo Histórico de la BUAP publicó un libro suyo acerca de la historia de nuestra casa de estudios, que lleva como título *Origen, evolución y futuro de la UAP*.

Es un hombre que ha hecho notables contribuciones a la vida académica y cultural de nuestra institución y de nuestro estado. Un hombre al que los esbirros del avicalamachismo pretendieron doblegar perdiendo de vista que se trataba de un hombre libre y sabio. Años después, evocando esa experiencia, en uno de sus poemas de *Aún es mía la estrella de la tarde*, escribió:

Y ni las rejas ni los cerrojos  
lograron aprisionar mi alma.

Gastón García Cantú  
y *Los falsos rumores*\*

Gastón García Cantú publicó su primer cuento, “El barco de papel”, en el número dos de la revista *Cauce*. A partir de ahí comenzó a escribir otros que después reuniría en el volumen titulado *Los falsos rumores*. El libro fue editado por vez primera en 1955 por el Fondo de Cultura Económica. En 1999 fue reeditado por el Archivo Histórico de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Aquí nos describe lúcidamente la vida de Puebla durante el predominio del cacicazgo avilacamachista. Aunque se trata de relatos “en clave”, en los que nunca se menciona al caudillo principal de dicho cacicazgo ni a otros personajes de la época, no se requiere de un gran esfuerzo de imaginación para saber de quiénes se trata.

A semejanza de *Las buenas conciencias* (1959) de Carlos Fuentes, aunque con cuatro años de anticipación, los relatos de García Cantú nos describen vívidamente la atmósfera de Puebla de los años cuarenta del siglo pasado, una sociedad levítica encarcelada en sus prejuicios pueblerinos, en una moral salpicada de hipocresía, y, sobre todo, atada a los caprichos y arbitrariedades del cacicazgo de referencia, el cual no sólo impuso un férreo estilo de gobernar, sino también un estilo de

\* Este texto, modificado, se publicó como prólogo al libro *Los falsos rumores* editado por el Archivo Histórico Universitario de la BUAP en 1999.

vida marcado por el servilismo y la adulación hacia los gobernantes.

Tal como sucede en *La corte de los milagros* de Valle Inclán (en la que los besamanos “eran largos, lucidos de mantos y oropeles, y en donde el bálsamo cadencioso de las ceremonias se decantaba en los pechos cruzados de bandas”), en la Corte Avilacamachista los aplausos, vítores y loas hacia los poderosos conforman una parafernalia inefable que sólo puede explicarse a la luz de la decadencia política y social que vive Puebla en esa etapa de su historia.

A través de una ironía corrosiva, García Cantú desmascara la fatuidad y la frivolidad de dicha “Corte”, cuyos miembros son capaces de llegar al envilecimiento más extremo con tal de halagar al “jefe máximo”. Todo mundo continúa celebrando la epopeya revolucionaria de 1910, pero ya a esas alturas el rito aparece vacío, convertido en un mero formulismo, despojado del mito que le daba su fuerza. Así, en el relato “La voz”, la conmemoración de un aniversario más de la revolución mexicana se convierte en un burdo espectáculo destinado a festinar “la paz y la abundancia” en que vive Puebla bajo el gobierno en el poder. Tras los pechos inflamados de fervor patriótico, y de la retórica oficialista que exalta la epopeya de 1910, no subyace otra cosa que el afán de la clase política y de los potentados de satisfacer el ego del gobernador (Maximino Ávila Camacho), quien decide enviar como representante suyo a dicha ceremonia a don Gonzalo Martínez, —“uno de los revolucionarios más auténticos”, “una de las columnas más sólidas del régimen”— quien, como es de esperar, no cabe en sí de dicha al recibir tal honor... Por desgracia, lejos de lucirse, desplegando sus mejores dotes oratorias, termina haciendo el ridículo al ponerse a bailar (y no precisamente al mejor estilo jarocho) la bamba, por indicaciones del gobernador (al respecto se le informa que: “el señor gobernador ha llamado



por teléfono, repetimos su invitación: que don Gonzalo Martínez baile la bamba. Se le ruega muy sinceramente”).

Ese relato es una feroz parodia del cuadro de ritos (besamanos, caravanas, etcétera) que imperaba en el cacicazgo avilacamachista el cual, como escribe Will Pansters, “además de un circuito articulado de posiciones de poder institucional”, estaba impregnado de un discurso plagado de símbolos destinados a enaltecer la figura del “jefe máximo” en Puebla: éste era el hombre excepcional, el torero, el macho despiadado, el general de las mil batallas, etcétera.

Bajo el cacicazgo avilacamachista no hay lugar para la crítica abierta al sistema y/o a sus dirigentes. Los opositores —como sucedió en varios casos— corren el riesgo de perder la vida.

En consecuencia, la única crítica —si no sancionada, por lo menos “permitida”— es la crítica moral, pero esta sólo se puede ejercer en silencio, en la muralla de la intimidad. Así, en el relato “imperativos éticos”, un funcionario universitario que se dedica a elaborar los discursos del rector se indigna al observar el vergonzoso servilismo de las autoridades de la institución frente al gobernador (Maximino Ávila Camacho), a quien deciden otorgarle el título de doctor *honoris causa*, debido a los “favores” que ha hecho a la universidad. Ante la parafernalia que se despliega para homenajear al primer mandatario estatal, el funcionario de referencia se pregunta cómo es posible que se llegue a ese grado de envilecimiento. “Ya que hemos perdido la vergüenza —piensa— por lo menos conservemos el qué dirán el mañana”. De ahí que se entable una lucha entre lo que le dicta su conciencia y lo que le dicta la necesidad de conservar su empleo. “Quizá —reflexiona— soy el único que tiene conciencia de los hechos”, pero lo cierto es que no está en condiciones de protestar o de manifestar crítica alguna, dado que sabe que peligraría de inmediato su empleo. De ese modo, pues, no tiene

más remedio que callar, convirtiéndose así en cómplice involuntario del servilismo de sus superiores.

Ese es, sin duda, el principal *leit motiv* de *Los falsos rumores*: ciertamente el poder aplasta, subyuga a los individuos, convirtiéndolos en caricatura de seres humanos, empero, a ello no sólo contribuyen los gobernantes, los poderosos, sino también los gobernados, en tanto carecen de la voluntad necesaria para poner un alto a las arbitrariedades de aquéllos.

El corolario sería el siguiente: mientras la voluntad general permanezca sumida en la impotencia, de nada sirven las protestas de los individuos dispersos, aislados. Esta es la conclusión a que llega el personaje del relato “Las aguas mansas”, un humilde burócrata que, irritado ante el aumento indiscriminado de los precios de los artículos de primera necesidad, se da a la tarea de denunciar a los comerciantes abusivos ante las dependencias correspondientes, como la “Comisión de Estudios de los Precios”. Nuestro hombre realiza tal actividad pensando —cándidamente— que en el gobierno existe voluntad política para frenar los abusos, basándose al respecto en un cartel que circula por toda la ciudad en el que aparece el lema “Denuncie usted a los acaparadores. Tenga valor civil”. Pues bien, después de recorrer oficina tras oficina descubre, desconsolado, que no se trata sino de una consigna propagandística, tal como se lo hace ver uno de sus colegas burócratas: “Mire, señor, no se altere... voy a decirle algo que me duele, porque usted es de lo que han creído... se trata de una propaganda. ¿No se dio usted cuenta que al margen del letrero había un anuncio?”

El título de “Aguas mansas” es por demás sumamente significativo: “la Revolución hecha Gobierno” ha terminado por aplacar el coraje, la energía de hombres como el burócrata del cuento, quien, al igual que los hambrientos, los desesperados, aquellos que “cargan los bultos bajo el brazo”, aquellos

“que llevan parches en los pantalones”, no tiene mas opción que someterse a los designios del poder.

Empero, si bien los pobres y explotados son las principales víctimas del “amansamiento” de la Revolución, son los miembros de la “inteligencia” —los profesionistas, los políticos, los intelectuales— quienes encarnan vívidamente la impotencia y la humillación de la voluntad colectiva ante las arbitrariedades y prepotencia del “nuevo Régimen”. Así, en los cuentos “Los falsos rumores” y en “Los instantes solemnes”, se nos describe con ironía salvaje el grado de humillación a que pueden llegar los servidores públicos —no pocos de ellos hombre letrados y/o cultos— en su afán de complacer a sus superiores.

Aquí nos encontramos con otro de los *leit-motifs* de *Los falsos rumores*: ¿cómo es posible que “la inteligencia” llegue a tal extremo de degradación, volviéndose cómplice de la brutalidad que envuelve en determinadas situaciones a casi todas las esferas de la vida pública?

¿Qué ocurrió en Puebla y en todo el país, pocos años después del triunfo de la Revolución, que condujo a esa —no encontramos otra expresión más apropiada— crisis moral? La respuesta a ese interrogante —como señalamos en el capítulo I— la dieron principalmente, Daniel Cosío Villegas y Jesús Silva Herzog. Tal como escribió el primero: “la crisis proviene de que las metas de la Revolución se han agotado, al grado de que el término mismo de Revolución carece ya de sentido”.

García Cantú, sin duda, al escribir el libro que comentamos estaba consciente de las expresiones de esa crisis en Puebla.

*Los falsos rumores* constituye un libro imprescindible para compenetrarse con ese periodo de decadencia de la vida política, social y cultural de Puebla.

No deja de extrañarnos que su autor no haya seguido explotando la gran veta literaria que circulaba en sus venas.

Medio en broma, medio en serio, le comentaba García Cantú a su gran amigo Antonio Esparza Soriano que había dejado la literatura por la molestia que le provocaban los comentarios adversos de quienes son incapaces de aceptar —en estos tiempos donde se enseña su majestad, la especialización— que un hombre pueda dedicarse a la vez al periodismo, a las letras y a la historia. “Los historiadores —comentó, no sin ironía— no me perdonan que incursione en el periodismo... Y los periodistas no me perdonan que incursione en la historia”. Sin duda, ni unos ni otros le perdonarían que también incursionara en la literatura.

A nuestro parecer —sin intentar ahondar al respecto— la clave del por qué Gastón García Cantú dejó de escribir literatura (lo cual, desde luego, es relativo, tal como lo pone de relieve su excelente prosa) se encuentra en su trabajo *Utopías mexicanas*. Ahí escribe:

Vivimos en una tierra en la que alguna vez abundaron maíz, cacao, algodón de mil colores; oro y libros: el país de Quetzalcoatl. De tal crepúsculo de verdad y mentira parten las órdenes que el espíritu de rebeldía le ha dictado a la naturaleza. En la voluntad de transformar la sociedad reconocemos el móvil de nuestra historia. En otros términos, seguramente García Cantú advirtió que a través de la historia era posible advertir los móviles de ‘la voluntad de transformar la sociedad’, por lo cual prefirió dedicarse a la misma y a su hermano gemelo, el periodismo, sacrificando así su vocación por la literatura.

## Epílogo

El esfuerzo por renovar la cultura de Puebla por parte del Grupo Cauce no fue solo una propuesta audaz: fue también una propuesta temeraria, tomando en cuenta las condiciones políticas y sociales que imperaban en la entidad en esa etapa.

Por esos años se recrudece el autoritarismo gubernamental del enclave creado por Maximino Ávila Camacho, resultado del ahondamiento de la crisis política y económica que vive el estado en las décadas de los cuarenta y cincuenta. Escribe al respecto Gustavo Lomelí Vanegas:

Esa etapa de reforzamiento del oscurantismo corresponde a la petrificación del poder político que se observa en la década de los cincuenta. Los principales problemas que resentía la estructura de poder político creada por Maximino Ávila Camacho a mediados de la década de los cincuenta eran el estancamiento económico y la petrificación del sistema político, que había sido incapaz de evolucionar a la par que la sociedad, de tolerar a la disidencia y de abrir espacios para la crítica dentro del propio partido en el poder. Las consecuencias de esta petrificación fueron el anquilosamiento de la clase política y la creciente concentración de los opositores del régimen en los escasos espacios en los que podían ejercer con alguna eficacia una función crítica, como era el caso de la Universidad. De esta manera, en las postrimerías del gobierno de Rafael

Ávila Camacho estaban ya incubándose las semillas de lo que habría de ser una sacudida muy violenta del pacto político y económico articulado por Maximino.<sup>1</sup>

Como suele suceder en ese tipo de periodos de crisis, los gobernantes suelen adoptar medidas de endurecimiento político, temiendo que las “cosas salgan de control”. En ese contexto, los sectores más conservadores de la entidad estimulan el anticomunismo, desatando una ofensiva no sólo contra todos aquellos individuos “sospechosos” de comulgar con las ideas socialistas, sino incluso con las ideas liberales.

La mayoría de los miembros de Cauce, si bien no fueron objeto de la represión política, sí fueron objeto de las otras expresiones de la intolerancia: el aislamiento, la hostilización... y el silencio, tal vez ésta la forma más atroz a que recurren los gobiernos dictatoriales para acallar las voces disidentes, aunque éstas no lleguen a asumir un carácter frontal.

Aquéllos no fueron “opositores” en el sentido político del término: ni su formación, carácter ni personalidad les permitía serlo. Fueron más bien voces críticas, que se percataron de la relevancia de la oposición moral y de la actuación en el terreno de la cultura, como formas de lucha contra la decadencia y aceptación del orden establecido.

Por lo demás, bajo las condiciones que imperaban en la época —de total sometimiento a los inconformes y rebeldes— esa era la única forma de no sucumbir a la intolerancia del cacicazgo avilacamachista, el cual, como lo puso de relieve Gastón García Cantú en su libro de cuentos *Los falsos rumores*, no sólo exigía una aceptación incondicional a sus gobernantes, sino además una veneración humillante a los mismos, convirtiendo a los ciudadanos en súbditos o, mejor dicho, en ovejas dispuestas a postrarse ante las órdenes de sus pastores.

Ahora bien, ¿acaso la oposición moral es insignificante o irrelevante? No, de ningún modo: si una lección podemos desprender de la historia de las dictaduras es que éstas suelen por lo general resistir de manera más o menos eficaz las acciones de sus detractores políticos, empero resultan más vulnerables —a mediano o largo plazo— frente a la acción de aquellos que se limitan a la crítica en los terrenos de la moral y de la cultura, por más que ello se ejerza en silencio, o en el plano interno.

Véase, al respecto, la experiencia —guardando la distancia— de lo que sucedió en la desaparecida URSS: ¿acaso fueron irrelevantes aquellas voces que optaron por la “oposición moral”, representadas principalmente por poetas como Ana Ajmátova, Boris Pasternak, Alexander Blok y otros opositores morales del régimen? No, no fueron voces irrelevantes. Su silencio, su crítica moral, con el tiempo fue un arma más letal, más corrosiva, que las armas que empuñaron los opositores políticos del régimen.

Refiriéndose a la lucha interna, moral, que libró el Grupo Cauce, escribe García Cantú, en un homenaje a Antonio Esparza Soriano:

Esa lucha interna, expresada en polémicas cotidianas, fue nuestra oposición moral al gobierno de Maximino Ávila Camacho... Fue un acto de la razón cultivada frente al asedio de la ruindad.

Y agrega: “No fuimos un grupo sino una reunión de protestas ante el muro que el joven Pío Baroja reconoció en las ciudades amuralladas de prejuicios”.<sup>2</sup>

Lo cierto es, sin embargo, que su “oposición moral” los convirtió —parafraseando el título de una célebre película italiana— en “ciudadanos dignos de toda sospecha” del régimen avilacamachista. Éste no los eliminó físicamente —tal como

sucedió con no pocos de sus adversarios políticos— pero sí logró imponer, reitero, un muro de silencio sobre sus personas.

En cierta ocasión Jorge Cuesta —refiriéndose a Contemporáneos— expresó: “Una generación no se mide por su resonancia... se mide por su moral”.<sup>3</sup>

Estas palabras podríamos aplicarlas a los miembros del Grupo Cauce. Su resonancia se ha apagado, pero nos han heredado su moral, su creencia intachable (algunos dirían que “ingenua”) en el papel redentor de la cultura.

Hoy, lamentablemente, muy pocos los recuerdan. Pero sus contribuciones siguen vivas, latentes ¿acaso no es esto lo que importa en los proyectos que enarbolan las diversas generaciones? El tiempo, en su devenir implacable, conduce al olvido de los individuos, pero no puede borrar el impacto de aquellas generaciones que se propusieron transformar la realidad que les correspondió vivir. El Grupo Cauce sigue sin recibir el reconocimiento que merece, pero, ¿acaso esto ha propiciado que se borren las contribuciones que hizo a las letras poblanas, y en general a la cultura de Puebla?... ¿Acaso ello provocó que no diera fruto la semilla de la inquietud por la autonomía universitaria, y del desarrollo académico y cultural de esta institución?

Estamos convencidos, pues, de que el Grupo Cauce logró cristalizar su proyecto generacional, por más que aún continúe incólume el infame muro de silencio que se ha tendido en torno a sus miembros.

Este trabajo constituye un esfuerzo encaminado a reivindicar su memoria.

En *El libro de la risa y el olvido*, Milan Kundera anota estas palabras inquietantes:



La gente grita que quiere crear un futuro mejor, pero eso no es verdad, el futuro es un vacío indiferente que no le interesa a nadie, mientras que el pasado está lleno de vida y su rostro nos excita, nos irrita, nos ofende y por eso queremos destruirlo o retocarlo. Los hombres quieren ser dueños del futuro sólo para poder cambiar el pasado. Luchan por entrar al laboratorio en el que se retocan las fotografías y se rescriben las biografías y la historia.

Retomando esas palabras, ¿no sucede también a la inversa? esto es, ¿no queremos los hombres revisar el pasado con el propósito de evitar que el futuro sea “un vacío indiferente que no le interesa a nadie”?

Se han escrito ríos de tinta acerca de la devastación social y política que provocó en Puebla el cacicazgo avilacamachista, pero se ha escrito muy poco acerca del daño que causó en los terrenos de la cultura y de la salud anímica de los poblanos. Creo que se torna preciso “entrar al laboratorio” de esa época infame, no “para destruir o retocar el pasado”, sino para impedir que las experiencias funestas del mismo se repitan en el futuro, ¿está escrito en alguna parte que no habrá de repetirse —con otros rasgos, con otras expresiones— la decadencia moral y social que trajo consigo el cacicazgo multicitado?

Estoy convencido que la repetición sólo puede evitarse escuchando las voces de aquéllos que lucharon contra la decadencia... Y una de esas voces fue, reitero, la del Grupo Cauce. Reivindicar su memoria, en ese sentido, no es sólo un intento de hacerle justicia a sus integrantes, sino también constituye un intento para salvarnos a nosotros mismos.

Tal como escribió Antonio Esparza Soriano en su poema “Oda en tonor menor a Cuauhtémoc”

Aquí, bajo este cielo de presagios;  
aquí, sobre esta dura superficie,  
polvo de siglos amasado a golpes  
de voluntad, de sueños y de sangre  
—compendio de la Patria y su sentido—,  
aprendí las tres sílabas del Canto,  
para llenar de música solemne  
la dimensión profunda de la Tierra.

<sup>1</sup> Gustavo Lomelí Vanegas, *Breve historia de Puebla*, El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, FCE, México, 2001, p. 375.

<sup>2</sup> Gastón García Cantú, "Antonio Esparza Soriano, el hombre, el poeta, el historiador", *op.cit.*

<sup>3</sup> Citado por Guillermo Sheridan, *Los Contemporáneos, ayer, op. cit.*, p. 380.

## Índice Onomástico

- Acuahuitl Asomoza, José Pablo, 44; 47 n. 11; 60 n. 4; 84; 96 n. 32  
Agrupación Estudiantil del Colegio del Estado, 30  
Aguilar, Rafael, 17-18  
Aguirre Carrasco, Enrique, 99  
Ajmátova, Ana, 135  
Ajuria, Alejandro, 99  
Alarcón, Alfonso G., 19-20, 68, 75, 84; 95 n. 21  
Almendaro, José Pablo, 84  
Alonso, Arturo, 98  
Altamirano, Ignacio Manuel, 17, 69  
Álvarez, Emilio, 18  
Amezcuca, Mario, 95 n. 17  
Anaya, Andrés, 29  
Anitúa, Fanny, 52-53  
Anouilh, Jean, 102  
Archivo de Notarías, 126  
Archivo Histórico Universitario de la BUAP, 127  
Archundia, Estela, 99  
Arellano Ocampo, Francisco, 58-59  
Arreola, Juan José, 102  
Arriaga Navarro, Joel, 58  
Asomoza, José, 29  
Auden, W.H., 93  
Ávila Camacho, Manuel, 13, 51

Ávila Camacho, Maximino, 10, 13, 17, 110, 128-129, 133, 135  
Ávila Camacho, Rafael, 13, 21, 33, 58-59, 120, 133-134  
Azar, Héctor, 104  
Azorín, 22, 26  
Azpíroz, Manuel, 17  
Baroja, Pío, 22, 102, 125, 135  
Barreda, Gabino, 17  
Barrios, Humberto, 83  
Basurto, Luis G., 11  
Baudelaire, Charles, 78  
Bautista Castillo, Gonzalo, 13, 21, 84  
Bautista O'Farrill, Gonzalo, 46, 55-57, 101, 112  
Beckett, Samuel, 101, 103  
Bécquer, Gustavo Adolfo, 73, 81  
Béiztegui, Félix, 17  
Bello, José Luis, 52  
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), 50, 126  
Benítez, Fernando, 108  
Betancourt, Carlos Ignacio, 13  
Biblioteca José María Lafragua, 45, 122-123, 125  
Blanco, José Joaquín, 64, 66, 94; 95 n. 10  
Blok, Alexander, 135  
Bohemia Poblana, 44; 47 n. 11; 84  
Borges, Jorge Luis, 68  
Bosques, Gilberto, 98  
Breton, André, 68  
Brito Velázquez, Juan Manuel, 10, 26-28, 30, 32-33, 37, 51, 53, 55-56, 118.  
Cabrera Lobato, Alfonso, 20  
Cabrera Oropeza, Jenaro, 112  
Cabrera, Ángel W., 18  
Cabrera, Enrique, 58  
Cabrera, Luis, 84  
Cabrera, Rafael, 68-69, 73-75; 96 n. 29

Calderón Moreno, Alfonso, 58  
Campoamor, Ramón de, 73, 81  
Cano, Manuel, 29  
Carrasco, Patricio, 83  
Carreto, Rosa, 83  
Carrillo, Julián, 11, 52-53  
Carrillo, Raúl, 99  
Casasús, José Joaquín, 77  
Casco, Rafaela, 99  
Casián, Francisco L., 18; 23 n. 5  
Castro Morales, Efraín, 95 n. 13; 109  
Castro Rayón, Ernesto, 59  
Cederwall, Ingrid, 99  
Centro Virtual Cervantes, 82  
Chejov, Antón, 103  
Ciófalo Zúñiga, Francisco, 6  
Círculo de Estudios José María Morelos y Pavón, 34  
Círculo Español, 19  
Colegio de San Pantaleón, 57  
Colegio del Espíritu Santo, 126  
Colegio del Estado, 17-21; 23 n. 5; 59, 68-69, 117-118  
Comisión Geográfica Exploradora, 17  
Comité Defensor del Patrimonio Cultural Poblano, 11, 112-114  
Confederación de Estudiantes Revolucionarios de Puebla, 25  
Cordero y Torres, Enrique, 44, 82-84; 96 n. 30; 110; 116 n. 4  
Cordero, José María, 83  
Cordero, Roberto J., 83  
Corresponsalía en Puebla del Seminario Mexicano de Cultura, 49, 51, 53-54, 119  
Cosío Villegas, Daniel, 15, 17; 22 n. 3; 40; 46 n.5; 131  
Covarrubias, Melchor de, 28-29  
Cruz, Esperanza, 53  
Cruz, Salvador, 104 n. 5  
Cuesta, Jorge, 12, 107, 136

Cuesta, María Luisa, 99  
Darío, Rubén, 80; 96 n. 28  
Díaz Cid, Manuel, 109  
Díaz Mirón, Salvador, 81  
Díaz, Porfirio, 18, 71  
Dostoievski, 9  
Eliot, T.S., 93  
Escobedo y Tinoco, Federico, 76  
Escuela de Derecho de la UAP, 59  
Escuela de Físico Matemáticas de la UAP, 50  
Esparza Soriano, Antonio, 5, 10, 46; 47 n. 12; 52-55, 57, 59; 60 n. 8; 78, 81, 85, 87, 92-93; 95 n. 22; 104 n. 1; 107-110, 117, 120-124, 132, 135, 137; 138 n. 2.  
Federación Estudiantil Poblana (FEP), 10, 26, 29-30, 33-34, 37, 49, 51, 58-60, 121  
Fenochio, Alfredo, 83  
Fernández de Castro, Jorge, 99  
Ferrari y Pérez, Fernando, 17  
Ferrero, Alejandro, 104  
Flores, Manuel M., 67  
Flürscheim Tromer, Miguel, 97-98  
Frisch, Max, 101  
Fuentes, Carlos, 108, 121, 127  
Gante, Carlos de, 83  
Gante, Gregorio de, 44, 117  
García Cantú, Gastón, 10-12, 14, 46; 47 n. 12; 50-51, 53, 55-58, 102; 104 n. 1; 107-109, 118-121, 125, 127-128, 131, 134-135  
García Valseca, José, 110  
Garibay, César, 44, 64; 95 n. 7  
*Generación de 1910*, 68-69, 75  
*Generación de 1915*, 40  
*Generación del 98*, 22, 26, 38  
Glockner, Julio, 46

Gómez de la Vega, Alfredo, 98  
Gómez Haro, Eduardo, 76, 83  
Gómez Haro, Enrique, 44  
Gómez Haro, Luz del Carmen, 84  
Gómez Morín, Manuel, 40; 46 n. 6  
Gómez, Juan, 30  
González Martínez, Enrique, 11, 66  
González Peña, Carlos, 119  
González Romano, Ignacio Enrique, 58  
González, Luis, 41; 47 n. 7; 50  
Gorostiza, José, 119  
Graeff Fernández, Carlos, 11, 52  
Grupo Cauce, 11-13, 25-27, 29-30, 33, 37-38, 40-41, 45, 49-51, 53-54, 56, 60-61, 84, 87, 92, 94, 96, 99, 102, 108, 110, 115, 119, 121, 134-136, 138  
Grupo Contemporáneos, 12; 47 n. 8; 68, 81, 92, 107, 136  
Guevara, Emilio, 29  
Gutiérrez Nájera, Manuel, 76  
Habsburgo, Maximiliano de, 17  
Hamilton, Partrick, 103  
Hamlet, 9  
Henríquez Ureña, Max, 79-80  
Henríquez Ureña, Pedro, 41, 73  
Hernández, Luisa Josefina, 102  
Hernández, Miguel, 90  
Herrera y Reissig, Julio, 81  
Ibáñez, Rafael, 20  
Ibarra Mazari, Ignacio, 10, 12, 51, 53, 56-57, 97-100, 102-104, 107-109, 111-112, 114, 118  
Ibarra Pedroza, Eugenia, 98, 104 n. 2; 116 n. 2  
Ibarra, Carlos, 29, 52  
Ibarra, Salvador Fidel, 29, 65, 100; 104 n. 1  
Infante, Pedro, 67  
Ingenieros, José, 7, 38, 43; 46 n. 1

Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 114  
Isunza, Rafael, 18, 20  
Jiménez, Gil, 29  
José José, 67  
Kafka, Franz, 122  
Kant Emmanuel, 15  
Kundera, Milan, 136  
Labastida, Horacio, 50-51, 54, 98, 100-101  
Labastida, Wulfrano, 59  
Landívar, Rafael, 76  
Larragoiti, Roberto, 29  
Llave, Pedro J. de la, 83  
Lobato, Manuel, 83  
Lomelí Vanegas, Gustavo, 133; 138 n. 1.  
López Velarde, Ramón, 64, 81  
Loreto, Ramón Pablo, 11, 109, 111-112, 114-115, 119  
Luis Miguel, 67  
Machado, Antonio, 22  
Madero, Francisco I., 19, 69  
Maetzu, Ramiro de, 22, 26  
Maples Arce, Manuel, 68  
Marín H., Miguel, 23 n. 4; 44; 95 n. 13  
Marín, Francisco, 30  
Márquez Rodiles, Ignacio, 109  
Márquez y Toriz, Octaviano, 103  
Márquez, Manuel L., 52-53  
Martínez Cantú, Vicente, 83  
Martínez Gil, Augusto, 10  
Martínez, Mucio P., 18-19, 68  
Mastretta, Carlos, 108  
Mata, José Trinidad, 110  
Maza, Francisco de la, 109  
Medin, Tzvi, 46 n. 4



Medina Cruz, Salvador, 10, 118  
Medina Cuevas, Manuel, 58  
Merino Fernández, Aarón, 13  
Miceneo, Tamiro, 76  
Molnar, Ferenc, 103  
Moreno Machuca, Ernesto, 61, 82  
Moreno, Alberto C., 29  
Moreno, Delfino C., 44-45, 66-67; 95 n. 9; 117, 123  
Nava Castillo, Antonio, 13  
Neri Castillo, Felipe, 83  
Nervo, Amado, 82  
Neve, Francisco, 84  
Nieto, Ambrosio, 84  
Novo, Salvador, 118  
O’Gorman, Edmundo, 108  
O’Neill, Eugene, 103  
Ocaraza, Fernando, 14  
Orozco, Clemente, 87  
Ortega y Gasset, José, 32, 39-41, 44; 46 n. 3  
Ortega, Andrés, 83  
Ortega, Fausto M., 13  
Othón, Manuel J., 81  
Pacheco, José Emilio, 80-81; 96 n. 26  
Páez Camargo, Gonzalo, 83  
Pagnol, Marcel, 99  
Palacios, Juan, 74, 84.  
Palma, Miguel, 17  
Palou, Pedro Ángel, 94; 96 n. 37; 103; 105 n. 15  
Pansters, Will, 6, 13-14; 22 n. 1; 129  
Partido Acción Nacional (PAN), 40  
Pasternak, Boris, 135  
Payno, Manuel, 17  
Paz, Octavio, 10, 84, 92; 96 n. 36; 107; 116 n. 1

Pedroza, María de los Ángeles, 100; 105 n. 8  
Pellicer, Carlos, 53  
Peral, Miguel Ángel, 95 n. 20  
Pérez Quitt, Ricardo, 104  
Pérez Salazar, Francisco, 83  
Pérez Salazar, Ignacio, 83  
Pirandello, Luigi, 101  
Plancarte, Alfonso, 11  
Plancarte, Gabriel, 11  
Pliego, Alfonso, 84  
Poniatowska, Elena, 108  
Popper, Kart, 13  
Porrás Sánchez, Juan, 10-11, 26, 37, 41, 44-46, 51, 56, 59, 87, 90, 107, 118, 122, 124  
Pound, Ezra, 68  
Preparatoria Diurna Benito Juárez de la UAP, 50, 54, 59  
Preparatoria Nocturna Benito Juárez de la UAP, 54, 55, 59, 119, 124  
Primer Congreso Nacional de Estudiantes, 23 n. 6  
Quintana, Juan, 29  
Quintana, Luis G., 19-20; 23 n. 6  
Ramírez Osorio, Fernando, 109, 111-112, 114  
Ramírez, Ignacio “el Nigromante”, 17, 69  
Ramos Arizpe, Miguel, 17  
Ramos, Samuel, 107  
Recek Saade, José, 100  
Reyes Alegre, Nicolás, 118  
Reyes, Alfonso, 11, 53, 118.  
Ríos, Fernando de los, 32  
Rivadeneira y Palacio, Manuel, 63, 83  
Rivera Terrazas, Luis, 34  
Robles, J. Humberto, 103  
Rodó, José Enrique, 38, 43; 47 n. 10.  
Roig A., Arturo, 38; 46 n. 2

Romero, Diódoro, 100  
Rothe, Hans, 103  
Rubira, Luis G., 84.  
Rueda, Guillermo, 37  
Ruiz y Flores, Leopoldo, 12.  
Salvador, Álvaro, 80; 96 n. 28  
San Martín, Eduardo, 100  
Sánchez Arévalo, León, 63  
Sánchez Guerrero, Gabriel, 84  
Sánchez Gutiérrez, Abelardo, 108, 111  
Sánchez Lara, Norberto, 58  
Sánchez Pontón, Luis, 19-20, 62, 68-69, 83; 95 n. 14  
Sánchez Santos, Trinidad, 83  
Sandoval Vallarta, Pablo, 11, 62  
Santillana, Manuel, 123  
Sarmiento, José Miguel, 18, 29, 83  
Saroyan, William, 101-102  
Sartre, Jean Paul, 101-103  
Serdán, Aquiles, 19  
Serrano, Rafael, 83  
Shaw, Bernard, 99  
Sheridan, Guillermo, 47 n. 8; 95 n. 12; 138 n. 3  
Shönherr, Carl, 103  
Silva Andraca, Héctor, 23 n. 9  
Silva Herzog, Jesús, 16, 131  
Soler, Fernando, 52  
Solís, Manuel R., 83  
Sosa, Abraham, 83  
Sotelo Mendoza, Humberto, 3; 60 n. 3  
Soto Vergara, Armando, 100-101  
Stanislavski, 98  
Tablada, José Juan, 81  
Teatro Cine Guerrero, 11, 54

Teatro de la Ciudad, 98  
Teatro Estudio Odiseo, 102  
Teatro Principal, 11, 54, 97  
Teatro Universitario, 98-101, 103  
Teyssier, Manuel M., 83  
Torre, Aristeo de la, 83  
Toussaint, Manuel, 104  
Tovar, Juan, 104  
Tzara, Tristan, 68  
Unamuno, Miguel de, 22, 26  
Unanue, José Basilio de, 44, 54  
United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization (UNESCO),  
108, 114-116  
Universidad Autónoma de Puebla (UAP), 103  
Universidad de Puebla (UP), 10-11, 17, 21, 25, 30, 33, 49-51, 54, 56, 58, 60,  
100-101, 118, 125  
Usigli, Rodolfo, 11, 53, 98, 102-103  
Valdés, Octaviano, 95 n. 23  
Valle Inclán, Ramón del, 128  
Vallejo, César, 122  
Vasconcelos, José, 11, 53  
Velázquez Albo, Marco, 6  
Vergara Soto, Armando, 54  
Villaurrutia, Xavier, 81, 92; 96 n. 36; 116 n. 1; 118-119  
Williams, Tennessee, 102-103  
Yáñez Delgado, Alfonso, 6; 47 n. 13.  
Yáñez, Agustín, 11, 52-53  
Zamora Auriolles, Mario, 59  
Zaragoza, Ignacio, 104  
Zárraga, Ángel, 52

# Índice

Introducción . . . . .	9
1	
Contexto social y político en el que surge el Grupo Cauce . . . . .	13
2	
El Grupo Cauce, precursor de la autonomía universitaria . . . . .	25
3	
Juan Porras Sánchez y el desafío del Grupo Cauce . . . . .	37
4	
En la Universidad y en la Corresponsalía del Seminario Mexicano de Cultura . . . . .	49
5	
La irrupción del Grupo Cauce en la poesía poblana . . . . .	61
6	
Ignacio Ibarra Mazari y el teatro universal en Puebla . . . . .	97

	7	
En defensa del patrimonio histórico de Puebla . . . . .		107
	8	
Antonio Esparza Soriano: una vida entregada a los ideales . . . . .		117
El incidente de la Opera Medicinalia . . . . .		121
	9	
Gastón García Cantú y Los falsos rumores . . . . .		127
Epílogo . . . . .		133
Índice Onomástico . . . . .		139

*El Grupo Cauce: precursor de la autonomía universitaria* de F. Humberto Sotelo se terminó de imprimir .... El tiraje fue de ... ejemplares.

